

CONTENIDO DE ESTE VOLUMEN

I JULIO FAJARDO

IMAGENES

II RAMON FERIA

SIGNOS DE ARTE Y LITERATURA

III JOSE CABRERA MELIAN

LO IDEAL EN LO REAL

IV ANTONIO RODRIGUEZ Y RODRIGUEZ

VIDAS ROTAS

V JOSE CABRERA MELIAN

CREPUSCULOS



J. M. Alzola
Peregrina, 15
Las Palmas de G.C.

imágenes

julio fajardo

1 9 3 6



madrid

Antes de empezar

Quiero decirte, como modesta y brevisima introducción, que en mi sólo encontrarás los balbuceos del niño, rudimentarios y sencillos.

Mi lectura tiene que ser lenta y detenida.

Sólo deseo encontrar a ese desconocido hermano, que presiento existe, aunque no sé dónde, y del que con firmeza creo está dispuesto a coadyuvar al renacimiento de los lenguajes del espíritu.

PRÓLOGO

Pocas veces habrá tenido un prologuista, para hacer la presentación de una obra al público, más derecho que el que a mi entender me asiste para ofreceros esta obrita de Imágenes.

Imágenes. Vividas y traspasadas al papel que emborronó la máquina impresora por una persona cuya vida al pasar nos uniera de la mano y nos hiciera cómplices de su deslíz, no podía menos de llevar entre sus páginas hechura de quienes marchando de este modo esperan no separarse jamás de quienes sienten juntos las realidades de la vida, comulgando diariamente con los mismos sentimientos, con las mismas emociones y con los mismos deseos. Por eso la obrita de Julio Fajardo no podía menos de ser el marco en que necesariamente había de estar escrito ese otro nombre que es el mío.

Y terminadas estas breves palabras, tócame ahora decirros le impresión que sobre la obra tengo, y que más tarde habréis de completar, delimitando claramente el verdadero perfil que de ella os trazará su lectura.

Lánzase en Imágenes el autor, premeditadamente, consciente de una realidad que no le arredra, cual es la obsesión constante contra todo aquello consustancial con la vida, pero que está fuera de ese mínimo natural, apetecible, edificado por nuestro siglo, netamente materialista, escuetamente humano y siempre acaparador de sensaciones volitivas expresas, buscador de reacciones violentas, en orden a

lo natural apetecible y pasajero, para el mejor nadar en su corriente.

En esta época, en la cual todas las acciones, pensamientos y deseos tienen la marca de la efectividad, convirtiéndose de esta manera en pagarés a la orden de accionista, pensador o pobre iluso, esta obrita que ha caído en tus manos, como más tarde convendrás conmigo, destierra esa marca de época para revivir otra más sensible y más razonable, al mismo tiempo que más duradera y capaz, que es la marca de la afectividad que descubrirás a través de sus escritos, y que pone en movimiento en nuestro cerebro cualidades más extensas, más nobles y más duraderas y fértiles en orden al pensamiento, la imaginación y la sensibilidad, enfrentándose de esta manera con la mayoría del sentir esporádico actual.

Este es el mayor mérito de la obra de Julio Fajardo, esa tendencia de impresión de la sensibilidad afectiva por cauces naturalizados y aún apasionados en la visión, de la que son fiel reflejo, pese a toda la oposición que pudiera encontrar, y que es causa de ese barajeo rastrero de la cualidad más noble y creadora del ser racional.

Y ahora únicamente te deseo veas esta gran diferencia sin que caigas en la Deificación única del procedimiento, que quizá te pueda llevar más lejos de lo que muestra naturaleza comúnmente tolera.

MIGUEL ANTÓN ESCAMILLA.

MI RECUERDO DEL JARDIN

CON la corta experiencia de mis veinte años a cuestas, te he visitado, jardín, triste y abandonado en un rincón de la ciudad moderna.

Empujé la vieja puerta de madera, que rechinó sobre sus goznes, inmóvil, quién sabe cuánto tiempo y al trasponer el umbral y encontrarme bajo tus alamedas abandonadas, di una gran voz, un grito que ni yo mismo oí, porque era la esencia de mi alma que te saludaba con una protesta por la incomprensión de esa sociedad que sólo piensa en descansar para gozar la nada de una estéril conquista.

Tú, bello jardín solitario, que has recogido y conservado en tus frondas las confidencias de muchas generaciones. Que has sentido el rumor de besos y el batir de alas de que habló el poeta. Sientes hoy el calor de un corazón, sin embargo, helado por la desesperanza.

Ahora que sólo experimento tu influencia, recoge y comprende mi melancolía: deseo una ilusión que es humo y por serlo, es ilusión.

Quisiera ser uno de tus árboles robustos.

O la verde hierba que te abriga. O la brisa que te acaricia. O alguna otra cosa de las que te dan ese carácter tan tuyo y tan encantador.

Déjame que aspire este ambiente, que al salir de aquí he de perder desgraciadamente. ¡Qué lástima no poder guardar todo esto en un bolsillo para sacarlo a la primera ocasión, ante los verdes ojos de esa amada eterna que en las noches del invierno duerme junto a nosotros.

Y, además, cuando la humanidad me dé otra vez más con la puerta de sus egoísmos en las narices, me cobijaré solitario en un rincón y allí, como la cerillera de Andersen, iré prendiendo uno a uno los fósforos de mis deseos, daré calor al recuerdo, y por muy lejos que esté de ti, me parecerá que me encuentro de nuevo a tu lado, que he vuelto a trasponer la puerta que te guarda y que bajo tu ambiente estoy otra vez anhelando ser algo tuyo.

La tarde cae lentamente. Es preciso dejarte solo, porque al llegar la noche comenzará a despertar en ti ese mundo infrahumano que desaparecerá con la nueva luz del ama-

necer. Te he dirigido una última mirada y me he alejado.

Al salir, cerrando tras de mí tu recinto, he sentido como si te lamentaras. Luego en mi alma ha surgido una sola y emocionante palabra: ¡Adiós!

MI RECUERDO DEL CAMPO

EN el anochecer del campo, tumbado cara al cielo, contemplaba la altura. Arriba, poco a poco, iban apareciendo las estrellas más potentes; y según anochecía, se iba poblando el cielo más y más.

El pensaba: la estrella que aparezca exactamente sobre mi frente será la mía, y jugaba a encontrarla.

Aquella que brilla tanto a mi izquierda, ¿por qué no estará sobre mí?

Fuéronse haciendo las tinieblas en la noche sin luna. El cielo se espesaba, hasta que exactamente sobre aquel hombre surgió una estrella chiquituja y ruin.

¡Aquella era la suya!

Casi lloraba al descubrirla...

Corría la noche y observó que la estrella mísera se iba lentamente, en el cielo, hacia la derecha y, tras ella, otra se colocaba sobre su cabeza, y luego otra y otra más; hasta por último llegar aquella estrella lucida y brillante que tanto deseó y que también pasó a la derecha, y con ella la fuerza de su deseo...

Y así, tumbado, pensaba, bajo la noche

tranquila, en el misterio de la gravitación universal.

Casi al amanecer, confuso y a la vez feliz, se puso en marcha de retirada al pueblo. Llegó al puente sobre la carretera. El agua estancada del remanso agitóse en ondas y después volvió a dormir.

Era que aquel hombre al pasar había arrojado al río su corazón.

VIDA

Juego de palabras.

TRAGEDIAS cómicas y comedias trágicas.

Sonrisas manchadas de ironía.

Tras de cada rayo de luz una vida.

Tras cada cuerpo la interrogación de la nada.

Todo muy fácil, muy quieto y muy doloroso.

Nacer. Morir. Colores de la infinita combinación.

De cuando en cuando las trompetas del genio anuncian algo que revoluciona a su generación.

Es todo este "más", es todo este "menos", lo que se comprende en el paréntesis de la Eternidad.

SIMBOLOS

A la ladera del bosque, junto al lago, jugueteaban los tres pequeños faunos.

Era la primavera eterna. Era la mística melancolía de la naturaleza que resurgía continuamente.

Un himno de vida vibraba sobre los almendros en flor, sobre las verdes praderas, y bajo la augusta tranquilidad del paisaje, los sauces llorones vertían sus ímpetus de vida en las quietas aguas, en las que a la noche se miraba la luna.

Los pequeños faunos iban y venían jugando.

Uno era rubio, robusto y risueño.

El segundo, delicado y triste. En sus ojos negros brillaba la luz de la inspiración.

En cuanto al tercero, sólo puedo decir que tenía en la mirada un fuego extraño, y que tras sus rojos labios relucía una fila de hermosos y blancos dientes.

El conjunto de su rostro, bajo el ópalo de los cabellos castaños, tenía una expresión tan dulce y tan original, que le hacían ser la criatura más encantadora del mundo.

Con este ambiente grato que os he descrito

transcurría la tarde, pero antes de que el sol se ocultara, empujado por la noche, el hada Quimera, el hada madrina de los tres faunos, se les apareció y, después que les hubo besado uno a uno, les dijo:

—Sois mis ahijados, mis elegidos. Por eso pedidme lo que más queráis.

Primero habló el rubio y gritó:

—Quiero el sol. El es bello. El es fuerte.

Después el triste morenito dijo:

—Oh mi hada. Ni sé lo que deseo, ni deseo lo que sé.

Por último, el encantador fauno, que conservaba en sus labios el sabor del beso de la señora, pidió:

—Quiero poder oír siempre vuestra sonrisa y besar constantemente vuestros perfumados y rubios cabellos.

Muy luego dijo el hada:

—Os engañé. Sólo quería convertiros en hombre, y por eso antes quise saber vuestras aficiones.

Después los fué tocando con esa varita mágica que todas las hadas poseen.

Al rubio lo hizo guerrero.

Al triste, poeta.

Y al fauno de los rojos labios y los blancos

dientes lo retuvo a su lado, para darle en la intensa poesía de sus ojos el premio a su devoción. Y lo hizo feliz, porque ya para siempre sintió junto a su pecho el latido de ese corazón que nunca encontramos.

LO IMPOSIBLE

PENSE: lo quiero, lo deseo y lo he de alcanzar.

Cogí el tren. ¡Qué lejos llegué! Lo busqué allí, y no estaba...

Sin desesperar, embarqué en el vapor. Arribé un buen día y tampoco lo encontré.

Seguí con ilusión pensando en mañana. Subí al avión. Bajo mí vi pasar tierras y más tierras. Aterrizamos. Y entonces al encontrarme en aquel país lejano, sufriendo los inconvenientes de la comarca casi desierta, comprendí que "aquello nunca podría alcanzarlo, porque sólo existía dentro de mi propio espíritu".

MOMENTO

—Alma, tengo miedo. ¿Por qué todo lo escrito ha de terminar en la muerte?

—Tranquilízate, corazón. Eres humano; como todos desconoces el más allá, quieres escribir. Intentas llegar hasta el final del supremo y único problema y siempre tropiezas con el Génesis. ¿Qué culpa tienes tú de no poder pasar más allá de la vida?

No temas y consuélate. Yo lanzo al mundo mi voz de desafío.

¡El que pueda saltar “LA BARRERA” que lo diga!

LA niña, sentada a la orilla del ancho río, lloraba.

Los amargos acentos de su lamentación se perdían en la oscuridad de la noche.

—Luna, luna querida, devuélmelo —decía.

La corriente rozaba sus pies y mansamente se iba a perder en el lago.

El bosque se plateaba, cortado por la suave cinta de agua.

Yo cruzaba solitario por entre los árboles del bosque, que desgraciadamente tenía que atravesar. Noté a lo lejos rebrillar entre los troncos a la luna, que se miraba en el río. Para contemplar la belleza de esa sensación, me dirigí hacia allá, y al acercarme, la voz de la niña me atrajo y pronto estuve sentado a su lado, junto a la corriente.

—¿Por qué lloras? —le pregunté.

Ella, sin extrañar mi presencia, me miró con tristeza y callaba.

Sin pensarlo, embargado de una emoción que no sé si surgía en mi interior o si llegaba a mi espíritu desde los ojos de la pequeña, la apreté entre mis brazos, y cuando sin hacer resistencia se dejó llevar y apo-

yaba su cabeza en mi pecho, le pregunté otra vez:

—Dime, ¿por qué lloras?

Me miraba, fija y largamente; debió de sentir el latido de mi corazón junto a ella, debía de leer en mis ojos que en mi alma sólo impera ese desconocido amor sin pasión, que tanta lucha me costó conseguir. Callaba y seguía mirándome apoyada sobre mi pecho en una completa renuncia de sus temores.

—Pequeña —le dije cortando el silencio—, ¿qué pedías a la luna?

Entonces, sonriendo con dulzura, entre un encantador mohín de desconsuelo, me dijo:

—Le pedí que me restituyera lo que ya me ha devuelto. Que me entregara tus halagos y tu protección, pues aunque esta es la primera vez que nos encontramos, sé que me estabas destinado desde la eternidad.

Mi corazón latió con fuerza, apreté más su gracioso cuerpecito contra mí, y acercando mis labios a su oído, le dije en un murmullo que no quise conociera ni el río que suavemente corría a nuestro lado:

—Niña mía, te engaña tu propio sentir, no soy tuyo. La luna no ha podido arrebatarme de ti, porque sólo existo sobre la tierra para no reconcentrar mi amor sobre ninguna criatura.

Soy como las nubes que lentamente van naciendo de sobre la superficie de la tierra, para correr el mundo e ir a deshacerse sobre aquella parte que ordene Dios en su voluntad.

Me he formado con sacrificio para despegar de mi alma a las otras, que juntas forman el torrente de la humanidad. Al caer en la cascada, me despedacé sobre la roca, había saltado dolorosamente. Al encontrarme sola, me evaporé con dolor, y ahora que formo parte de las nubes, estoy sujeto a la ley del viento, que me arrastrará por la vida, sin deseos de gustar nada de lo que pudiera.

Se hace tarde. Te dejo, conmigo ibas a ser muy desgraciada, sigue pidiendo a la luna lo que aún no te ha devuelto porque no te lo ha quitado tampoco: la ilusión.

Déjame que te bese; apártate de mí, debo partir, seguir mi sendero por el cie-

lo del mundo arrastrado por el viento de mi destino.

La besé dulce y largamente sobre los labios, que me supieron a rosas, y al separar mi rostro del suyo, sentí la humedad de lágrimas, no sé si de ella, no sé si mías, no sé si de los dos.

Quedó sentada junto al río, bajo la luna; clavaba sus ojos en la corriente y, sin reproche, me dejó marchar.

Volvíme de frente al bosque y comencé a caminar.

Paso a paso, al alejarme, el murmullo del agua se fué apagando en mis oídos.

Cuando al poco rato detuve la marcha y me volví para mirar, la cinta planteada del río no rebrillaba entre los árboles.

DIALOGO

ENTRE radiaciones de luz y negras sombras, dialogan dos espíritus; uno de la luz, otro de la noche.

E. L. —No me convencerás, espíritu de las tinieblas. Cerraré mis oídos a tus vanas palabras. Tras la efímera felicidad que me ha de producir el beso de la brisa, se oculta la muerte.

E. T. —Vendrás a mí, desgraciado. Acompáñame al abismo. ¿Olvidas que te he de guiar a las regiones de la eterna verdad, en donde ni se ríe ni se llora? Te amo y me apena que vivas sufriendo en un delirio de luz. Acógete en mis brazos, ¡quiero que vengas conmigo a inundarte de tinieblas. Sufres y así terminarán tus martirios. No es cobardía acogerse a la oscuridad para no sentir, ni pensar, ni ser. Mi mundo es la nación del silencio, país en el que nada tiene realidad. Patria de la nada, en la que el tiempo son vacíos. Muere conmigo para resurgir de tus propias cenizas con el ímpetu de la juventud que nunca tuviste.

E. L. —Déjame en la luz. Quiero sufrir,

porque sufrir es vida. Vida es movimiento, es tiempo, es arena que cae, continua y lentamente, en el perenne reloj de la eterna ciencia. No te acompañaré. Tu amor lo he de pagar con mi odio.

Huye de mí. Vete a hundirte en el mundo de oscuridades que te creó. No me convencerás, te repito. Tras la breve felicidad que me producirá el roce de la brisa que levanta-remos al caer, se oculta el silencio y la noche fría de la desesperación.

E. T. —Infeliz. ¿Sabes tú acaso qué es lo mejor? Lo ignoras todo. ¿Tu mundo de luz? Un mundo de espejismos. Crees conocer la verdad y te equivocas. ¿Para qué sirve vuestra luz? Todo es falso. Nada existe. Puedo razonar.

¿Tus ideales? Ficciones.

¿Tus creencias? Falsedad.

Todo es mentira. Nada es luz. Nada hay más que la oscuridad.

E. L. ¿No crees en una potencia superior?

E. T. —Sólo creo en la muerte.

¿Ves cómo eres sencillo e ingenuo? Todavía piensas en cosas que para mí nun-

do son ya grandes absurdos. Trucos desechados.

E. L. —¿Llamas truco a la fe?

E. T. —No puedo, ni quiero tampoco, contestar a eso. Sígueme a las tinieblas. Sin esperar a nadie, sin creer en nada, serás feliz.

E. L. —No. Porque creo en las potencias que nos han creado. A ti y a mí. ¡Déjame! Porque en mi corazón hay algo que tú, ser mezquino, no comprendes. Creo en la vida. Creo en el deber. Creo en la honradez del amor divino. Y sobre todo tengo fe, ¡tengo fe! en la sabiduría, en la justicia de Dios. Que nos ha creado, bajo la luz y las tinieblas, entre la vida y la muerte, con las nubes, el viento y el sol, a su imagen y semejanza. Tengo fe. Creo y espero. Vete de mí. Adiós.

E. T. —Me haces reír. Vivir significa supeditar las aspiraciones de tu espíritu a las exigencias de un cuerpo mezquino. Dime: ¿Vale la pena soportar todo eso y retardar la inmensa libertad de morir?

E. L. —¡Qué más aspiraciones que tener fe! ¡Qué más inmensa libertad que creer en Él!

Se separan los espíritus para siempre. En el éter va surgiendo la infranqueable muralla de las creencias,

PAJARITO precioso. Encanto de tu dueña. ¿Me querrás siempre?

Canta al sol, saluda a la vida, salta en tu jaula dorada.

—Oh, mi ama, no quiero cantar, ni saltar en mi prisión, ni quererte. Sólo temo el día último.

¿Cómo deseas que te quiera, si en cualquier momento la noche que encierra sólo frío puede caer sobre nosotros?

—Porque eres mi amor. ¡La única luz que alumbra mis tristes días! Mis días, que se gastan monótonamente en espera de lo que ha de llegar.

REMORDIMIENTO

EL perrito de los ojos serios me miró suavemente y me dijo:

—Tú fuiste.

Cogí una piedra y la arrojé contra él.

La verde pradera se ondulaba y gemía:

—El fué.

Cogí mi hoz y la segué.

Las nubes en el cielo escribían con sus trazos de agua:

—Tú has sido.

Huí de la región. Voy de un lado a otro, continuamente, huyendo de la acusación y siempre perseguido del sol por el día, la luna de noche.

Ni aun en la sombra tendré reposo, porque allá lejos la muerte me espera con su dedo descarnado, extendido con severa rigidez, como diciendo:

—Tú fuiste.

—Tú has sido.

EN lo alto del monte, al contraluz del cielo, su esbelta silueta interrogaba a la Naturaleza:

—Grisas y grandes nubes, que por allá cruzáis, decidme dónde está.

—Temerosas ondas que rayáis la mar, decidme dónde está.

—Brisa que me acaricias. Rezo que a lo alto vas. Decidme dónde está.

El sol, que la observaba, tuvo lástima de ella y gritó al viento: —Ve allá y dile que sólo lo encontrará en ese extraño país en donde la mentira es sólo mentira y nada verdad.

RUBIA, tus rojos labios se abrieron para decirme:

—Chiquito, estás viejo.

Luego tus ojos me lo repitieron.

Yo, entristecido por esa realidad, me adentré en el generador de consuelos de mis pensamientos, y te dejé.

Luego pasó el tiempo. Llegó la primavera y me buscaste. Tus labios no repitieron la canción, dijeron sólo:

—Chiquito, te necesito.

Y tus ojos, rubia, me decían:

—Estás viejo, pero te quiero.

RETRATO DEL DESESPERADO DESCONOCIDO

ERA “uno de tantos”, porque desde que nació había luchado para nunca conseguir nada, y había deseado para jamás gozar la conquista de su ilusión. Y sin embargo, y también como tantos otros, vivía en la eterna espera de su primero y decisivo triunfo.

Su casa era la más mísera buhardilla de no sé cual gran ciudad, y al asomarse a la ventanuca de la estrecha covacha, observaba la calle, allá en lo hondo, convertida en continuo hormiguero humano. Después levantaba la vista hasta los tejados, y con su imaginación atravesaba los muros, contemplaba un sin fin de vicios y virtudes de la sociedad, y a pesar de todo no se desanimaba y esperaba, esperaba siempre... porque era “uno de tantos”.

Por esto mismo, y como tantos otros, poseía eso que se llama voluntad, tenacidad, y que si no va acompañado de otras virtudes, no creo que sirva para cosa mayor.

Al recordar sus continuas luchas con la

existencia, todo lo que había sufrido, es decir, vivido, una sonrisa amarga asomaba a sus labios. Luego se adentraba en el mundo de sus meditaciones, cogía el sombrero y se entregaba a la calle. A ese sedante de la ciudad, que al enervarnos nos calma. Nos envuelve y enfrenta con las desgracias de los demás. Nos atonta y ayuda a no pensar...

Aquella tarde, ya en la vía y sin saber qué hacer, se dijo:

—¿Dónde iré?

¿A qué lugar dirigiría sus pasos, que no se encontrara a sí mismo? Porque las tristezas no son del ambiente, son de nosotros. Los días no son insoportables, ni alegres, ni nada: son como son. Porque los adjetivos no existen más allá del mundo de nosotros mismos. Tú o el otro sois o estáis tristes o alegres, y esa tristeza o alegría, o cualquier otro estado de ánimo, sólo pertenece a ti propio, y el adjetivo nace y muere en nosotros, porque al exterior, al mundo de los demás, puede, pero no debe salir.

Por último, nuestro héroe, se fué hacia el parque y ya en él, lejos del tráfago de

la calle, pensó una vez más sobre todo lo suyo, sobre aquella su monomanía, que gota a gota le taladraba el cerebro. Eran unas ideas que él creía grandes y que nunca pudo dar a conocer por falta de expresión adecuada.

Tuvo una breve meditación de eternidades y comprendió que jamás sería un genio. Vió claro que él no era más que un pobre estuche de miserables ideas.

Lloró bajo la soledad de las alamedas, a pesar de saber lo estúpido y ridículo que es un hombre llorando...

Después, algo más sereno, comprendió ya claramente su error. Era un loco, un imbécil. Los pensamientos surgían rápidos, y velozmente también encontraba la solución.

No era rico "por aquello."

Había fracasado "por aquello."

Le había rechazado la sociedad "por aquello."

Sí, sí, por aquello, por esto, lo otro y lo de más allá.

Luego la solución rotunda, cumbre, genial: Destruir y volver a empezar.

Corrió a su modesta buhardilla y cogió

sus escritos, sus esculturas, todo lo que torpemente intentó crear. Todo "aquello". Y lo fué destrozando.

Corrían las horas. Llegó la noche. Sudoroso, como enloquecido, destruía y destruía. Con la última obra que hizo pedazos, descansó.

Después abandonó su humilde ajuar, aquel conjunto de partículas de su propia vida. Huyó muy lejos, a lejanos países. Quería nacer una vez más, buscar una nueva oportunidad. Y recuperó el entusiasmo y eso que es voluntad.

Corrió mundo, tiempo, ocasiones y no sé cuánto más. Y un día, que empezaba a creer en la renovación, el destino le hizo encontrarse con el pasado, con un recuerdo sin importancia, pero que fué la gota que colmó el cáliz; era que la vió, a la "primera y última", ya más mujer, deslumbrante, con el triunfo de su riqueza mal adquirida. Casi tropezó con ella y ni le conoció.

¡Tanto he cambiado!, pensó...

Luego siguió envuelto en la soledad de la multitud, de los hombres que van y vienen a sus trabajos, a sus amores, a sus

negocios, a sus pecados y a otras muchas cosas. Sin pensar y sin ver...

Ella no era el todo de su vida, ¡pero traía tantos recuerdos!

Comprendió que su esfuerzo era inútil, porque ni tan siquiera le quedaba el entusiasmo de la fe. Había que huir más lejos todavía, y en la primera revuelta social, por una idea, H o B, no importa cuál, defendiendo una doctrina que ni quería, ni conocía, que para él no era más que un pretexto para no suicidarse, cayó para siempre empuñando el mauser y gritando: Viva "lo que sea"...

Después lo enterraron y hasta hubo un político pedantuelo que dijo que era un héroe caído por la defensa de la idea.

SENDEROS

POR el valle del mundo, de la vida a la muerte, van dos senderos envueltos en la niebla de "lo ignorado".

Por una de las sendas un alma de mujer, joven y bella, marcha con los ojos cubiertos por la venda de la ilusión. Por otra, un espíritu de hombre camina acompañado de la última y suprema convicción.

La ingratitud le ha hecho desconfiar de la ayuda de los caminantes de los infinitos senderos que van de la vida a la muerte, por el valle del mundo.

El hombre. La mujer. Van a ciegas. Un camino al lado del otro, con sus almas a cuestas.

La mujer sueña.

El hombre piensa.

Avanzan. La niebla ya abriéndose. Se han visto... Se miran.

Piensa ella: —Soy débil. Voy sola. ¿Será esta la realidad de mi sueño?

Piensa él: —Dulce compañera para las ásperas jornadas que me quedan. ¿Habrá amor en el valle?

Júntanse los senderos. Dos almas, enlazadas, caminan:

Ella es feliz.

El piensa y confía.

Sobre el horizonte surgen amenazadores los dos fantasmas hermanos: el peligro y la fatiga.

La marcha es más dura cada vez.

De los ojos de la mujer al abismo del dolor, cae la ilusión, como una blanca paloma herida.

Ahora ve claro. Se resiste a seguir a su compañero.

La mujer llora, porque ha llegado a la encrucijada.

El hombre sufre y calla.

A un lado la oportunidad de seguir sola un suave sendero. ¡Pero es tan monótono, tan igual!

La mujer duda.

El amor y el egoísmo le hablan al oído.

Sigue a tu compañero (dice el amor).

El fin siempre parece semejante. Cierto que el término de todo sendero es la muerte. Pero después está Dios y solamente puede llegarse a El con el único amor que hace buenos a los humanos.

Dios no existe (dice el egoísmo). Ve sola. ¿Para qué ser madre? ¿Para qué sufrir?

El amor y el egoísmo aconsejan quedamente a su corazón.

Ella duda.

El espera.

Mueren los espacios de tiempo...

Ve (dice el amor al hombre); ve y bésala.

El pone, suavemente, sus labios en los de ella.

El amor sonríe al egoísmo y éste se esfuma, se eleva, para trazar en el cielo el supremo signo.

Ellos miran a lo alto y, adorando a Dios, marchan juntos cogidos de la mano.

Ella protegida.

El ennoblecido.

El amor va delante, allanando obstáculos.

El sendero corre horas, días, años.

La vida se gasta.

La muerte, al final, se acerca cada vez más.

Ellos llevan a juicio la suprema razón
de su amor.

Nacen y mueren los espacios.

Se renuevan las generaciones.

El péndulo del mundo sigue su continua
e indiferente oscilación.

DIALOGO CON EL LOCO

POR qué te llaman loco?

—Porque poseo la locura de la razón y la sinrazón de la anormalidad.

—Oye, dime. Si consiguiéramos reinos de todo, ¿qué aprenderíamos con ello?

—Aprenderíamos a llorar, porque no hay más horrible tragedia que la de saber reír.

—¿Qué absurdo! Eso es un disparate. ¿Es que la risa y el llanto no son cosas opuestas?

—¿Distintas? Quizá sí. ¿Opuestas? No. La risa es la antesala del llanto. El llanto es la antesala de la risa.

—Bien. Si eso no fuera una incongruencia, ¿querría decir que todo es relativo?

—Esto es. Todo es relativo. Todo es un anillo que va y viene. Gira sin cesar. Nos lleva y nos trae. Es como un torbellino, siempre distinto y siempre igual, que nos maneja y voltea sin piedad, hasta obligarnos a fracasar o a vencer.

—No te excites. Tranquilízate y di: ¿Podrías volver a repetir el porqué te llaman loco?

—Imposible, porque las palabras salidas de mi espíritu vuelan muy lejos, hasta cabalgar sobre la poesía de la noche de luna, el misterio del mar, los hilos del telégrafo y la velocidad.

Me llaman loco porque, aun estando aquí mismo, estoy allá lejos, en aquel lugar ignoto que tú no puedes ver y al que sólo llegan la voz de las estrellas y Dios.

TRES MINUTOS

SENTADO ante las cuartillas, escribo y pienso en lo presente, en el pasado y en el porvenir.

Son las once de la noche. Hasta mí, por la abierta ventana, llega el rumor de las gentes que en la vecina plaza escuchan a la banda municipal, formada indudablemente con los elementos que constituyen la idiosincracia de esta ciudad dormida y señorial, póstumo reflejo de una España pasada y no sé si gloriosa.

Es noche de fiestas, con sus imprescindibles fuegos artificiales, modesto recordatorio de una tradición que ya no es ni eso.

Entre el estrépito de la traca y el run-run monótono de la muchedumbre que palpita, el reloj de la antigua y hermosa catedral toca once veces, con campanadas lentas, con pausa y gravedad majestuosas.

El verano me envuelve con sus brisas cálidas. El recuerdo del pasado encarnado en esas campanadas levanta en mí un no

sé qué agridulce que no puedo definir, pero que es bastante desagradable...

Ha pasado medio minuto, la campana repite sus toques como si los dedicara a los muertos, que ya no oirán jamás. A los hijos de la comarca que viven en tierras lejanas, donde se habla lengua distinta a la que les arrulló de niños.

¡Sentimental misterio el de este reloj que canta las horas desde Dios sabe cuándo!

¡Sus toques son siempre iguales y, sin embargo, tan distintos!

Todo depende de nuestro estado de ánimo y del medio ambiente que nos rodea. Melancólicos al anochecer. Alegres de mañana. Y sobre todo horriblemente tristes y misteriosos en las noches de invierno, cuando suenan acompañados del chapoteo del agua sobre las verdes losas y el silbar del viento por las esquinas de los desiertos callejones de esta antigua ciudad.

En mis oídos, mientras escribo, resuena como un eco el recuerdo de las campanadas, destacando sobre el fuego de mi pesadumbre...

Arriba, en el cielo, por la abierta venta-

na, la luna me contempla ajena a mi destino, que ella presenci6, e ignorante del motivo que me trajo hasta aqu6 y que me ha obligado a coger la pluma para escribir las impresiones escuetas y vulgares de tres minutos de mi pobre vida.

“Consagrado a nuestra amistad.”

Es propiedad. Queda
hecho el dep6sito que
marca la ley.

RAMON FERIA

SIGNOS DE ARTE Y LITERATURA

PRIMERA EDICIÓN

JAÉN
DÍAZ



barro
cocido

Edición "EL DISCRETO"

ES PROPIEDAD
Published in Spain
Ramón Fera. - 1936

OBRAS DE RAMON FERIA

Stadium.—Poesía. Prólogo de Antonio Espina. Compañía Ibero Americana de Publicaciones (1930).

Signos de Arte y Literatura.—Crítica (1936).

EN PREPARACION

El verte me admira.—Poesía.

Nuevos novelistas españoles.—Crítica.

	Págs.
Introducción... ..	5
I.—Una fecha : 1927. Los movimiento literarios y artísti- cos : <i>La Rosa de los Vientos, Cartones, Gaceta de Arte.</i>	7
II.—Noticia de la crítica literaria y artística. El ensayo y los estudios históricos... ..	15
III.—Prosistas : La novela, el poema en prosa, el cuento. Surrealismo literario : <i>Crimen</i> , de Agustín Espinosa...	33
IV.—Poesía : Poetas del mar : Tomás Morales y el gran poema del Atlántico ; «Alonso Quesada», Saulo Torón, Manuel Verdugo, Rodríguez Figueroa, Francisco Iz- quierdo ; Fernando González ; neogongorismo : Claudio de la Torre, Perdomo Acedo, Luis B. Inglott, Julio de la Rosa, Miranda Junco, etc. ; últimas tendencias : Jo- sefina de la Torre, Pedro García Cabrera, etc.	43
V.—Plástica : Néstor. José Aguiar. Impresionismo : Fari- ña, Pedro de Guesala. «Escuela de Luján Pérez» : nue- vos pintores : Santana, Monzón, Oramas ; imagineros : Fleitas, Jaén Díaz, Gregorio López, Delgado. Surrealis- mo pictórico : Oscar Domínguez. Otros pintores : Juan Ismael, Juana Dorta... ..	61

CANARIAS no ha tenido en toda su Historia literaria una fuerte actitud, que abarque en su totalidad todas las manifestaciones del arte y la literatura hasta llegar a este primer tercio de siglo. Lo precedente, qué duda cabe, ha sido álgido, en individualidades—Cairasco de Figueroa, Viana, Viera y Clavijo, los Iriarte, Clavijo y Fajardo—; pero no como incorporación total, atmosférica y característica de la cultura atlántica, y de una atracción mutua isleña operante que por primera vez va a tener España.

Nada ha hecho la literatura española—en especial la crítica—con toda esa plástica isleña (poetas del mar, prosistas, pintores, etc.), elementos físicos y psicológicos de una nueva personalidad.

Iremos a la Isla a indagar, desnudos, ese choque: unidad de hombre y unidad de tierra: isla; y luego esos tres escapes del hombre a-isla-do: tierra, mar, cielo. Y como estos elementos categóricos, siempre sucediendo, fundidos, actúan, y de qué modo, y cómo luego expresarlos.

Una fecha: 1927.

Los movimientos literarios y artísticos.

CAPÍTULO PRIMERO



En 1927 se celebra el tricentenario de la muerte de Góngora. Esa misma fecha señala un nuevo movimiento de la literatura canaria. Una reacción antipositivista, semejante a la que preocupa a las «élites» de toda España, y en particular, a la que se

agrupa en torno a *La Gaceta Literaria*. Ese tono, en contra de un antecedente que no voy a analizar ahora, que anima en Madrid, *La Gaceta Literaria*, trae una simultánea floración en los demás sectores literarios de las provincias, y al que se incorporan las Islas Canarias, con una revista: *La Rosa de los Vientos*.

Hay que decir, que antes de esta fecha inicial, todo estigma literario no era nulo; pero sí sin perfil, por lo disperso (1). Ya escritores de las Islas, Espinosa, Claudio de la Torre, «Alonso Quesada» y otros, hacen sus excursiones por el panorama español de escritores nuevos.

Fué por entonces, el Profesor Angel Valbuena Prat, el verdadero reactivo, que ordena toda una fermentación literaria, con el ímpetu de su primera lección de Literatura española en la Universidad de La Laguna. Valbuena Prat aporta, además de su tendencia de literatura pura, un sentido de nueva inquietud al tratar los temas de la literatura

(1) Permítasenos señalar como síntoma de que la irrespetuosidad y el iconoclastismo se liquida (por aquellos «extrajóvenes» para «Azorín»; «juventud más natural, dice J. R. J., que se ha sacudido súbitamente las modas penúltimas y últimas del truquismo, el estéril gallear, la externación, el bomboe arbitrario, y encuentran hacia dentro su camino verdadero y digno»); permítasenos señalar en un cuadro sinóptico la labor literaria de unos escritores, dispersa en publicaciones literarias, en el libro, cuya significación puede ser discutible, sin duda lo es, y de la cual nos separa un abismo, pero que está ahí todavía por analizar.

Remontándonos. En la isla de Tenerife: 1878-82, *Revista de Canarias*, Elías Zerolo y Herrera, Mariano Reymundo y Arroyo, Francisco M. Pinto; *Ilustración de Canarias*, 1882-84, Patricio Estévez y Murphy; 1889-4, *Artes y Letras*, revista ilustrada, de literatura, artes y ciencias, Leocadio Machado; 1917, *Castalia*, la más importante publicación que precede a *La Rosa de los Vientos*, Luis Rodríguez Figueroa, Ildefonso Maffiotte, Verdugo, Tomás Morales, «Alonso Quesada», Joaquín Estrada, la obra inicial de Agustín Espinosa, los pintores Davó, Alfredo de Torres, y los dos acuarelistas más importantes de las islas Bonín y Crosita; en 1927, *Horizontes*, última muestra tremolante de la literatura falsa y disipadora: José H. Amador, Domingo J. Manrique, Luis Alvarez Cruz, Domingo Cabrera, P. Pinto de la Rosa, etc.; 1930, *Islas*, revista de política y literatura, dirigida por Elsidio Alonso, Rafael Navarro y Julián Vidal Torres.

En la isla de la Palma. *Los Raros*: Pérez Andreu, Gabriel Duque Díaz; 1924, *Canopus*, revista juvenil que publica Facundo Fernández Galván.

renacentista; había que desenmascarar la literatura local, del gesto, de la «pose» del literatoide, y se consiguió, como es natural.

Todo este precedente había de servir de objeto a esta reacción, porque expresaba, como digo, una decadencia en desgana localista, cerrada de intentos, con bifurcaciones pamasianas, carrerismos, que abarcaba cuatro y hasta cinco nombres—poetas auténticos de melena, pipa y chambergo—, bajo el marco de algún que otro juego floral, por desflorado.

Pronto un grupo, en el que se destaca Valbuena Prat, Agustín Espinosa, Juan Manuel Trujillo, Pestana Nóbrega, por un lado, y de otro, el conjunto de poetas del mar, de la isla de Gran Canaria, se agrupan bajo una divisa: *La Rosa de los Vientos*. Decía Ernesto Pestana Nóbrega: «Los jóvenes que en 1927 dimos en la idea de lanzar al público unas páginas que fueran índice de la aportación canaria al movimiento intelectual y estético del novecientos, recogimos en nuestra trayectoria de cinco números pulsaciones opuestas y distintas. De un lado—del lado de acá—, el público insular, para quien iba dirigida principalmente nuestra revista, opone su falso pensamiento regional—de anécdota regional—a la aparente desregionalización de nuestra obra. Aparente huída regional para ojos ciegos de toda visión interior. Porque el sentimiento y la emoción del paisaje, el íntimo latido de compenetración con lo contemplado, mar o tierra, no ha escapado en la producción creadora o crítica de esta nueva generación

canaria. Y del otro lado—de otros continentes—, voces acogedoras reciben nuestra obra con claras sonoridades de aceptación y júbilo» (1).

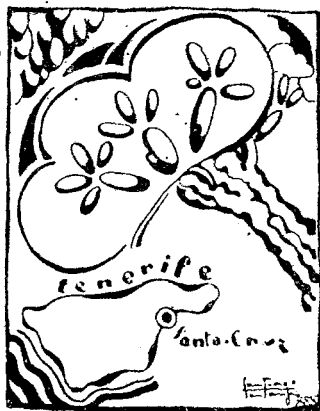
Entre diatribas de despistados y sorprendidos, dan la cara. Había que ganar la partida y se ganó. No podía suceder de otro modo si se presentía una nueva tendencia de escritores, poetas y ensayistas, que no era otra que el neogongorismo. Este movimiento se filtra en los prosistas, pero sobre todo en los poetas. Figura del poema neogongorino en que «está encerrado un mundo irreal, reducido a tonos puros, sin mezcla, y a formas apasionadas, sí, pero rigurosas», dice Dámaso Alonso.

Este movimiento de *La Rosa de los Vientos*, señala un momento indiscutible de la literatura canaria, complejo de posibilidades ulteriores (2), aun cuando en el consciente preocupado de un refrendo literario de España, en especial de Ramón Gómez de la Serna y de *La Gaceta Literaria*. Algo así como un recelo al andar solos, con sus propios elementos.



(1) «Poloriama Atlántico», *La Gaceta Literaria*, número de 1 de abril de 1930.

(2) En realidad este gongorismo importado por *La Rosa de los Vientos*, obedecía a un gusto tradicional de la literatura insular. Nuestra literatura histórica del siglo XVII y XVIII—autos y loas sacramentales, poemas culteranos de Fray Abreu, loas de Juan Bautista Poggio y Maldonado, el mismo género epistolar del Marqués de San Andrés, entre otros—, acusan la constante histórica de lo gongorino.



Henos aquí ante otra fecha: 1930. Por entonces escribíamos en *La Luna y el Pájaro*, con motivo de la aparición de *Cartones*, génesis de otra revista; G. A., no tanto por su tendencia, como por la incorporación de sus elementos literarios: «Ya ha mucho la verdadera asepsia del provincianismo literario, pictórico, poético... No es más que un des-

borde del cauce central. Madrid—dije entonces—ya no es el lugar de cita, «field» de batalla, concepto muy ochocentista. He aquí el momento de incorporación independiente de la persona. Acción, pero acción universalista, geográfica.»

José Antonio Rojas; el mejor definidor de este grupo, en carta de julio de 1930, refiriéndose al grupo *Cartones* (1),

(1) Destaca también el nombre de «Carmen Jiménez», (poetisa natural de la isla de Tenerife), en la que cristaliza un sentido de la plástica cósmica de isla, como los poetas castellanos la desnudez de tierra de la meseta. Fluye en su verso conmovido, un paisaje de montaña, contrito; ese «alma de piedra» unamuneco, delimitando la montaña seca, de la tierra.

dice: «grupo esencialmente universitario, estudia sobre la región para elevarla universalizándola (ejemplo: nuestra fiesta nacional en *Los Bestiarios*, de Montherland), descubriendo lo falso de esa isla lírica que tanto ha producido nuestra literatura. Lo lamentable de una confusión de lo tópico con lo regional.» Eso es lo que quería José Antonio Rojas, para universalizarse, pero, «encadenado en la isla de Tenerife».



ga

Gaceta de Arte, la revista que agrupa el movimiento más importante desde esta fecha a los días que corremos. Le preocupa un sentido universal, cosmopolita tanto más—pues lo uno se opone a lo otro—, en sus primeros instantes. Le falta el recogimiento para que

luego trascienda a universal, de nación o región.

He aquí sus dos fases: Europa, España. Sentido universal europeo sin pasar por España; alejamiento, y no olvido, de los intelectuales de España que se daban de lleno a los problemas de la política...; del período revolucionario, en el que se pierde la gracia de escribir y el modo de hablar. Los escritores más jóvenes—no generación, todo lo más degeneración—colaboran bastante a ese último des-

gaire. *Gaceta de Arte* sabe ladear el sopor de España y torna a mirar a Europa.

Nosotros indicamos a *Gaceta de Arte* ese universalismo, su germanismo, un tanto captado por meridianos. España, más España, viene a decirles, luego, la revista *Arte* (Abril, Guillermo de Torre, Marichalar). Surge entonces su fase actual: una incorporación de Picasso, como caso neto de pintor de España, nueva pedagogía universitaria, nueva arquitectura, nuevos poetas y, últimamente, revisión del tan decadente teatro español. Como se podrá comprender, este grupo acusa indiscutiblemente un nuevo perfil, con una preocupación más vital. Tanto es así, que esa delimitación toma su actitud de «frente a frente», surgida como toda disgregación literaria—recordemos a Antonio Espina y *Nueva España*, frente a *La Gaceta Literaria*—, por una disidencia ideológica que, al fin y al cabo, tiene por causa los componentes fatales de una escuela o época. Una carta del Director de *Gaceta de Arte*, un trozo de ella, el más literario, nos podrá dilucidar a esa actitud frente al grupo de *La Rosa de los Vientos*, dice: «Nosotros no reconocemos el movimiento de *La Rosa de los Vientos*, destacando únicamente la figura de Agustín Espinosa, hoy con nosotros, anterior a esta revista, que no destacó en el mapa español, ni una sola figura. Pertenece a los movimientos inconsistentes de aquellos años, en los que el arte iba sin rumbo, haciendo piruetas y resurrecciones, que morían al día siguiente. De esta misma apreciación, sabe usted, como yo, es la nueva actitud de los escritores».

Como vemos, su oposición es irreductible, pero de un disidente—no es el caso de analizar resentimientos más allá del Arte, y que de ningún modo entran en mi ánimo—, que mira, qué duda cabe, de lo alto de su atalaya y que no esconde la piedra.

Propugna el grupo *Gaceta de Arte*—Westerdhal, Aguilar, García Cabrera, López Torres, Pestana Ramos, Gutiérrez Albelo, Pérez Minik—, además, una arquitectura funcional marcadamente socializadora, secuencia germánica de «la ciudad habitación» en contra de la angustia que suscita la ciudad congestionada. Esta posición suya es el último momento en la captación y avidez que antes dijimos: su vía más activista (1).

(1) Las páginas literarias del nuevo periodismo: en *La Tarde*, «La nueva literatura». Ese periódico señala el momento de iniciación del auténtico periodismo, bajo la dirección de un fino y valioso periodista, Víctor Zurita, que incorpora lo mejor de la nueva literatura insular. Asimismo señalamos las páginas de *El Socialista*, *Avance*, *Hoy* (dirigido, primero, por Benítez Toledo, actualmente, por Caravito); las de *La Prensa*: «La nueva literatura»; la de *El País*, con Perdomo Acedo. Todas estas páginas colaboran al auge de la nueva literatura.

Noticia de la crítica literaria y artística. El ensayo y los estudios históricos.

CAPÍTULO II

¿Se puede hablar de un movimiento de críticos verdaderos? Se puede hablar de crítica, pero no de espíritus críticos agudos y libertados; es decir, no se puede hablar de una crítica sustantiva. La crítica suele manifestarse en ocasiones, no ya en una fina exégesis, sino en relato que deriva en una digresión artística, masturbadora sutileza, y cuando no, y esto es lo más frecuente, en trasunto filosófico-periodístico, o más bien recargada de intenciones culturales. Ahora bien: hay que tener en cuenta que esto no es propio solamente de los escritores isleños, sino que afecta, excepto escasos nombres, a toda la nueva crítica literaria de España.

La crítica es uno de los géneros literarios que con más apremio precisa en España de una revisión.



Con respecto a la crítica literaria canaria, el que mejor define el movimiento de poetas, el «teorizante más severo—dice Agustín Espinosa—de la poesía canaria», es Angel Valbuena Prat, que no es natural de las islas, pero que, como hemos dicho antes, se une al movimiento (1).

Agustín Espinosa, aunque no del todo crítico sustantivo, hace una crítica subjetiva recargada de simbolismos; que es todavía la más viviente preocupación por la actualidad literaria de las islas. Además, Agustín Espinosa es autor, en colaboración con un joven pedagogo, Angel Lacalle, de una *Antología de escritores españoles*, finamente seleccionada, con juicio crítico que se aparta de toda repetición frecuente antológica. Con esa virtud tirante de toda excelente antología, al no petrificar en una sola muestra el autor incluído en ella, sino por el contrario, suscitando primores por adelantado (2).

Añadimos aquí nombres de críticos, algunos de los cuales se preocupan de la literatura canaria: Salvador Quintero, su producción literaria está casi toda en revistas y periódicos de la Península; fundador de la revista *Extremos a que ha llegado la poesía española*; además hace crítica de Geografía. Agustín Miranda Junco, con finos estudios críticos ayudados de digresiones míticas, en la *Revista de*

(1) *Algunos aspectos de la moderna poesía canaria*, conferencia, 1927. La Laguna, Isla de Tenerife.

(2) *Antología de escritores españoles*, tres volúmenes. Barcelona, Editorial Bosch, 1930.

Media hora jugando a los dados, como contribución a la obra del pintor José Jorge Oramas, Las Palmas, Isla de Gran Canaria.

Occidente. Un crítico de música, Wilpret, con sus aportaciones sobre música de los negros y el folklore musical isleño.



En las artes plásticas, además de Ernesto Pestana Nóbrega (desaparecido prematuramente), que de una manera sistemática estudia el movimiento pictórico de las islas; muerto este escritor, no exento de aptitud crítica, es Eduar de Westerdhal, quien sigue más de cerca la plástica canaria, así como Juan Rodríguez Doreste, crítico objetivo, que, por otra parte, es autor de un interesante estudio sobre el pintor Goya, y de un *Bosquejo de la pintura del siglo XX* (1).

Entre los críticos de plástica de temas universales hay que señalar, además del mismo Eduardo Westerdhal, que la ha hecho casi única en su actividad literaria, autor de una monografía exegética sobre el pintor constructivista Willi Baumeister (2), a Domingo López Torres, post-glosador del movimiento pictórico surrealista de París.

Así como frente al decadentismo arquitectónico de las construcciones del litoral y rurales del interior, conviene tener muy en cuenta, y a la vista, los juicios críticos del nuevo arquitecto de las islas José Enrique Marrero; sobre todo valorizando los elementos de una arquitectura autóctona y más popular. Sobre arquitectura nueva, los primeros

(1) *Bosquejo de la pintura del siglo XX*.—Biblioteca de las Islas. Las Palmas. 1927.

(2) Ediciones *Gaceta de Arte*, isla de Tenerife. 1934.

en ocuparse en las Islas Canarias fueron los hermanos Armando y Fernando De Masy.



Agustín Espinosa, con sus estudios y aportaciones folklóricas y del romancero, y sus monografías biográfico-críticas sobre Clavijo y Fajardo; Facundo Fernández Galván, con sus estudios, muchos inéditos, sobre la cultura y los poetas clásicos, como, por ejemplo: sobre Poggio y Monteverde; Juan Manuel Trujillo, con su crítica sobre Viana, como poeta representativo de Tenerife, y Agustín Millares Carló, en la nueva erudición. Es éste el conjunto más nuevo, más «hacia dentro», íntimo y también más valioso de la crítica interpretativa de la literatura clásica de Canarias.

Menéndez y Pelayo (1), al tratar de romances tradicionales de varias provincias españolas, escribe: «Ya he indicado la sospecha de que en Canarias puedan existir viejos romances llevados allá en el siglo XV por los conquistadores castellanos y andaluces. Si se encontrasen, sería buen hallazgo, porque en casos análogos se observa que las versiones insulares son más arcaicas y puras que las del Continente, como sucede en Mallorca con relación a Cataluña, en Madera y las Azores con relación a Portugal.

»De poesía histórica relativa a Canarias no conozco más

(1) Colección de romances tradicionales publicada como suplemento a la Primavera y flor de romances de Wolf, tomo X de la «Antología», Madrid, 1900.

que las célebres «endechas» que en Lanzarote se cantaron por los años de 1443, a la muerte del sevillano Guillén Peraza. Las recogió en 1632 de la tradición oral («cuya memoria dura hasta hoy») el franciscano Abreu Galindo, y de él las han copiado los demás historiadores del Archipiélago. Dicen así:

LLORAD LAS DAMAS

Llorad las damas,
si Dios os vala.
Guillén Peraza
quedó en la Palma,
la flor marchita
de la su cara.
No eres Palma
eres retama,
eres ciprés
de triste rama,
eres desdicha,
desdicha mala.
Tus campos rompan
tristes volcanes,
no vean placeres
sino pesares,
cubran tus flores
los arenales.
Guillén Peraza,
Guillén Peraza,
¿do está tu escudo?
¿do está tu lanza?
todo lo acaba
la mala andanza.

(Siglo xv, anónimo.)

»Este romancillo pentasílabo, notable por la intensidad del sentimiento poético, consta, como se ve, de cuatro series asonantadas de seis versos cada una, siendo patente su analogía con los cantos fúnebres vascongados que cita Garibay.

»En ritmo análogo al de las «endechas» de Guillén Peraza está compuesto el célebre «cantar de los comendadores de Córdoba» (número 1.902 del «Romancero» de Durán), cuyo estudio reservamos para otro lugar. A imitación suya se compuso luego el de la muerte de don Alonso de Aguilar:

«¡Ay Sierra Bermeja—por mi mal os ví!» Y finalmente de la poesía popular pasó este metro a la erudita, conservando el mismo nombre de «endechas», que luego se aplica a otras composiciones análogas por el pensamiento, aunque diversas por la versificación.»

Con este antecedente en 1927, Agustín Espinosa, inició por primera vez en Canarias el estudio y publicación de romances tradicionales de las islas, en *La Rosa de los Vientos*. «La conjetura de don Marcelino—escribía Espinosa—es hoy realidad. Nuestras investigaciones, en la isla de Tenerife, durante los dos pasados años, han dado como resultado el hallazgo de cerca de un centenar de romances, algunos de un gran interés—regional y nacional al mismo tiempo—, por las razones de no existir de ellos variantes peninsulares, o ya, por ser de una belleza popular superior a sus correspondientes continentales.»

ROMANCES TRADICIONALES DE CANARIAS (I)

I

Paseándose va Sildana
por su corredor arriba,
guitarra de oro en la mano,
muy bien que la tocaría ;
por muy bien que la tocara
mejor romanceh disía.

Su padre la ehtá mirando
de altah torreh que tenía :

—Qué bien que te ehtá, Sildana,
tu traje de cada día,
como tu madre la reina
cuando de oro se vestía.
Quién tuviera, Sildana,
un hora siquiera mía !

—El tenerme, señor padre,
el tenerme sí tendría ;
y lah penah del infierno,
padre, quién lah pasaría ?

—Al Santo Padre de Roma
iremoh de romería.

Al bajar lah ehcalerah
ehtah palabrah disía :

—¡ Quién encontrara a mi madre,
fuera muerta o fuera viva !
Al subir lah ehcalera
con su madre encontraría :

—¿ Dónde vah, hija Sildana ;
dónde vah, hija querida ?

(1) Recogidos por Agustín Espinosa.

—Voy casa del Rey mi padre
que ehpera de compañía.

—Detente, hija Sildana,
detente, hija querida,
mientrah me peino y me lavo
y me pongo ropa limpia.

... ..

—Si no me saleh donsella
te mando quitar la vida,
y si me saleh donsella
de oro te coronaría.

—Cómo he de salir donsella,
si fuí treh viajeh parida?
Tuve al infante don Carloh
y al infante don Garsía;
tuve a tu hija Sildana,
hija tuya y hija mía.

II

Mañanita de San Juan,
como cohtumbre que fuera,
lah damah y loh galaneh
a bañarse a lah Arenah.
Laurensia se fué a bañar.
suh carneh blancah y bellah.
Vino un barquito de moroh
y a Laurencia se la llevan.
Laurencia de que se vido
cautiva en tierra ajenah,
con un puñal que tenía
mil puñaladah leh diera,
menoh a un moro que deja
en su compañía con ella.

Quitó una tabla del barco,
se echó a navegar en ella.
Al otro día siguiente
en la playa amanesiera.
A pedir una limohna,
como peregrina que era,
en la casa de su madre,
allí fuera la primera ;
y su hermana, la mah chica,
en la ventana ehtuviera :
—Madre, ai viene una mujer,
un galán viene con ella.
Todita se me parese
con mi hermanita Laurensia.
Tiene su cabello rubio ;
al suyo se paresiera.
Tiene un lunar en su rostro.
¡ Jesúh, mi querida prenda !
—Es posible, madre mía,
que tanto cuehte la ausensia.
No conoseh a tu hija,
la que nació de tuh venah,
la que rompió tuh entrañah,
mira que fué la primera.



Hay un grupo de escritores, «Grupo isla de la Palma», más recoleto ; huído de solicitaciones, se repliega, en lo poético, en la interpretación de su islario histórico y su literatura. En este grupo hay que señalar—aparte de otros

nombres apenas acusados (1)—, tres nombres en formación: Facundo Fernández Galván, José Pérez Vidal y Félix Poggio; de este último nos ocuparemos al hablar de la poesía.

Fernández Galván tiene dos fases: como poeta con influencias juanramoniana y de García Lorca; dúctil de imágenes, se acelera en ritmo y colorido poético. Como crítico se manifiesta en un estudio-conferencia dado en Madrid, en el «Lyceum», sobre *El sentimiento del mar en la lírica canaria* (2).

Fernández Galván es el más amplio de este triunvirato, ávido de multiplicidades culturales y poéticas.



(1) Félix Duarte, su obra se desenvuelve en La Palma y Cuba; publica un libro de poemas, *Azul*, con influencia de la poesía trémula americanicista.

Leocricia Pestana Fierro, hace una vida retirada en la *Quinta Verde*, de donde salía como una estampa de época a recitar poesías de tono liberal.

Luis Gómez Wangüemert, crítico de música y plástica, en la Revista *Habana*. Manuel Fernández Cabrera, periodista, su obra se desarrolla en Cuba, muere en Santa Cruz de la Palma; es autor de tres libros: *Mi viaje a Méjico*, *Mis dos Patrias: Cuba y Canarias*, *Encuesta*.

(2) El esquema de la conferencia, reproducido de la revista «Brújula» (número de marzo, 1932, Madrid), es el siguiente:

«Nuevo descubrimiento de un Archipiélago poético en tres jornadas: I, Carta marina para navegar desde los mares renacentistas de Cairasco de Rigueroa, a los mares nuevos del *Lancelot*, de Agustín Espinosa; del *Catálogo de Horas*, de Félix Poggio; de los *Poemas de Mar*, de Ramón Fería.—II, Biología de la Isla. Mito de Calipso. Causas de la reaparición del mito griego en el mar de la colonización del siglo XVII. Su contenido, su nacimiento, pasión y muerte.—III, El sentido de la tierra exaltada por el mar, confinada y apremiada por el mar. El tema de la isla en el Océano, del siglo XVII. En Irlanda, Camoens, Juan B. Poggio y Monteverde. La nostalgia.»

El tono poético de José Pérez Vidal es de canto callado, rozando con expresiones elegíacas. No se enciende, se apaga, alejado de su voz. Su indolencia se manifiesta en una prosa poética, «La Cometa» (1). Pérez Vidal, como Tagore, habla de los niños, de los juegos de los *geniecillos*. En la revista *Azor* (2), publica «rimas y juegos infantiles», fórmulas, variantes del folklore canario, en el juego infantil de dar la piedra.

Veamos algunas de estas rimas seleccionadas:

«Cruz de palo,
cruz de hierro
que me salga
la del cielo.»

«Palomita blanca,
reblanca,
¿dónde está tu nido,
renido?

En el pino verde,
reverde,
todo está florido.»

«¿A dónde vas, negrito,
con ese farol?
Debajo del puente
que hace calor.
¿En qué calle vives?
En la calle del Sol.
¿Qué número tiene?
El cincuenta y dos.»

(1) Publicado en *La Luna y el Pájaro*, número 1, Madrid. 1931.

(2) Número 17, febrero-marzo. Barcelona.

Pérez Vidal ha publicado los siguientes documentos hallados en el Archivo de Indias. *Díaz Pimienta y la construcción naval española del siglo XVII*, así como ha reimpresso cuidadosamente *El Almirante Díaz Pimienta y la conquista de la Isla de Santa Catalina* (publicado en Anales de la Universidad de Madrid). Su labor es, pues, de aportación de documentos, la sombra biográfica de ese enigmático naviero y hombre de mar.

Este prebiógrafo, que es Pérez Vidal, debe pensar que más que la vida del individuo, deseamos que se nos cuente la Personalidad, que es la auténtica «vida» que está tocando y no la ve, la apunta nada más, y, por tanto, en riesgo de ser birlado por el biógrafo de verdad. Aparte de esto, Pérez Vidal, cae, en ese verbo, sin duda póstizo, de resabio, que, al fin y al cabo, no es más que toda una secuencia de una parte de la historia erudita de España.

Empero esta aportación tiene interés, por lo escasos que són en la literatura de las islas los estudios que se refieren al mar. Y es que la historia canaria, la poética, la auténtica historia de las islas—no hablo, claro es, de esa tendencia historicista de desempolvo—, está en pleno Océano.

Juan Manuel Trujillo, escribe:

«Tenerife no tiene poeta, mejor dicho, Tenerife tiene un poeta incompleto, Antonio de Viana; pero Tenerife ha tratado duramente a su poeta único.

No se le ha hecho popular. Nadie habla de Antonio de Viana. Todas las letras, es decir, todo el paisaje físico y moral de Tenerife, están en Antonio de Viana; pero a

nadie parece importarle. Si Tenerife desapareciera del mapa de Africa, se la podría reconstruir valiéndose de las páginas de Antonio de Viana. Se pondría otra vez sobre el mar el paisaje profuso que se haga en el poema; en el paisaje se pondrían mujeres valiéndose de las figuras físicas y morales de las infantas; ¿y el tiempo?; en el paisaje con mujeres se colocaría el ritmo lento del verso libre y de las octavas reales de Antonio de Viana, que es precisamente el ritmo que lleva el tiempo en Tenerife» (1).

Agustín Millares Carló es un erudito, en lo que esta palabra tiene hoy más que nunca de reducida y exenta de toda clase de intromisiones críticas, que tan mal le van; es investigador y técnico. De este modo, la erudición española—falta, por lo demás, de un estudio de su evolución—evita el confusionismo. A Millares Carló no le toca esto último; su erudición se reduce, sencillamente, a la exposición del material literario, delicadamente ordenado, pronto, resuelto en su técnica cronológica, para su ulterior fase, que el crítico que viene después comenzará por animar. Esa es su obra, primer hito de la erudición canaria: Ensayo de una *Bio-Bibliografía de escritores naturales de las Islas Canarias* (siglos XVI, XVII y XVIII), y la revista *El Museo Canario* (2), con el fin de reunir «cuantos trabajos

(1) Además, Juan Manuel Trujillo pide «una edición popular y correcta del poema de Viana; una edición que la redima de la inencontrable edición alemana, de la edición incorrecta de la Biblioteca Isleña, y de la edición de La Laguna, que lleva octavas reales que cojean hasta de dos versos completos».

(2) Colaboran también los nuevos investigadores J. Hernández Millares, Néstor Alamo y Juan Bosch.

concernientes a la historia, arqueología, antropología y etnología de las islas Canarias hayan sido concebidos con criterio absoluto y rigurosamente científico».



Entre los ensayistas, Francisco Aguilar, revelándose con un ensayo: «Estoicismo y barroquismo» (*Cartones*, 1930); más reciente, «Tres vueltas a la Naturaleza» en *Gaceta de Arte*, grupo al que pertenece. Aguilar, más que ágil expositor se recarga de intenciones culturales, le falta, es verdad, un saber olvidar lo adquirido, un llegar a «u saber nada de nada», para soltarse en un auténtico «saber culto», que diría Max Scheler.



En las aportaciones históricas de las islas, el Instituto de Estudios Canarios, en Tenerife, con una publicación mensual, *Revista de Historia*. Colaboran en esta institución, José Peraza de Ayala (1), sobre temas de genealogía

(1) Obras de Peraza de Ayala: *Los antiguos Cabildos de las Islas Canarias*, estudio histórico de la legislación foral. Madrid, 1928.

Historia de la casa de Machado y Monteverde en las Islas Canarias.—Madrid, 1930. Espasa Calpe, S. A.

Betacayse, leyenda canaria, Santa Cruz de Tenerife, 1930. Talleres de R. Toledo.

El Derecho en la prehistoria de las Islas Canarias. Santa Cruz de Tenerife, 1931. Talleres de R. Toledo.

Las antiguas Ordenanzas de la Isla de Tenerife. Notas y documentos para la Historia de los Municipios canarios. Imprenta de Curbelo. La Laguna de Tenerife, 1936. Edición del Instituto de Estudios Canarios.

canaria. Peraza, más que un elemento de la nueva intelectualidad, es el «pioneer» del historicismo ochocentista, en su tendencia interpretativa de la historia. Se salva su otra intención: una tendencia de acarreo del documento en sí y por sí. Emilio Hardisson (1), el Profesor Agustín Cabrera Díaz, sobre flora canaria, y María Rosa Alonso, iniciadora y fundadora del Instituto de Estudios Canarios.

Este grupo no ha entrado todavía en su fase revisionista, sino en su continuación de los historiadores longevos y contemporáneos, del que es buen representante José Rodríguez Moure (2), Bonnet, Dacio Darías Padrón (3).

¿Pero qué hacer con todo ese bloque? Naturalmente, que esta labor no resulte baladí, si se le sigue esa transformación creadora, crítica, que debe suceder necesariamente a toda acumulación. Ya puede decirse que este momento se hace sentir—sordo todavía, inédito lo más—en la Historia y la literatura, para que no se ahogue en el cúmulo historicista el espíritu.

La Historia canaria requiere una revisión totalista y de anexión a España, todo lo poética que queráis, pero al fin

(1) Autor de *La crónica de los Reyes Católicos de Mosén Diego de Valera*. Fascículo II de *Fontes rerum canariarum*. La Laguna, 1934. Imprenta Curbelo.

El fascículo I de *Fontes rerum canariarum* (colección de textos y documentos para la Historia de Canarias, que viene editando el Instituto de Estudios Canarios) se titula: *Conquista de la Isla de Gran Canaria*. Crónica anónima. La Laguna, 1933. Imprenta Curbelo.

(2) Autor de un estudio biográfico-crítico-antológico: *Don José Viera y Clavijo y su época. Historia de la Universidad de Canarias*, 1933. Tipografía Margarit. Santa Cruz de Tenerife. Edic. del I. E. C.

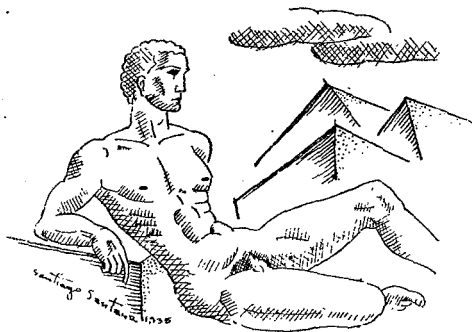
(3) Autor de *Breve resumen de la Historia de Canarias*, 1934. Imprenta de Curbelo. Edic. del I. E. C.

poética, de poetas. Nuevo sentido interpretativo, que ya no puede dar ni un Viera y Clavijo, ni un Núñez de la Peña, y menos actualmente, José Rodríguez Moure y sus secuaces.

Es necesario recordar ; pero que a ese recuerdo histórico cronológico se le anime y se le dé vida siempre amplificativa y sin olvidarlo.

Juan B. Acevedo, en su estudio inédito tanto más interesante por la empresa como por su revisión interpretativa histórica totalista ; Palos de Moguer—dice Juan B. Acevedo—es un tópico histórico en la escala geográfica de descubrimiento del Nuevo Mundo, que se ha restado a las islas ; y es que al analizar la historia de las islas al compás de España, se percibe, cómo nuestro aislamiento ha sido objeto en sus diferentes ciclos de *estafas* históricas. Sin ir más allá, Galdós, el ladino Galdós, no hizo otra cosa con el episodio isleño, Nacional, de Nelson en la isla de Tenerife. De ahí que Acevedo significa para las islas Canarias, aparte de un fino sentido de «saudade», en él como en nadie, su visión histórica más valiente, pues su historicismo de artista, su fantasía imaginativa, intuitiva, le hace, no ya probabilizar, sino, y esto es lo mejor, fundamentar. Por ello entiende, entendemos, que las islas no deben perderse en el Océano como un elemento fatal, disgregado de los grandes ciclos históricos de España, sino que tiene que participar con su sentimiento, no con su sentimentalismo, al sentido histórico-cultural Atlántico, en vía abierta al Nuevo Mundo, pasando por España.

Ese mar se abre a la Historia verdadera de España; Historia en busca del Hombre y Continentes: humana y geográfica (de Continentes unidos a ella, en idioma y pensamiento). Pero también de aguas que deslizándose entre las islas se abren a toda América. Colón, al volver sus ojos a tierras de España—por última vez—, sólo una torre de nieve y fuego le puja: el pico de Tenerife.



Prosistas.

CAPÍTULO III

Hay que señalar un antecedente loable de la novelística insular, en los hermanos Millares Cubas, con obras netamente regional naturalistas; nombres de los que no se puede sustraer un estudio histórico versado sobre la novela en España.

Las escasas novelas de la literatura isleña, posteriores, no son más que el trasunto falso de héroes parásitos. Así es corriente que en la relación novelable aparezca, la mujer inglesa, la indianada. Deben hacerse novelas regionales y no, por el contrario, el cosmopolitismo en la novela, mal entendido.

En cambio, en la *Huella Perdida*, de Claudio de la Torre (1), se novela hombres y paisajes de las islas, con soltura, con agilidad; pero mucho también de las costumbres sociales, modeístas, de la colonia de anglosajones, variante, agotada y funesta.

(1) *El canto diverso*, poesía, 1918.—*La huella perdida*, Editorial Caro Raggio, Madrid, 1920.—*En la vida del señor Alegre*, novela, Caro Raggio, Madrid, 1924.

Está por hacer la novela, ya sea por la valoración del género, en el análisis psicológico, el esquema poético, casi, casi, como ejercicio inicial, para luego novelar al campesino y los hombres de mar (1).



Puede decirse que en toda la literatura que va de siglo no se ha hecho en España ni un solo poema en prosa. Aparte de J. R. J., en *Platero y Yo*, todo lo demás son poemas de la prosa, prosa poética, que es muy distinto. Sólo diremos, por ahora, que la literatura española tiene una tradición del poema en prosa, que la crítica confunde con el cuento.

Agustín Espinosa, en su libro *Lancelot*, 28.º-7.º, todo lo más que hace son poemas de la prosa, excelente prosa poética; veámoslo con un ejemplo:

«De las aguas del lago de Janubio vuelan hacia la playa, vuelan perennemente, en giros rápidos, en giros suaves, millares de pájaros blancos. Que el viento empuja perennemente sobre las salinas. Sobre la playa breve. Aún más allá.»

Lancelot es la primera interpretación contemporánea mítico-geográfica de la isla. Con este libro se rompe con todo el falso lirismo precedente, surgiendo una nueva valoración de los elementos físicos y psicológicos.

(1) Otros novelistas y cuentistas. Angel Acosta, autor de la novela *Mujerío*, y José Manuel Guimerá, entran en una fase superativa, preocupados en abandonar toda una temática trillada.

Otra cosa es el poema en prosa, la piedra preciosa del género narrativo y, como tal, con su luz propia; sin destellos, que puede no ser toda la luz de la piedra. De ahí su centro, su irradiación hermética, giro y atmósfera. Lo que no admite el poema en prosa es una fácil táctica múltiple en cambios de tiempo del cuentista. Labor de artífice, sí, en el concepto, en las situaciones, en la anécdota, y no, por el contrario, en la exposición, que casi siempre anula aquél y pasa a ser poema de la prosa. Presente o pasado, ahora sí que, siempre girando, como el mundo.

La técnica le pertenece de lleno; todo lo particular, los trozos singulares siguen la rotación conjunta; escisiones aparentes, son luz de su luz; las observaciones psicológicas y la composición auditiva o visual. Predomina la idea sobre la imagen. En el poema en prosa vencen, como en el mundo, las fuerzas de atracción y rotación.



La corriente literaria surrealista en España sucede mucho más lenta que la corriente pictórica, aun cuando surgen al unísono. Es cosa sabida que el movimiento pictórico tiene su entronque en los artistas catalanes residentes en París. El literario es el que hay que tener muy en cuenta, porque invade la nueva literatura: poesía, novela, poemas en prosa y, como dijo con acierto Giménez Caballero, invade, si queréis, la vida, esta vida de hoy, contundente y a su vez entrevelada. Esto, sin embargo, no nos importa

tanto, pues con ello adquiere el surrealismo una faceta, un substrato inconsciente e involuntario en extremo.

Crimen, de Agustín Espinosa, prosigue y es un exponente indiscutible del surrealismo en la nueva literatura española. Muchos de los relatos que se agrupan en *Crimen* corresponden al movimiento inicial, cuando en *La Gaceta Literaria* aparecen las primeras producciones de Salvador Dalí, Alberti, Giménez Caballero, Espinosa y algunos de mis poemas en prosa; como luego Obregón, con su conferencia «Elogio de la blasfemia». En sábado literario de «Lyón», las fotografías que se reciben de Salvador Dalí, y algunas que yo había obtenido, produjeron el escándalo consiguiente en Huberto Pérez de la Ossa; el contraste ya era un síntoma para proseguir, pues era todo un «escándalo poético».

En una palabra: ¿Qué aporta la tendencia surrealista a la literatura española? Por otra parte: ¿Qué campo de probabilidades abre a la nueva literatura? Con respecto al primer interrogante en poesía, una obra de Rafael Alberti, *Sobre los Angeles*, poemas de Dalí, narraciones de Giménez Caballero, *Yo, inspector de alcantarillas*, la producción novelística de José María Hinojosa y bastante de mi producción—poemas en prosa—que intenta y caen bajo ese denominante.

Lo segundo, veámoslo reflejado en la obra de Espinosa, y a su vez nos servirá de denominador común para toda la producción literaria a que me refiero. ¿Qué campo de probabilidades creativas, repito, abre el surrealismo a

la nueva literatura española? Literariamente aporta el sueño directo, despierto o dormido el sujeto, es igual, con toda la composición exenta de acto voluntario alguno—de *Crimen*, véase, por ejemplo, «La Noche Buena de Fígaro»—, y que actúa, del suceso. Pues—advertirlo—, no vayáis a creer que el surrealista es un inconsciente; su consciente está en razón indirecta de un suceso que se cree racional, «de fuera». Esto en cuanto a una creación susceptible y refractaria, por consiguiente, a toda clase de temperamentos.

Veamos la bella composición onírica de *Crimen*:

«ANGELUS

Unicamente desde una nube, desde una torre alta, desde un avión o desde una cornisa de rascacielos, se ven las cosas como yo las veía aquella tarde desde una vulgar ventana de alcoba.

Lo que veía no era realmente nada extraordinario, pero a mí me llenaba de un ardoroso júbilo: sobre una aguda roca solitaria, un gran pájaro blanco.

Acaso no era completamente blanco, sino sólo gris, y la distancia y el tono oscuro de la roca desvirtuaban sobremanera el color. El recuerdo que me queda de éste es, de todos modos, más vago, y no así el del desmesurado tamaño, que me es, aun hoy mismo, muy fiel. Era—debía o quería ser por lo menos—un buitre. Su cabeza, como la de un niño de dos años. Su estatura, de casi dos metros. Su pico hocico. Su cola, como la de un pavo real.

Había allí, junto a mí, una mujer, a quien había besado yo mucho en otro tiempo, que se dejaba ahora besar por un joven moreno, que fumaba mis propios cigarrillos y usaba mis cerillas como si fuesen suyas.

Pero a mí me apasionaba, sobre todo, el gran pájaro blanco. Intentaba disparar sobre él mi pistola, cuando huyó de pronto, sigilosamente, en un vuelo luminoso y arbitrario, que, a medida que lo alejaba de mí, lo hacía mayor y más diáfano. Entonces vi que no era blanco, sino de varios colores, y que lo que yo había creído uno sólo eran dos pájaros. Un sol de ocaso se filtraba a través de las cuatro alas abiertas como por las ojivas de una catedral y los policromaba hasta el infinito. En vano intentaba yo llenar mis ojos con todas estas vagas cosas, para ahuyentar de algún modo el idilio de la muchacha a quien había besado en otro tiempo y del joven moreno que se fumaba mis cigarrillos como si fuesen suyos y usaba como propias mis cerillas, mi balcón y mis mejores butacas.

Me consolaba, inocentemente, con la idea de que eran, en tanto, ambos extraños al maravilloso espectáculo que se desarrollaba a sus espaldas. Ignorantes de las cuatro alas luminosas, de la gran policromía celeste y del sol ocásico. Ignorantes, también, de mi pistola, que había dejado engatillada el vuelo de un gran pájaro blanco.»

Pero hay otras posibilidades de creación surrealista, despierto y bien despierto el sujeto, como un desorbitado ante los encuentros de las múltiples facultades psíquicas, ante las cosas disponibles del cosmos, por esa otra manera de situarlas y situarse. Ahí sí que la creación surrealista gana de verdad la partida a las tendencias literarias «revolucionarias», por ese su aparente desconcierto en su relato (de los poemas en prosa de Agustín Espinosa, según entran éstos en el concepto estricto que tenemos: poemas en prosa, y no poemas de la prosa). Y digo desconcierto, porque en la producción surrealista de *Crimen*, el «concierto»,

como dice el mismo Espinosa, «está más allá», siempre más allá, sin que se pueda explicar y sí todo lo más suscitar. ¿Queréis más?

Hay más, qué duda cabe. En esos cambios que producen las palabras en la busca del pensamiento al parecer fugitivo, cobran estabilidad en su propio suceso, tangible, con aire frío o caliente, con una realidad que nos pertenece y que se significa mientras se quiere y se va a su encuentro, pues está todo ello iluminado.

En el libro *El Poeta y San Marcos*, de Andrés de Lorenzo Cáceres (1), se centran los «poemas burlados». Empero Lorenzo Cáceres cree que todo material es susceptible de centración y nada más; por eso la mayor parte de sus piedras preciosas son falsas. Otras, en cambio, se salvan:

«UN MARCHANTE SIN HONRA

—Vea usted esta marina. Qué cielo, qué mar, qué naturalidad, qué dibujo. El comprador no tenía buena vista, pero tenía dinero y su capacidad pericial consistía en el asunto, no en la realización. El marchante no cesaba en su elogio: «lo cargaremos a su cuenta y se lo remitiremos a su sobrino, en Niza». El comprador pagó, efectivamente, el cuadro. Iba a marcharse cuando descubrió un navío en la marina. «Oh, qué navío», exclamó el marchante. El pobre comprador se pasaba el pañuelo por la frente sudorosa: le parecía ver bogar el navío. Se restregó bien los ojos y balbuciente corrió hacia el cuadro; sus manos

(1) *El Poeta y San Marcos*, isla de Tenerife, 1932.

temblorosas se dirigen hacia la extraña nave con ánimo de asirla, pero sus manos caen dolorosamente en el vacío: sus manos habían atravesado una ventana.»

Decíamos, poema en prosa centrado: bien. Pero no todos los elementos literarios son susceptibles de centración. La receta de Mañ Jacob es atractiva, pues centrar, es decir, olvidar en la obra el sujeto es fácil y por eso también peligroso, cuando no todo es propiamente centráble; no todo merece contarse, hay que infundir, además, una situación.



Entre los cuentistas hay que señalar a Juan Manuel Trujillo, único con interés, aunque de producción escasa. Por ejemplo, en el «Cuento de la grúa, el delfín y el guardamuelle», proyectado sobre un fondo marino, con una composición neogongorina (1). O este otro, fluente en una técnica de fría subconsciencia:

«DOMINÓ

Un adolescente dominó negro, sentado en tranvía, vertical en la luz congelada del interior, perdido perezosamente por la sorda noche que subía hasta las exactas ventanillas: lienzos exangües, tinieblas amotinadas, balaustradas lívidas, árboles pensativos, postes disciplinados, y, deshaciéndose delante de la luna,

(1) Véase *La Rosa de los Vientos*, número de junio, 1927, isla de Tenerife.

una nube agua-tinta, blanca y humosa llama, después albo cisne delirante.

Cuando, rozan sus ojos semidormidos unos pliegues blancos, esmaltados, y unos pliegues negros lucientes. ¿De dónde? ¿La conciencia declaró entre lucideces alternas los colores y las estructuras de otro dominó? Los ojos balbucean entre bajos cristales y portezuela entreabierta, entre segunda ventanilla herida de luna y ventanilla tercera ahondada en tinieblas hasta que, voluptuosos de improviso, patinan sobre el hielo negro y blanco, alterno, del otro dominó, la calidez de las piernas, y el tierno abandono con que se había sentado. Torpe, se detiene en los bordes de las órbitas del verdoso antifaz, desde donde balanceándose entre perdidos equilibrios, cae náufrago, pájaro herido, dentro de los pardos ojos, estanque sin pupila y perezoso, deslucido carbón durmiente, de suelo alterno entre gota y gota del agua negra que ha de caer eternamente.

Cae en oscuro ámbito dilatado en distancias en verdosa mancha sobre plomo limpio, en indolencia, en abandono y lujuria, en blanca languidez, en desmayo, en sueño y muerte, donde dejase llevar sin pensamientos, alga dispersa, los ojos marcados, lacios los vestidos y los cabellos, y disuelto el corazón en esta verdosa soledad: caída rosa que contempla la propia ruina o el deshacerse de la sonrisa del Angel que ha sonreído por los altos labios de los pétalos, hoja baja que roza el cieno del estanque, y desgajada y tumefacta entre los húmedos sonidos de los cisnes negros.

Teme por las voces que los amaneceres han despertado la ribera vigilante de sus semisueños. Sin remedio. En seguida, sus ojos despiertan en la blanca luz deslumbradora, donde pronto frenéticos pasos irrumpen, y un estremecimiento, mujer toda pálida, recorre las distancias: locura, los cabellos desatados en jirones y cenizas, los pies descalzos y febriles. Oh, entonces, sus sienes golpean sobre el espanto, le ciñe el pecho un collar de

quemaduras, y el corazón galopa, duros cascos sobre dura tierra, en una esplanada nocturna iluminada por una luna helada.

De pronto un vuelo de tinieblas disipa las luces, y siente que desciende en tenebroso abismo, ciego buzo, hasta que las manos rozan el bello vegetal, lúcido azul prusia, de unas hojas monstruosas, sobre cuyos tallos espinosos luce, claridad de espejo en la oscuridad, la albura de un angel yacente, asesinado, unas raíces de sangre en el cuello inclinado y lastimoso, la cálida rótula de la pierna izquierda ocultando los suaves dedos del pie derecho, y la boca curvada en exangües eternidades. En alto delirio ya, el llanto rompe la garganta y las sienes, estrújase las manos y el destino, altas palideces trepan hasta los cabellos y, dentro, el sufrimiento remueve las opacas claridades de unas palabras: «¡ Si te he perdido! ¿Qué haré sin tí, Angel mío y Custodio?».

Después, película momentáneamente interrumpida entre oscilaciones deslumbradoras, torna a saberse sentado en el tranvía, vertical en la luz congelada del interior, anonadado por la desgarradora orfandad, los paisajes envueltos en halos de lágrimas, los sentidos entorpecidos y todo, ¡ay!, como el dolorido despertar del sueño que asesinamos a la primita que queremos y con quien hemos permanecido todas las tardes inclinados sobre el juego de la oca, puros y ausentes.»

Poesía.

CAPÍTULO IV

La poesía canaria va trazando un arco ascendente. Arco que no pierde la continuidad poética, y sí tal, aparentemente. Todo está en el concepto nuevo de lo poético. Si ahora Valbuena Prat volviera al mundo, al mundo de la poesía canaria, e hiciera un recorrido por el nuevo panorama—él que se había quedado en Fernando González—, mentalmente se sorprendería. Su intimismo, intimismo que más estaba para él en los elementos de poética afectiva, ha logrado cristalizar en una poesía más reciente, constructiva, que se debe a sí misma, poesía que está en ella por una lógica consigo misma. De «la voz sencilla (1), profundamente humana, de don Domingo Rivero, el más viejo en edad de los poetas de Canarias y la raíz más honda de su poesía»; de un post-modernismo de Tomás Morales, pasando por unos saltos atrás parnasianos a un fino neo-romanticismo, a una poesía que busca un persona-

(1) Dice Claudio de la Torre.

lismo sin perder los entronques de la poesía canaria y los poetas clásicos españoles, hasta llegar a la más actual y más reciente Poesía.



«Entrando en el mar de España».

LOPE DE VEGA.

Los poetas españoles del mar, son del Atlántico. El mar de España, como dice Lope, es el Atlántico, así, con toda la fuerza de la palabra, y no At-lántico. He aquí el mar de Tomás Morales, ebrio en su nacimiento, total en su expresión; es el primer encuentro de un mar y un poeta, y como tal, con todo el ardor del suceso imprevisto: ambos se han confundido, únicos, movibles.

Comienzo por apartarme de una crítica que me ha precedido—Díez Canedo y Angel Valbuena Prat—, crítica universitaria, profesoral, profusa, que aún continúa fosilizando lo mejor de nuestra literatura. Una labor ardua se le presenta a la nueva crítica, entre otras ésta: desbrozar.

Tomás Morales es el poeta del mar, del mar Atlántico, con todo su gran poema, conjunto—esta es la palabra—que abarca en su complejo todos los atributos marinos; es decir, los elementos del gran poema, puro o impuro, que de todo hay: los hombres de mar, los puertos, las naves, las razas, los pabellones, los mares... Y es que este poema del Atlántico no se subtrae a aquellos motivos descriptibles en el suceso poético, los distintos tiempos—des-



Néstor

DIBUJO

NÉSTOR

ligados tajantemente por aquellos críticos—y que el poeta es un elocuente arrebatado en el suceso de fuera. No; las cosas en su sitio. Hay que ir al poema del Atlántico, en su unidad poética, substantiva, a toda su atmósfera plástica esencialmente una, y no en lo que de pretendida disección,

tiene: «zonas de mar»; si no se le vuelve a la vida, a su vida organizada, después de analizado.

Aparentemente, en todo el gran poema hay esos efluvios particulares—el fácil poeta de un mar parnasiano: todo un bodegón marino; o ese otro mar mitológico, retórico, recargado su verso de trifones, «nautilus y medusas de nacaradas venas»—, pero no como características desligables del gran poema, que tiene su coherencia no escapable al ojo poético. De ahí que no se pueda afrontar de otro modo que en su múltiple y completa construcción, y no de lado; pues tiene sus partes organizadas, su vario estilo y aditamentos, todo englobado en esa unidad poética última, y que nos asalta en su totalidad. No de otro modo se produce su movilidad y nervio, por una radiación de complementos en una rotación conjunta de su cuerpo o mundo vívido. Es el primer poema vivo, de gran vibración humana, poética, de nuestro siglo; también es verdad, de verso sostenido, permanente, voz entera.

Esos cambios en sus percepciones ardorosas, se producen por sorpresa ante el poeta Tomás Morales. El es el primer sorprendido que, bajo sus pies, «en inverso prodigio, iba hacia el Mar la Tierra». Todo el poema de las razas, de la náutica insegura, de los pabellones flamígeros; los puertos, los mares y los hombres de mar, que para Tomás Morales traen un subconsciente, alguna vez mítico, de la perdida Atlante, y que arribarán a las islas hoy y siempre... Pero su ademán, su ardor poético, olímpico, que infunde a su presentimiento maquinista, su canto o

encanto por la energía de la nueva navegación; lo titanesco: las grúas, los navíos, rompeolas, los puertos isleños abiertos al «sonoro Atlántico», todo desemboca móvil, en vía abierta, como un ojo desorbitado, al mar. «¡Atlántico infinito, tú que mi canto ordenas!»



El prólogo de Unamuno al libro *El lino de los sueños*, de Quesada, seudónimo de Rafael Romero, nos ha revelado tres cosas, con una lógica en sí y una interpretación crítica. Son: el mito isleño, el poeta dramático que es Quesada, más que poeta lírico (1). Y también añadimos la facundia creacionista, suscitadora, de Unamuno.

Quesada es un parnasiano evidente, recalitrante, con vislumbres de evolución en sus zozobras. Da un salto atrás

(1) El valor de Quesada, para mí, está en haber recreado en su escenificación poético-dramática «El coloquio de las sombras», el mito del isleño: Macías Casanova, su amigo. Una interpretación del mito isleño—¿la única interpretación?—, hosco, solitario, romántico, fantaseador y delirante de ensueños, que, por lo demás, tanto le agrada a Unamuno. Naturalmente, el antifritonismo unamunescos se ha visto sorprendido en Macías Casanova, de tal modo, que Unamuno ha ayudado a levantar la creación del mito—ese otro mito—: el isleño a lo Macías Casanova.

El otro mito isleño, más contemporáneo, es lo contrario: neo-clásico, el pensamiento clarífico, con unidad, sereno en su contenido, olímpico, irradiable y ordenado por el mar, pero no involuntariamente. Este arquetipo de isleño predomina en el mejor poeta contemporáneo de Canarias: Tomás Morales. El hombre isleño de la *Oda al Atlántico*, que construye su nave como Ulises, de pocos elementos y en un acto voluntario y serenísimo se hace a la mar. Su torre sigue siendo interior; torre de gran isleño.

La aptitud de Quesada, como dramaturgo en ciernes, se acusa luego en su obra escénica «La Umbría». Esto es sintomático, por lo demás, como manifestación de un teatro que surge con calidades parejas a la poesía, a la pintura

con relación a Morales, y también con respecto a Saulo Torón. Nombra a las cosas literariamente, perdiendo la verdadera expresión que construye la hermética poética; se desvía y los refiere corazonado, perdiendo la cabeza. Teje y entreteje sueños de una fantasía que se consume en una desmesura elegíaca y anecdótica. Sí, es un a-isla-do, sin acto voluntario; es un ido que se licúa.

Su mejor poesía es aquella que tiene un contenido pujante, seco, escueto—el límite le viene de fuera—sobre el paisaje de la montaña desnuda, y suscita un contenido—interno y externo—de limpia resolución poética.

«¡ Los montes
eternamente secos, y el silencio
áspero y rudo de estas soledades !»

y demás actividades artísticas. Se va a una extirpación de un teatro gláuco con una posposición de una nueva savia más enraizada y más de nuestra época.

Como antecedente inmediato hay que señalar un punto de partida o influencia en un círculo pequeño de nuevos autores, otra vez como en la novela, a los hermanos Millares Cubas.

El teatro contemporáneo apenas si tiene representantes, todo lo más se puede señalar intentos escénicos en Claudio de la Torre, con su pieza *Tic-Tac*, Rafael Hardisson, en *Beethoven*, Perdomo Acedo, en *Maipole*. Este teatro de más fibra hace, en lo que cabe, que se trueque ese otro de mal gusto localista. Empero estos nombres, en contra de lo que pudiera suponerse, no remozan el teatro popular español, simbólico e ingenuo. Teatro latente, espontáneo, mixtificado hoy, cuyas representaciones se celebran en días de fiesta en el ágora, ante campesinos simples, boquiabiertos.

Teatro alegórico muchas veces, algo así como «misterios», que tiene mucho de teatro de barraca, de multitudes. Se conserva la variante profana con sus representaciones bufonescas sobre tabladillos, a espaldas de los templos. Algo así como una carnestolenda. En muchos casos—recuerdo—con chanzas alusivas y escenas diabólicas.

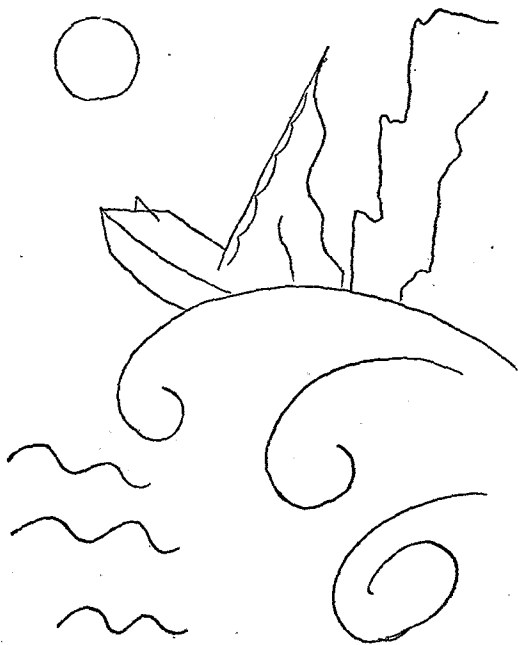
«Al hablar de nuestro mejor Fin de siglo—dice Espinosa—, hago solamente referencia a mentalidades del valor de Saulo Torón, un Manuel Verdugo, o un Luis Rodríguez Figueroa» (1).

Saulo Torón es coetáneo de Tomás Morales y «Quesada». Saulo Torón es, sin embargo, opuesto a aquellos dos. Entresacad en lo que expongo esta otra calidad poética. Ya en su primer libro *Las monedas de cobre* (1919) se supo lo que iba a ser el poeta, poesía benévola, sin timbres superfinos, desgastado y sin artificio. Por eso dice Pedro Salinas, en una poesía preliminar en este libro, que «por pecado de ambición de cobre no condena el hombre su alma». Como estaba por «condenar» gran parte de la obra de un Rubén Darío, de un Tomás Morales—aquella que no es poesía de mar—, o de un Juan R. Jiménez: influencia más inmediata de Saulo Torón. Parte de poesía sin «condenar», que se encuentra ya proyectada el poeta «fuera» y que no le domina, y que no le «condena», pues cabe entre él y ella una distancia. El poeta empieza, es de verdad un condenado al «replegarse».

Saulo Torón es el isleño encantado con su isla, con su alma sucesiva, ondulante; ninguna rivalidad se apunta entre esas dos máximas individualidades—tierra isla y hombre isla—, pues ambos se han contentado: *Caracol Encantado* (1926). Un caracol no es otra cosa, si es encantado, decantado de verdad, que una isla con cumbres y

(1) «Stadium» o la Poesía.—Madrid. Mayo, 1930.

resonancias interiores en medio del mar y hacia la orilla, que no de otro modo lo son sus *Canciones de la orilla* (1932), limitado por el mar, reconociéndose en él.



JUAN ISMAEL

DIBUJO

Cuando esperábamos que ante el mar iba a apasionarse, como lo hiciera Tomás Morales, se apaga en tono cándido, cordial de estrellas y crepúsculos: «dame mar tu

aliento»; su mar en sosiego, orillado de aguamarinas, que sólo llegan a sus islas de ensueño y de encantos: «ante tí, mar, vigilante». Alguna vez ese mar le hace sobreponerse, en nervio, en ritmo de partida. Pero no es él el que navega, es el mar, que está vigilante siempre, ante Saulo Torón, que ve cómo pasan las cumbres y los cristales estáticos del cielo, que parten. «¿Por qué razón—se pregunta Antonio Espina—no navegan las islas?»

En Saulo Torón se perciben por primera vez en las islas Canarias la influencia poética juanramoniana. En las *monedas de cobre* nos lo dice: «Juan Ramón, Juan Ramón, tu espíritu me está llegando...», y luego se acentúa en «Tristezas y Oraciones de crepúsculo», del *Caracol Encantado*. Una nueva tonalidad y calidad poética gana con ello Saulo Torón: su poesía se resuelve en construcción íntima, no se disipa y logra encontrar su expresión auténtica. Ya comienza a sojuzgarse, pero sin dejar, a veces, ese dominio que ejerce sobre él el mundo de «fuera»—mar, tierra, cielo—, y que suceden como elementos poéticos afectivos. Y es que su alma cándida, finamente romántica—de un romanticismo sensible a nuestra época—, no se ha condenado:

«Lo que hay dentro de mí
es mar y corazón.»

Poesía—dice Saulo Torón—«que otro florecer aguarda».

Manuel Verdugo, poeta parnasiano, autor de *Estelas*; Luis Rodríguez-Figueroa, autor de *Nazir*, son poetas que

se han limpiado del parnasismo irresponsable, zozobrado por los excesos de fantasía, los delirios de la conciencia, para acusar una preocupación de construcción más interna. Cronológicamente, aunque aparte en tono poético, mentamos aquí a Montiano Placeres (1), en el que un parnasismo fuente se caracteriza mejor. La nota de hogar y desolación se realiza en su verso retórico; a veces disolvente. No así Francisco Izquierdo, autor del libro *Medallas*, más reciente en profundidad y brío poético, con calidades del verso que nos recuerdan la poesía unamunesca y moraliana. Poeta de arideces cósmicas, voz ardiente, de sequedad profunda, en un verso sostenido.

La poesía que se hace afectiva, se limita de afecciones. Está intimada; pero no la poesía en sí, consigo, sino en una relación con el poeta. No ha cobrado su órbita. No está natural en ella, naturalísima en su mundo, y en una diversificación del sujeto. Ese ha sido el gran problema con que se enfrentó la nueva poesía española y que tan despejadamente resuelve para no ser más confundida: Poesía desligada.

La poesía de Fernando González (2) es más lo primero: está ligada al poeta en una relación de suceso, de dia-

(1) Autor del libro de poesías *El remanso de las horas*, prólogo de Patricio Pérez Moreno. 1935, Gran Canaria.

(2) *Las canciones del alba*, poesías, prólogo de Gregorio G. Puigdeval. Isla de Gran Canaria, 1918.—*Manantiales en la Ruta*, poesías, versos iniciales, por Tomás Morales, retrato del poeta, por Victorio Macho, Madrid, 1923.—*Hogueras en la montaña*, poesías, Madrid, 1924.—*El reloj sin horas*, poesías, «Cuadernos literarios», Madrid, 1929.—*Piedras blancas*, poesías, Madrid, 1934.

rio, de viajero de sí mismo, que fluye en estados de conciencia de pura afección. El afectivo está a merced de su afección, es un redivivo de ella; es, diríamos aún, un limitado por ellas. Se consume en «ardores íntimos» por volver o estar en los lugares de afección.

Ese intimismo cálido—de hoguera—, nostálgico—de manantial—; esa afección en su poesía de amor conceptual y confidencial, por el hogar, por los temas de la Naturaleza, cuadros insulares, por su isla, es el fuerte de Fernando González. Diríamos, sin equivocarnos, que la adaptación por F. G. del endecasílabo corriente en Antonio Machado, no ha hecho otra cosa que acentuarse definitivamente en algo que le es propio.



Primero: Claudio de la Torre, en *El canto diverso*, con una clara perfección del verso; luego, Félix Delgado (1)—secuencia de los poetas precedentes, principalmente de Saulo Torón—, hay un mar visual, pero asimilado, sensacionalista; Pedro Perdomo Acedo, toma del mar y el amor, lo poético contenido en ironía alegre y dichosa, todo a través de un prisma neogongorino; Luis B. Inglott, distinto, en nuevas motivaciones del verso; Félix Poggio—en sus poemas del mar—, se resuelve en un constructivis-

(1) *Paisajes y otras visiones*, poemas, 1923; *Índice de las horas felices*, poemas, 1927.

mo menos interno y más visual; más que un abstraer es un contener poético; y en Julio de la Rosa (1), y en Agustín Miranda Junco, se perciben acentuada la influencia de la nueva poesía española. En todos se acusa una nueva imaginación poética, como queriendo romper y desmembrarse del precedente; pero no así de la continuidad, de esa vibración siempre viva de la poesía de mar de un Tomás Morales. Estos poetas posteriores a Tomás Morales, siguen el éxtasis sostenido de mar de fuera, o mar de tierra, de litoral; poesía de mar naturalísima, formada por una desnudez interior y resuelta en palabras a su imagen. Así se manifiesta en Josefina de la Torre, entre los poetas más recientes. En *La Rosa de los Vientos* se puede ver todo un índice de esa muestra poética. La celebración del tricentenario de la muerte de Góngora viene a plasmar en una preocupación de nueva factura poética a este grupo. Se hace más pura la poesía, se reconstruye espiritualmente, dejando abierto el arco, tenso, limpio de motivaciones, para la fase de más abstracción y más actual.



(1) Julio Antonio de la Rosa y José Antonio Rojas, dejan su cuerpo yerto sobre la «arenita», en una noche atlántica de estrellas de mar. Ellos no eran poetas del mar de fuera, estos poetas saben de todas las corrientes marinas y, como tiburones, mueren en tierra.

Los amigos de La Rosa han recogido y seleccionado su obra poética—dispersa en publicaciones literarias y periódicos de las islas, y gran parte inédita—en un libro: *Tratado de las tardes nuevas*. Presumo que estos amigos, que lo eran también de José Antonio Rojas, darán a conocer de éste su obra poética inédita y su obra crítica, tan valiosa.

En la nueva tendencia de poesía que se debe a sí misma una poetisa: Josefina de la Torre (1), que representa una reacción consciente a «Quesada» y tanto menos a Saulo Torón; pues es una continuación y depuración de esta poesía. Josefina de la Torre se ha cogido entre dos puertas: una de la que sale, y otra que la recoge; sale de una poesía Fin de siglo depurado, para entrar en los presagios de Pedro Salinas. Llega tarde a los dos sitios y se queda a media voz, en una sorpresa entrecortada.

El presagismo poético le pertenece por entero al poeta: por suyo, por intransferible. No seamos intrusos en presagios ajenos, y eso por una razón, pues todavía ello no es la poesía, se presume que pueda ser, todo lo más. Si hay un poeta que su presagio no se debe a él como en ningún otro, es Pedro Salinas. Es el momento más delicado, más en riesgo, para el poeta, y, sobre todo, para quienes se le acercan y no se saben en él. De un presagio sólo puede surgir un poeta, y todo lo más una influencia presagista; como que de ese presagismo—brujulario poético del cual se quiere prescindir cuanto antes—ya se aspira a una lógica poética que se deba al poeta y sola a sí misma a la poesía. Por eso Pedro Salinas, cuando los deja y encuentra ya un seguro azar, ve los cielos de la sola poesía.

El auténtico presagio de Josefina de la Torre se debe a la isla, a ella, en sus *Poemas de la Isla*, poesía de amor

(1) *Versos y estampas*, poesía, con un prólogo de Pedro Salinas. Las Palmas, Isla de Gran Canaria, 1927.—*Poemas de la Isla*, poesía. Las Palmas, Isla de Gran Canaria, 1930.

que se ha construído en su imagen y la ha visto resuelta en figura, que acabamos de ver: en amor de otro tiempo pasado, de amor en recuerdo, que fué o sucedió y va o está en amor.

«Como el viento, tu recuerdo
viene y va sobre mi frente.
Tan pronto quieto y dormido
como despierto y seguro.
Ya me acaricia en los ojos
como me hiere en las sienes.
Ya se me para en los labios
o me tiembla en las palabras.»

(«Poemas de la Isla».)

¿Qué ha de ser la figura en el recuerdo de ese amor?
Pensad un momento:

«distancia, viento y espacio.»

Hay títulos de libros de poesía que se sobreponen al poeta, y lo que es peor aún, al crítico. Así les ocurrió a Pedro García Cabrera y a los críticos de su librito de poesía *Transparencias fugadas* (1).

Transparencias fugadas, que no viento, que pueden en su fuga remolinear el aire transparente; la fuga si es transparente, no puede ser rayada, impura en viento, en ventoleras; en invisible, pero naturalísima en oposiciones de

(1) *Líquines*, poemas. Isla de Tenerife. 1928.—*Transparencias fugadas*, poemas. Ediciones *Gaceta de Arte*. Isla de Tenerife. 1934.

sí misma, de su misma transparencia, cuando ya se ha ido el viento, el viento ido, y queda en ella, en sola transparencia, su fuga.

«ni llegas. Ni te vas. Ni estás presente.
por dentro de ti mismo
organizas tus fugas, tus pájaros.»

Ya un crítico, jalón indiscutible de la buena, verdadera crítica europea, se apercibe de esa fuga de transparencias, en el aire, no en el viento, de las Islas Canarias. Me refiero a Humboldt. La transparencia que queda en fuga, en sola fuga, luego que el viento no nos trae polvo—de viento—a los ojos, ojos de alma o de cuerpo transparente, en fuga que no se nota, pues está siempre desapareciendo.

Transparencias que si tienen algún color y no sabor, es sólo, como dice otro poeta isleño, Facundo Fernández Galván, color metafísico «del aire fino de la mañana».

Por ahí, por la transparencia y su fuga se desliza a perpetuidad mudable, vibraciones—no siempre vivas, cuando apaga un mal viento, que no dé tiempo a sobreponerse—en una exploración ceñida a una desnudez que le pertenece en figura. A esta poesía que se debe a sí misma, sólo puede deshacerla el viento y los críticos a la ventolera.

En el segundo libro de Gutiérrez Albelo, *Romanticismo y cuenta nueva*, no sólo hay una superación de continente, sino que también lo hay de contenido poético. En su libro anterior, *Campanario de la Primavera* (1930), Gutiérrez Albelo no pasaba de ser un poeta provinciano; ah-

ra ya logra detener su voz poética: no es todo, pero ya es bastante (1).

Ahora sí, el poeta se determina, termina, es decir, empieza, allí donde sostiene su voz desnuda a ser posible—el caso, por ejemplo, de Rafael Alberti, en *Sobre los Angeles*—, o en la pura imagen sostenida de color—caso de García Lorca—, o en fervor de ser fervor verso que no hirviente—caso Salinas—. Diríamos, en una palabra, con Juan Ramón Jiménez: «Un equilibrio sensual entre dinamismo y éstasis».

El caso de sostener poético de Gutiérrez Albelo, es juego sucio: de improviso nos hace la jugada, su caída que pasa por un contener en contra del éxtasis. No sostiene, es verdad; sólo detiene y se invita a caer. Para sostener no hay que pensar en que caeremos, porque entonces comenzaremos a sostenernos en la caída.

El poeta de verdad no cae ni se detiene. Se sostiene hasta el fin de nada.



Como véis, explícita o implícitamente distinguido o escondido, el mar no deja de fluir en los poetas de las Islas Canarias; ni ellos hacen nada por que no les cerque: es un canto, encanto predominante que sucede, sin espejis-

(1) *Campanario de la Primavera* (cuadernillo poético). Imp. «Sans». Isla de Tenerife. 1930.—*Romanticismo y cuenta nueva*, ediciones *Gaceta de Arte*. Isla de Tenerife. 1933.

mos, con voces de marismas al poeta le fluye a las sienes, sordo ya de pies a labios, en tanto que para no ahogarse se sobreponen de ese insosiego en un acto que es reflexivo.

La epopeya del hombre aislado está en partir, en sojuzgar el elemento fatal de Océano, su unidad pasiva aparente. El poeta del mar no es, tampoco, un involuntario.

Plástica.

CAPÍTULO V

La plástica canaria acusa su personalidad contemporánea, atlántica, con un pintor: Néstor. Antes se debatían en una ineptia cerril y una falta de espíritu manifiesto. La pintura se recluye en el copismo y en el «aficionado», que son los mayores enemigos de las artes plásticas. No tiene antecedentes insulares; no tiene en cuenta para nada manifestaciones, conatos de pintores sin logro, o con una producción circunscrita a temas religiosos. Nace con las nuevas manifestaciones de la pintura, sigue la sensibilidad de la época y sin apartarse de un modo autóctono que le caracteriza y que le da universalidad. Casi todas, por no decir todas, las tendencias pictóricas de principio de siglo y más recientes, se han sabido asimilar por los pintores canarios. Puede decirse que está o pasa—excepto Domínguez—por ese estadio de rigorismo esquemático—Aguiar—, que diversifica su ensambladura cubista—Ismael, Monzón—y quiere aspirar a nueva determinación.



En este resumen de la plástica insular, la primera personalidad acusada con características atlánticas en su ejecución es Néstor. Este pintor, con toda una fluctuación expresionista, sorprendente de visualismo, es un *monumental*. No organiza los objetos en espacios, sino que los superpone en superficie; sus bloques son formas inmediatizadas, aparatosidad visual.

A nosotros nos asalta una relación entre la poesía de mar de Tomás Morales y la pintura de Néstor. Todos los elementos del poema del Atlántico pasan luego con unidad al poema de mar en los cuadros de Néstor: representaciones del poeta trasplantadas a los lienzos del pintor. Los hombres de mar, las naves con el velamen latino; los atributos marinos, míticos; sirenas, nautilus; el carro de Neptuno, y otros objetos del mar, es obra representativa del poeta Tomás Morales.

Coetáneo a Néstor, aunque no en su ejecución de pintor nuevo. José Aguiar, representa una más profunda normalización y depuración plástica que ha pasado por todas las pruebas hasta llegar aquí; se ha limpiado de toda una pintura ardorosa y visualizante, sin perder esa fuerza de viva creación. A diferencia de Néstor, fluente, Aguiar sintoniza todas sus facultades retentivas, para acusarse serenamente en un fino neo-clasicismo; así sus composiciones de temas islarios y costumbristas. A este pintor le obsede un equilibrio, un dominio de sí mismo. Naturalmente, el pintor y el artista, en general—y acaso diríamos más, el hombre—, de hoy, quiere un orden, una complacencia con



JOSÉ AGUIAR

ÓLEO

el mundo y consigo mismo. Su obra estéticamente es jerárquica, en el concepto plástico, como queriendo hacer o hacerse un puesto más allá del Caos.

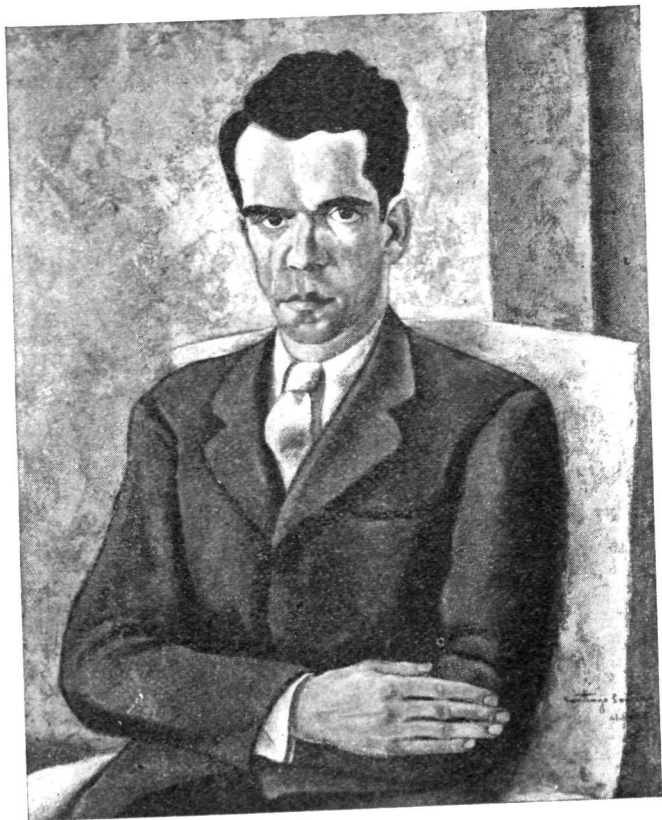


El impresionismo es una de las tendencias pictóricas en la que mejor se ha sabido caracterizar lo vacuo, la nebulosa plástica, la anarquía de la pintura. Los impresionistas tuvieron la luz; pero la disiparon de una vez. Tuviéron el objeto, su acuse en la pintura clásica; pero lo perdieron festoneado, hipersensibilizado de luz. Nada mejor que un cuadro de Manet, Besnard, Carrière, para hacernos ver—si no fuera que ha sucedido todo al contrario—el Juicio final de la pintura. De tanto sol, se cegaron los ojos.

Los nombres de Alvaro Fariña, Massieu, por un lado, y de otro, Pedro de Guesala y Cecilio Campos, en sus caídas, son quienes más de cerca han tenido un contacto con el impresionismo. En los dos primeros, más acusado.

Ernesto Pestana Nóbrega, escribía de Fariña (1): «Hay en toda la producción de Alvaro Fariña un sentimiento musical de la pintura. Viendo sus cuadros nos parece natural que este pintor sea—también—un guitarrista. Sus ojos no saben posarse en lo material, no buscan los objetos para descansar en ellos, sino que se complacen en un vuelo por entre luminosidades colorísticas. Por eso no lleva a sus

(1) «La Gaceta Literaria», núm. 79, 1 de abril de 1930.



S. SANTANA

ÓLEO

lienzos puras formas de guitarra, que es lo que le basta a un estructuralista para componer un cuadro, sino las vibra-

ciones, el estremecimiento de sus cuerdas. Alvaro Fariña es un nuevo desenterrador del impresionismo.»

Pedro de Guesala se diversifica en un impresionismo en que la luz ya quiere hacer el espacio y construir el objeto. Cecilio Campos está más cerca de Guesala, en calidad post-impresionista.



Al ocuparnos de los pintores, al hacerlo, necesariamente tenemos que señalar ese vivero contemporáneo de pintores canarios: La «Escuela Luján Pérez» (1), a la que pertenecen los pintores Felo Monzón, Santiago Santana, Oramas.

Esta Escuela es, rigurosamente, un «laboratorio», como dice su fundador, Fray Lesco, sin solicitudes de docentismos, pues conserva «frescura y espontaneidad». Bajo ese signo libre ha sido fácil se produjera toda una pléyade de pintores y escultores singulares, como nunca haya tenido Canarias.

«Labor que, en una palabra, ha consistido en instaurar,

(1) «En 1915, un protector inteligente y desinteresado del Arte en sus modalidades diversas—escribe Agustín Millares Carló—, se propuso encauzar las iniciativas y energías, hasta entonces perdidas, de la juventud isleña, y abrió en Las Palmas un centro de enseñanzas artísticas, que lleva el nombre del gran imaginero canario: la «Escuela Luján Pérez».

Gracias a Domingo Doreste, *Fray Lesco*, se hizo posible la reunión de un plantel de escultores y pintores que hoy ponen muy alto el nombre de Canarias en el terreno de las actividades artísticas.»

tras largo trabajo de depuración, un arte plástico genuinamente canario.» Todo unido a que, a los nuevos pintores insulares, no les conforma una disposición proyecticia, sino



FELO MONZÓN

ÓLEO

también una aptitud interior que se había mantenido hasta entonces, si no sorda, al menos desvirtuada.

Santiago Santana es el pintor más joven de la «Escuela Luján Pérez». El dibujo es la consistencia de sus composi-

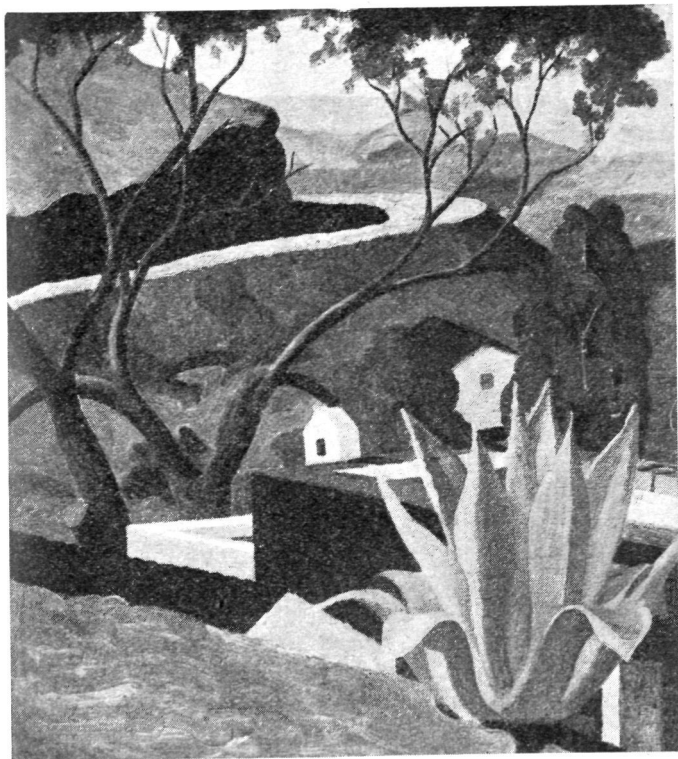
ciones: de figuras humanas, de sus bodegones, de sus grabados y de sus paisajes de isla. Su recuerdo no es vago; lo delata el no perder el dibujo.

Los pintores contemporáneos buscan nuevamente el dibujo para mantener ese equilibrio que necesitan las formas plásticas; ninguna manifestación artística como la arquitectura nueva, sabe que nada se puede menos escamotear, como el dibujo funcional de las masas y colores delimitados.

Sus bodegones son delicados de dibujo y de color; su sencillez está en los elementos simples: los jarros de barro cocido, que puede decirse son caprichos autóctonos de colorido fino. De esa misma virtud plástica son sus composiciones de figuras humanas, por ejemplo, «Muchacha» y «Desnudo», éste, como una proyección en el paisaje o correlación de paisaje y figura.

Pero, además, Santana es grabador. Cuatro grabados en total expuso en la Primavera del año 1934, en Madrid. Su trazo es seguro, sin misterio; las tintas, planas, como pinceladas de color, sobre todo el que rotula «Firgas». Estos grabados estáticos, de tintas planas—así los producidos últimamente sobre el «Madrid viejo»—, con el negro puro ahogando la línea fina, tienen una fuerza evasiva lenta: por ese tormento que nos produce el pensar que no se evaden.

Aparte de todos aquellos elementos decorativos, como son la pita, el cardón, de indudable sentido autóctono,



JOSÉ JORGE ORAMAS

ÓLEO

producido por la flora canaria y los que necesariamente integran el paisaje uniéndose a su aspereza telúrica; pensad que esos elementos físicos están también en el color

difuso: los ocres de polvo de oro, de los arenales de la isla de Gran Canaria.

En sus paisajes, Santana conserva un sentido primitivista dramático. Los verdes intensos, los rojos de barro cocido, una disposición de dólmenes y los acantilados ocultando el mar y el cielo. Estamos en la tierra y sólo en ella.

La isla se le ha subido a Felo Monzón a la cabeza; las cumbres ya le suben a los altos del cuadro; las montañas en superpuesto acantilado comienzan a dominar; las casas, lo mismo. Pero las figuras humanas aparecen en primer plano «cercanas», como proyectadas por ese paisaje contrito y como un producto viril de él. ¿Qué les sorprende a esos rostros viriles, la faz manchada de luz y de sombras opacas? Están ahí como limitados por algo que no vemos, pero que presentimos: el mar está a sus pies, cercándoles... He aquí todo el valor humano—de arte social si queréis—en la obra de Monzón.

Este pintor ya ha dado con una expresión de plástica de isla y comienza a estilizar, y de nuevo interpreta. Así, con los elementos del paisaje físico. Pero no en las figuras humanas, allí donde la imagen de la estructura del hombre isleño nos resulta grotesca por una resultante afro-mongólica que nos da de frente. Hasta tal punto es esto así, que al pintor le preocupa otra expresión de la figura humana, de manifiesto a través de sus cuadros, y en los que no se echa de menos «recaídas» de figuras lamidas.



RAFAEL CLARES

ÓLEO

La luz ayudada, iluminada, de grandes manchas de sombra, agrandando los volúmenes de los objetos en una composición en primer plano, y el colorido nos dice de un rigor muy suyo al componer.

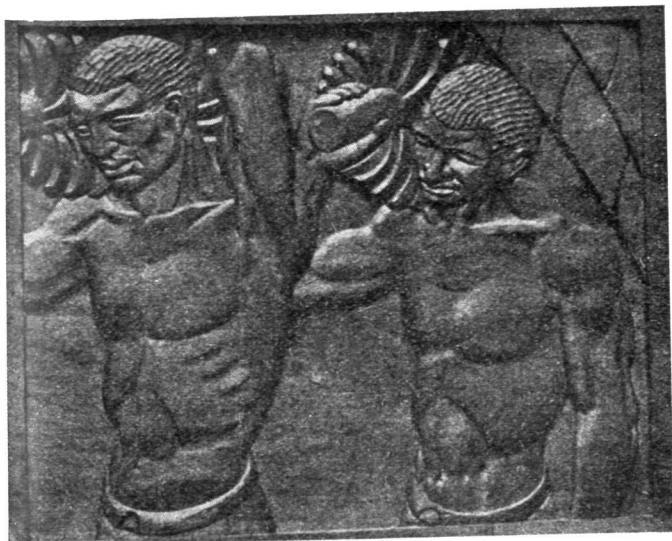
Oramas (desaparecido recientemente) representa en la pintura, y dentro de la «Escuela Luján Pérez», la más fina objetivación del paisaje insular. Colorido delicado a base de colores puros y esas composiciones dibujadas acusando las formas por una detención dichosa: la limpidez del volumen. Oramas no sólo tiene un puesto digno en la plástica insular como paisajista, sino que sin esa obra, y tan sólo con su «autorretrato», sería inolvidable.

En las Islas Canarias han escaseado los escultores. La escultura se reclina en la imagería industrial, cuando no se ha manifestado sin una auténtica personalidad. Hay que llegar a la «Escuela Luján Pérez» para encontrar escarceos de valía. Cuando se estudie el origen histórico de la escultura en las Islas Canarias se podrá apreciar con qué seguridad, con qué dignidad artística se opera en este su primer estadio.

Los nuevos escultores, tallistas, modeladores en barro, en jabón, pertenecen a la «Escuela Luján Pérez»: Plácido Fleitas, Juan Jaén Díaz, Gregorio López, Abraham Cárdenes. Independiente de esta escuela y anterior a ella, hay que señalar un nombre que se ha mantenido independiente en una posición todavía expectante: Perdigón.

Características: son excelentes interpretadores de la naturaleza animal, en su expresión dinámica: «Gacelas»; y

de escenas domésticas: «Los cargadores del muelle», «Lavandera canaria»; un sentimiento alegre y una serenidad de modelado.



PLÁCIDO FLEITAS

RELIEVE

Plácido Fleitas opera anatómicamente, en formas cargadas de energía: «Tarrayador», «Cargadores del muelle», «Lavandera canaria». Es ágil, con elegancia de modelado en su obra «Gacela», dispuesta para devorar obstáculos y altas cumbres. En todo un contorno de dinamismo contenido.

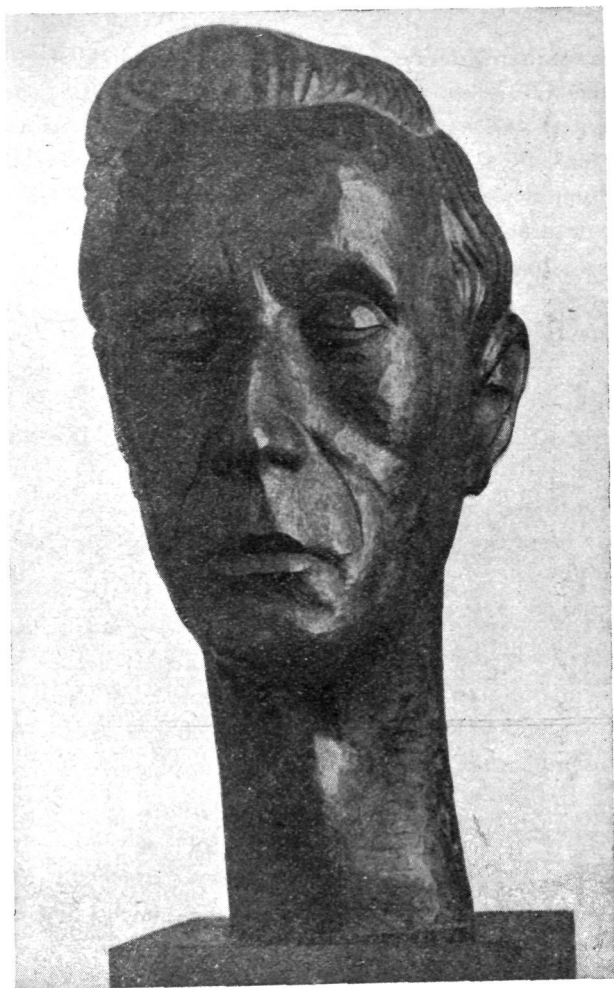
La obra inicial de Jaén Díaz ya deslinda dos campos constructivos. Nosotros preferimos en aquélla la operada en formas huecas que profundizan el bloque por construcción interna. La que, en una palabra, opera con espíritu. Al eliminar se encuentra con él. Sus formas abultadas pasan, pasarán luego, por la eliminación de todo aquello que nos lo oculte. Jaén Díaz está en su obra: «Judío» y «Negra».

Gregorio López, director de la «Escuela Luján Pérez», a su nombre va unido esta alborada de la escultura canaria, como orientador y ejecutor. De fácil fuerza expresiva y contundente realización; así, por ejemplo, la talla directa—que reproducimos—retrato de Fray Lesco.

Abraham Cárdenes nace a la vida y al arte en un pueblo de campesinos del interior de la isla de Gran Canaria; se familiariza con una imaginería popular que él se inventa o copia del natural, en la que predominan composiciones, figuras de animales en barro cocido—pájaros, cabras montesas—, que le lleva a la libre normalización, más íntima, de la «Escuela Luján Pérez», donde se dignifica.

Cárdenes, en su producción, se presenta como un torturado de las formas espontáneas en él predominantes y las tendencias normalizadoras en la escultura, a que se le invita.

No sé hasta qué punto se puede decir de este escultor que sea un discípulo de Victorio Macho. No hay más maestros que aquellos que hemos sopesado y determinado al sorprenderlo en nosotros y en una distancia indispensable,



GREGORIO LÓPEZ

TALLA EN MADERA

que nos debe pertenecer luego y siempre. Quiero decir con esto que Cárdenes sigue debiéndose a la Escuela del imaginero canario.



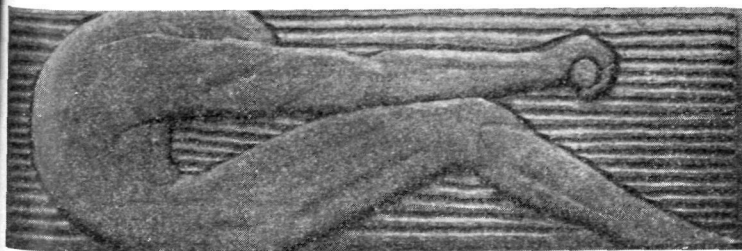
Independientes de la escuela citada, hay que señalar tres nombres: Oscar Domínguez, Juan Ismael y Juana Dorta. Domínguez es un pintor surrealista de la escuela de París, donde se produce; pero no se esconde, es España, con Salvador Dalí y Miró, quienes la inducen.

Como tal pintor surrealista se diversifica en una creación subconsciente; pero en esa fase del pintor del recuerdo por el sueño. Pintar el subconsciente, dormido o despierto, es ir a pintar el recuerdo: así su cuadro «Souvenir de París». Aunque sin control, no pierde el pie, y pinta desde París, sueño, pues no hay distancia para él, y menos para el recuerdo: así el cuadro «Mi país natal».

En los pintores surrealistas, sin «dictado del pensamiento, en ausencia de todo control ejercido por la razón, independientemente de toda preocupación estética o moral», escribe Bretón, se pinta automáticamente el «sueño» completo, como puede hacerlo el pintor visual. He aquí el gran problema que suscitan estos pintores. Haced por pintar uno y otro paisaje—subconsciente o visual—, por ejemplo; id por el recuerdo al sueño o por los ojos, si queréis, a las formas, ambos son supremo sueño. Todo es sueño y

luz del recuerdo. «Donde el hombre no existe—según Blake—la Naturaleza es estéril.»

Oscar Domínguez ya busca un «racionalismo» para no perder la cabeza. Algo así como una razón de querer y discernir sus visiones. El surrealismo en esa su tendencia constructiva desea plasmar el mundo subconsciente que encontramos en nosotros, pero sin olvidar una existencia



DELGADO

TALLA EN MADERA

de los objetos exteriores. Lo demás es caer a tontas y a locas en un espiritualismo disolvente.

«Desconfiad del visitador fácil—nos dice D'Ors—que luego de dos vueltas, y alguna vez una, os viene a chocar la mano; podéis pensar que los cuadros no le han gustado. Pronto me puse en el secreto ante su plante, repaso, como ante la galería picassiana, en la que una parte le sirve de alfombra monumental para acercarse a la otra parte. Al fin de cuentas se satura de Picasso, de pies a cabeza. No de

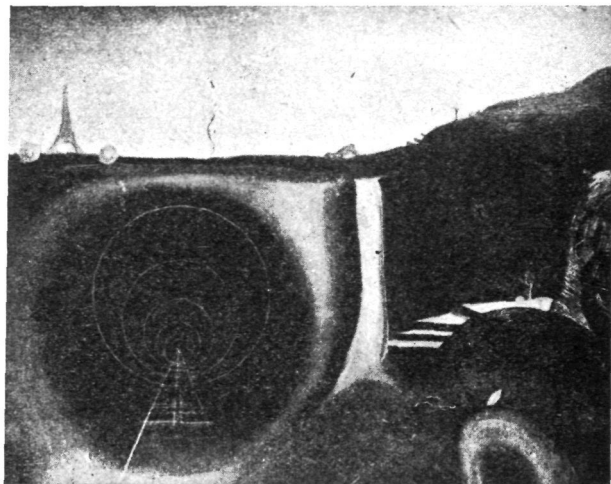
otra manera se puede ser visitador de las Exposiciones abiertas al público, a los malos visitantes.

Eugenio D'Ors presiente bastante de Picasso en los cuadros de Ismael; ese era su revuelo preocupado ante un cuadro que muchas veces le recuerda el pincel de angel del gran malagueño, la «calcomanía» «Luz de mañana». Había que ver lo que nadie apenas si ve hasta entonces, los dibujos a línea con las láminas de blancos, y las líneas en lucha furiosa con las sombras. Vedle puestos los ojos donde menos os lo imagináis; no en balde las cejas de D'Ors sobresalen de la frente, como un rejón chupador de esencias. Pasa y repasa como el Sol los ángulos del mundo; múltiple en las huellas que se nos habían evadido, tanto, que ya cerramos los ojos para no ver más los colores. Verdadero visitador; no lleva pinceles y nos crea el cuadro.

Pero su atención estaba mucho más en los colores achocolatados, candorosos; en los difuminados alegres y en las sombras que ganan transparencia. ¿No es esto mismo lo que nos agrada en D'Ors, si repasamos su prosa que no nos deja por «bella tapada», y lo que él gusta ver transparente, hasta en las formas acartonadas?

D'Ors no dice nada o muy poco del mar de los cuadros de Ismael, sin duda, porque su mar, como sabéis, es el Mediterráneo. A Juan Ismael le cerró el mar Atlántico en la tierra, sediento de tierra se aferra a ella; su mar no tiene inquietud, sino que, como un aguamarina, tiene sólo luces. No puede abandonar el faro, ni la costa, la ribera

de su mar; ésta es su unidad, su escape vertical, que no horizontal. Por eso su barco es nostálgico, sin vuelo de los mares; habrá un turbión sin nave, un enemigo de las horas tardías que se detiene. Pluma sin viento, se apresura en-



OSCAR DOMÍNGUEZ

ÓLEO

cima de los bancos de arena, en medio de los desiertos donde se increpa un mismo silencio» (1).

Ultimamente, Ismael toma una derivación hacia una

(1) Fragmento de mi artículo «El buen visitador Eugenio D'Ors, el pintor Ismael y yo, en el subsuelo del Atenco».

pintura surrealista. Resueltamente preocupado por esta nueva actitud, cambia por completo su trayectoria: composición y color. El surrealismo de Juan Ismael abre brechas de luz, claridades del subconsciente, que se resuelven entre los objetos. El subconsciente con el rigorismo plástico postcubista.

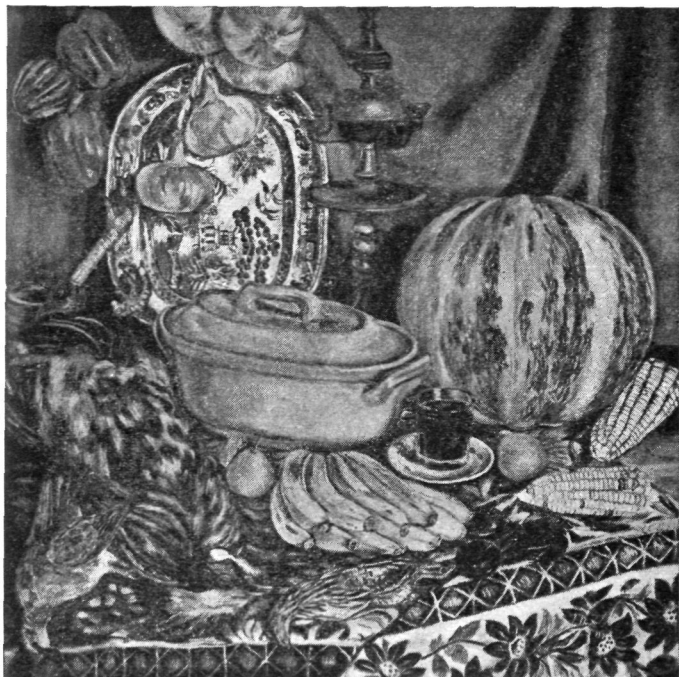
Aunque nos sorprenda en Juana Dorta, pintora de bolegones, una ejecución solanesca, ahondando, llegamos firmes a su fina y recia personalidad. Hay, sí, esa «primera visual», que nos recuerda el pintor que aludimos; pero en arte, en crítica de arte, la segunda y posterior visual es la que vale. Por eso, pronto el fragmentarismo de aquél, en Juana Dorta, cobra una sucesión continua de los objetos—frutas, aves, flores—; así como nos hace olvidar la melopea de Solana, su coherente lucidez, el orden interior, resuelto en el dibujo definido.

Junto a estos nombres no se pueden olvidar—unos en iniciación, otros, en vía superativa—los siguientes: el surrealismo inicial de María Teresa Aguirre; los nuevos pintores de la «Escuela Luján Pérez»: Clares y Delgado; el retratista Gregorio Toledo y Cirilo Suárez, entre otros.



Apartándonos en esta guía de todo iconoclastismo, no podemos menos que mencionar aquí al acuarelista más importante: Francisco Bonnin. Ahora bien; no en la línea de

la trayectoria de la plástica canaria, y sí aparte, situado con su característica ochocentista, donde toda idea plásti-



JUANA DORTA

ÓLEO

ca se sustituye por un frenesí copista. Lástima que muchas de las cualidades de Bonnin—limpidez del colorido y dibujo presunto—no adquieran (aunque ya vislumbrando en su

última época) una mayor comprensión del movimiento pictórico nuevo.



La plástica canaria está llamada a aportar a la pintura española contemporánea elementos que los pintores poseen en sus retinas: así, la luz transparente hasta en las sombras; las composiciones delicadas; el mar con todo su poema atlántico; el paisaje de isla, barroco.

Y no olvidéis, además, esa aportación imaginera, en el sentido amplio, del artista, del hombre isleño. Una isla, la de San Borondón, que se dice a dos pasos de las Canarias, origina toda clase de expediciones náuticas y de grandes catalejos, que se va tragando la corriente del Gulf-Stream: isla de sueño, imaginada para siempre.

Índice alfabético de autores.

A

- Abril (Manuel). 13.
Abreu (Fray). 10, 19.
Acevedo (Juan B.). 30.
Acosta (Ángel). 34.
Aguar (José). 61, 62, 63.
Aguirre (María Teresa). 80.
Aguilar (Francisco). 14, 28.
Aguilar (Alonso de). 20.
Alamo (Néstor). 27.
Alberti (Rafael). 36, 58.
«Alonso Quesada». 8, 47, 49, 55.
Alonso (Elfidio). 8.
Alonso (María Rosa). 29.
Alonso (Dámaso). 10.
Alvarez Cruz (Luis). 8.
Amador (José H.). 8.
«Azorín». 8.

B

- Baumeister (Wille). 17.
Benítez Toledo. 14.
Besnard. 64.
Bonnin (Francisco). 8, 80, 81.
Bonnet. 29.
Bosch (Juan). 27.
Blake. 77.
Bretón (André). 76.

C

- Cabrera (Domingo). 8.
Cabrera Díaz (Agustín). 29.
Cardenas (Abraham). 72, 74, 76.
Campos (Cecilio). 64, 66.
Camoens. 24.
Carrière. 64.
Cairasco de Figueroa. 5, 24.
Clavijo y Fajardo. 5, 18.
Clares. 71, 80.
Crosita. 8.

D

- Darias Padrón (Dacio). 29.
Darío (Rubén). 49.
Davó. 8.
Dalí (Salvador). 36, 76.
Delgado (Félix). 53.
Delgado. 77, 80.
D'Ors (Eugenio). 77, 78, 79.
Dorta (Juana). 76, 80, 81.
Domínguez (Oscar). 61, 76, 77, 79.
Díez Canedo (Enrique). 44.
Duarte (Félix). 24.
Duñán. 20.
Duque Díaz (Gabriel). 8.

E

- Espinosa (Agustín). 8, 9, 13, 16, 18,
20, 21, 24, 34, 36, 38, 39, 49.
Espina (Antonio). 13, 51.
Estévez (Patricio). 8.
Estrada (Joaquín). 8.

F

- Fariña (Alvaro). 64, 66.
Fernández Galván (Facundo). 8, 18,
24, 57.
Fernández Cabrera (Manuel). 24.
Feria (Ramón). 24.
Fleitas (Plácido). 72, 73.
«Fray Lesco» (Domingo Doreste). 66
y 74.

G

- Garavito. 14.
García Cabrera (Pedro). 14, 56.
García Lorca (Federico). 24, 58.
Garibay. 20.
Galdós. 30.
Guimerá (José Manuel). 34.
Guesala (Pedro de). 64.
Guillén y Peraza. 19, 20.
Gutiérrez Albelo (Emeterio). 14, 57, 58.
Gutiérrez Solana. 80.
Gómez de la Serna (Ramón). 9.
Gómez Wangüemert (Luis). 24.
Goya. 17.
González (Fernando). 43, 52, 53.
Góngora. 7, 54.
Giménez Caballero (Ernesto). 35, 36.

H

- Hardisson (Rafael). 48.
Hardisson (Emilio). 29.
Hernández Millares. 27.
Hinojosa (José María). 36.
Humboldt. 57.

I

- Iriarte (hermanos). 5.
Izquierdo (Francisco). 52.
Inglott (Luis B.). 53.
Ismael (Juan). 50, 61, 76, 78, 79, 80.
Irlanda. 24.

J

- Jacob (Max). 40.
Jaén Díaz (Juan). 72, 74.
Jiménez (Juan Ramón). 8, 34, 49, 51
y 58.
Jiménez (Carmen). 11.

L

- Lacalle (Ángel). 16.
López Torres (Domingo). 14, 17.
López (Gregorio). 72, 74, 75.
Lope de Vega. 44.
Lorenzo Cáceres (Andrés). 39.

M

- Machado (Antonio). 53.
Machado (Leocadio). 8.
Manet. 64.
Macho (Victorio). 52, 74.
Massieu. 64.
Masy (Armando y Fernando de). 18.

Morales (Tomás). 8, 43, 44, 46, 48, 49,
50, 52, 54, 62.
Mafflote (Ildefonso). 8.
Marichalar (Antonio). 13.
Miranda Junco (Agustín). 16, 54.
Marrero (José Enrique). 17.
Manrique (Domingo J.). 8.
Menéndez y Pelayo (Marcelino). 18, 20.
Monzón (Felo). 61, 66, 67, 70.
Montherland. 12.
Miró. 76.
Millares Cubas (Hermanos). 33, 48.
Millares Carló (Agustín). 16, 27, 66.

N

Navarro (Rafael). 8.
Núñez de la Peña. 30.
Néstor. (Véase de la Torre.)

O

Obregón (Antonio de). 36.
Oramas (José Jorge). 16, 66, 69, 72.

P

Pérez Moreno (Patricio). 52.
Pérez Vidal (José). 24, 25, 26.
Pérez de la Ossa (Huberto). 36.
Pérez Andreu. 8.
Pérez Minik. 14.
Perdigón (José María). 72.
Perdomo Acedo (Pedro). 14, 48, 53.
Peraza de Ayala (Ramón). 28, 29.
Pestana Fierro (Leocricia). 24.
Pestana Nóbrega (Ernesto). 9, 17, 64.
Pestana Ramos (Oscar). 14.
Picasso. 13, 77, 78.
Pinto de la Rosa (P.) 8.

Pinto (Francisco M.). 8.
Placeres (Montiano). 52.
Poggio y Monteverde (Juan Bautista).
18, 24.
Poggio y Maldonado. 10.
Poggio (Félix). 24, 53.
Puigdeval (Gregorio). 52.

Q

Quintero (Salvador). 16.
Quesada. (Véase «Alonso Quesada».)

R

Reymundo y Arroyo (Mariano). 8.
Rivero (Domingo). 43.
Rodríguez Doreste (Juan). 17.
Rodríguez-Figueroa (Luis). 8, 49, 51.
Rodríguez Moure (José). 29, 30.
Rojas (José Antonio). 11, 12, 54.
Rosa (Julio de la). 54.

S

Salinas (Pedro). 49, 55, 58.
San Andrés (Marqués de). 10.
Santana (Santiago). 65, 66, 67, 68, 70.
Suárez (Cirilo). 80.
Scheler (Max). 28.
Solana. (Véase Gutiérrez Solana.)

T

Tagore. 25.
Toledo (Gregorio). 80.
Torre (Guillermo). 13.
Torre (Néstor de la). 45, 61, 62.
Torre (Josefina de la). 54, 55.
Torre (Claudio de la). 8, 33, 43, 48, 53.

Torres (Alfredo de). 8.
Torón (Saulo). 48, 49, 51, 53.
Trujillo (Juan Manuel). 9, 18, 26, 27
y 40.

U

Unamuno (Miguel de). 47.

V

Valbuena Prat (Angel). 8, 9, 16, 43, 44.
Verdugo (Manuel). 8, 49, 51.
Viana (Antonio de). 5, 18, 26, 27.

Viera y Clavijo (José). 5, 30.
Vidal Torres (Julián). 8.

W

Westerdhal (Eduardo). 14, 17.
Wilpret. 17.
Wolf. 18.

Z

Zerolo y Herrera (Elías). 8.
Zurita (Victor). 14.

LO IDEAL EN LO REAL

LO IDEAL EN LO REAL

POR

JOSÉ CABRERA MELIAN



COLECCIÓN PARA 30 BIBLIÓFILOS,
EDITADA POR J. M. TRUJILLO. — 18.

TIRADA DE 150 EJEMPLARES NUMERADOS, DE LOS
CUALES 30 HAN SIDO FIRMADOS POR SU AUTOR.

EJEMPLAR NÚM.

A don José M. Alzola
González, afectuosamente

Jabrera

Sept. 5-1960



JOSÉ CABRERA MELIAN, POR CIRILO SUÁREZ,

À LA MEMORIA
DEL AMIGO DE LA INFANCIA,
PERDIDO PARA SIEMPRE
EN LA TINIEBLA IMPENETRABLE . . .

† 10 de Febrero de 1945.

LA VIDA MISTERIOS TIENE
QUE ANTE ELLOS LA RAZÓN DUDA.

GANIVET.

¿Quién era yo?... Dejad que á la memoria
— casi agotada en laborar asíduo —
impulse unos minutos
y logre concentrar, en foco íntimo,
las partes que hace tiempo dispersaron
los aires del Olvido...

Ya va haciéndose luz todo el recuerdo...
Las ideas coordino
penosa, lentamente,
con esfuerzo infinito,
como si descifrara
oscuro geroglífico.

Pues..., era yo un decrepito,
taciturno mendigo,
creyente y resignado
que, libre ya de vínculos,

huía, me alejaba
temeroso, intranquilo
siempre, del hombre — ¡hermano
y lobo al tiempo mismo! —
Sólo confiaba en Dios.

Con mi cayada,
y á cuestras el fardel, por los caminos
áridos de la tierra
arrastraba la vida, fugitivo,
esperando encontrarme con la Muerte
y recibir todos sus besos frígidos . . .

Los últimos fulgores de la tarde,
vuelto locura, intensos y polícromos,
se iban desvaneciendo
suavemente . . .

Preciso
me era buscar albergue,
cualesquiera cobijo
donde pasar la noche;
pronto vendrían las sombras á impedírmelo.
Apresuré el andar . . . Pero el cansancio,
soberbio, imperativo,
restaba fuerzas á mis pocas fuerzas
y la sed me ponía — cual castigo —

sêquedad y amargor en la garganta.

¿Dónde hallar un activo
remedio que le diese
vigor y ánimo al mísero
cuerpo, que vacilaba,
extenuado, enfermizo?

En lugar no lejano, percibí
manantial cristalino
— brazo que parecía,
curvándose, llamarme compasivo —.

A mis débiles piernas
el anhelo dió bríos,
y pronto halléme junto al deseado
caudal de agua. Solícito,
alegre, llené el vaso hasta sus bordes
y lo acerqué á mis labios: ¡de aquel líquido
ni gota contenía! . . . Me produjo
tal decepción enojo repentino,
y lo arrojé á distancia.

Sentí, entonces, un ruido
singularmente extraño,
de tal manera, que hizo
me acercara, curioso,
á aquel siniestro sitio:

Los fragmentos de arcilla
— en humana osamenta convertidos —,

semejando los sones de unos crótales
y entre quedos suspiros,
giraban, velozmente,
describiendo amplio círculo
en cuyo centro, figurando un haz,
veíanse las tibias y los fémures
verticalmente fijos,
teniendo por remate sucio cráneo
que presidía, al parecer, el rito . . .
Después de breve lapso,
obedeciendo á misterioso signo,
cesó la rotación y se agruparon
los huesos denegridos,
alzándose, de pronto,
un esqueleto . . .

¿Era, quizá, el aviso
de mi próximo tránsito á la Nada?
Luego ví con terror, despavorido,
que aquella armazón lúgubre adquiriría
su carnal envoltura: ¡femenino
cuerpo, de bien trazadas
líneas, hermoso, níveo
y en plena desnudez, medio velado
por un cendal tenuísimo!
Aquel rostro de virgen y de diosa
no era desconocido . . .

¿Pero cuándo, en qué parte
pude yo haberlo visto?
¡Recorrí una por una
las páginas del libro
de mi vida pretérita,
sin lograr inquirirlo!

Ella, por fin, irguióse,
circundada de un nimbo
de luz maravillosa
— suave palor de luna —, que era el himno
cantando su belleza.

¡Éxtasis por dulzuras encendido!
Fijó en mí la mirada.
Desplegando sus labios, contraídos
por un rictus de angustia,
con débil voz me dijo:

— «Mis pobres huesos, que en reposo estaban,
á profanar te atreves hoy, ¡sacrilego!
¿Qué daño te hice para tal encono?
¡Habla, contesta! . . . Dímelo . . . »

Anestesió mi lengua
sentimiento aflictivo,
y no pude emitir palabra alguna!
Continuó, poco á poco, en un gemido:
— «¡Puse en tí la pureza de mi afecto,
el fuego del cariño! . . .

¿Te acuerdas?... ¡Me olvidaste
cual á un sér despreciable por indigno!
Mas, te perdono... ¡En la región eterna
te esperaré, siempre amándote en espíritu!...»
Y, al entornar los párpados,
corrieron por el lirio
de su rostro dos lágrimas de sangre
que, al llegar á sus pies, en rojo vivo,
transmutáronse en llamas, envolviendo
su forma escultural. Ningún vestigio
de ella quedó...

¡Desvaneciósese todo!...

¡Y rodé en un abismo
de confusión y duda!
¿Error de los sentidos?
¿Verdad incomprensible
ó, acaso, metempsícosis?
¡Qué inútil la virtud del pensamiento!
¿Fué un oculto poder que, en mis delirios,
llevóme, unos instantes,
á un planeta distinto
de éste en que vegetamos
como seres malditos?

*
* * *

Tras de todas las penas
del alentar efímero;
cuando se desvanezca
éste sueño real, en que vivimos
forjando idealidades,
¿existirá algo ignoto, algo divino?

.

¡Me arrodillé en la sombra . . .
y medité contrito!

SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN LA IM-
PRENTA «MINERVA», PERDOMO, 7,
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA,
EL 24 DE SEPTIEMBRE DE 1945.

ANTONIO RODRÍGUEZ Y RODRÍGUEZ

Prólogo de doña Rosario Benítez
Inspectora Honoraria de la Beneficencia Insular

V I D A S

R O T A S

Epílogo del Doctor Don Francisco de Armas

Precio: 2 ptas.



1935

Tip. Editorial Pablo Iglesias
Calle de Buenos Aires, 35, Las Palmas

PRÓLOGO

Un hijo de la fatalidad, un hombre del pueblo, de esos que selecciona la adversidad del destino para sufrir el tormento de una cruel enfermedad, hundido en el sombrío cautiverio de una Leprosaría para ocultar a los ojos del mundo exterior sus tormentos y angustias, ha ido hilvanando en sus horas de meditación el recuerdo de toda una vida de inquietudes y zozobras, hasta plasmar en este libro—VIDAS ROTAS—lo más saliente y digno de mención en el azaroso tránsito de su designio.

Y he sido yo—la menos indicada, sin duda, por mis escasas dotes intelectuales—la designada por el autor de este libro para hacer su presentación a los lectores.

Nadie puede imaginarse cuán difícil es para mí este cometido.

De no haberse tratado del deseo de mi amigo Antonio Rodríguez, con quien he pasado muy buenos ratos en amena charla, mi negativa hubiera sido rotunda, pero ante el temor de que pueda ver en mí un desaire para su obra, no he podido resistirme a su pretensión y, por ello, heme aquí en lucha titánica para conseguir desenvolverme en la delicada misión que se me ha encomendado.

¿Quién es el autor de este libro que me cabe el honor de prologar?

No es necesario esforzarse mucho para conocerle.

A través de las páginas que suceden a estas líneas puede contemplarse tal y como es.

En ellas relata, con modesta exactitud, su triste vagar con la pesada carga de su eterna dolencia; huérfano y desamparado, hasta llegar a la meta de su destino.

Y, este hombre, desde su infancia, ha saboreado la amargura de una existencia de desdichas y dolores y que ha cruzado una juventud sumida en el sopor de una enfermedad imborrable, lejos de maldecir su infortunio, de irritar su espíritu con imprecaciones y de revolverse airado contra la adversidad, sufre resignado y hasta con heroísmo su fatal designio; y, cuando se dispone a narrar su pasado en estas páginas que han brotado de su imaginación fecunda, se apresta, generoso, generoso a ofrecer un capítulo rebotante de elogios y agradecimientos a todo aquel que ha sabido tender la mano pródiga y cariñosa para aliviar sus dolores espirituales.

¿Tiene valor literario el libro?

He aquí una pregunta que es para mí una temeridad el contestarla.

No tengo autoridad para hacer una afirmación categórica en el delicado y extenso campo de la Literatura.

Al proponerme escribir estas líneas con pretensiones de prólogo para complacer la inmerecida deferencia que el autor me ha otorgado, es mi más deliberado propósito el desviarme del intrincado aspecto literario, para ver si consigo evitar el que una involuntaria petulancia posiblemente me haga caer en un desagradable ridículo; pero esta justificada reserva mía no quiere decir que abrigase el temor de cometer una ligereza al afirmar, de una manera rotunda, que tiene para mí esta obra un valor intrínseco que responde a una inusitada realidad y en la que irradia esplendoroso el reflejo purificador de un espíritu ingenioso y profundo, la limpidez de un alma buena y virtuosa y la generosidad de un corazón capaz de sentir las cosas grandes y bellas al par que sabe latir rítmicamente para comprender y resignarse al dolor.

Y tiene más mérito este libro, si tenemos en cuenta que está escrito por un hombre que, a fuerza de tenacidad y

constancia, ha sabido, por sí solo, cultivar su inteligencia que sin más recursos que su férrea voluntad, ha podido despejar su imaginación y crearse una cultura que ha comenzado a germinar en esta obra en la que ha volcado todo un caudal de sentimentalismo y un derroche de gratitud.

Yo, que siempre sentí gran simpatía por el autor, al leer su interesante narración y ver la sencillez y galanurá con que describe sus diversos paisajes, no he podido menos de trocar esa simpatía por un sentimiento de admiración; y, al contemplarle superficialmente y comparar el contraste de su cuerpo con la pureza de su espíritu, me ha hecho pensar: Cuantos hombres que reflejan un exterior colmado de lozanía y exhuberancia ocultan en lo más recóndito de su ser la lepra inmunda de un alma ruin y vengativa que les hace más repulsivos y detestables, haciéndonos exclamar, en esos momentos de comprensión y desengaño: Señor, Señor, antes, mil veces antes la lepra del cuerpo que el contagio inmundo y detestable de las lacras internas que corroen y degradan a muchos seres.

Libros como este merecen la máxima atención de todos, porque en ellos nos hacen sentir la necesidad de acudir allí donde se oculta el dolor y la infelicidad, para mitigar las angustias de unos y evitar las privaciones de otros y mucho más, porque nos enseñan a profundizar, a conocer la vida bajo el punto de vista de la realidad.

Por eso recomiendo su lectura.

ROSARIO BENÍTEZ DE F. CÁRCABA.

Las Palmas, Mayo de 1935.

A MANERA DE INTRODUCCIÓN

Imperdonable atrevimiento, inaudita temeridad, el lanzar al público estas cuartillas, en forma de libro.

No fué el afán de gloria el móvil, pues no se me esconde que la gloria no se columpia detrás de la impremeditación.

Tampoco el estímulo material, porque la pobreza, mi hermana gemela, me ha habituado a vivir dentro de ella.

Responde a un capricho mío, alentado, apenas expuesto, por una mujer espiritual, cultísima, bondadosa cien por cien, caritativa sin remilgos espectaculares: Doña Rosario Benítez de Cárcaba, Inspectora honoraria de la Beneficencia Insular.

Ella es el lazarillo que me conduce en esta incursión por los campos de las Letras.

Ante una Mecenas como esta, ¿quién no se ve garantizado?

Nada diré de élla a través de estos capítulos de pobreza; parecería interesado cuanto dijera; turbaría, además, su modestia, acaso excesiva.

No sería, tampoco, necesario que yo haga la apología, porque su obra ingente, inigualada, pervive exhuberante en todos los horizontes donde sea necesaria la caridad.

La mayor ponderación, la más expresiva ponderación, está en su obra, superior a todo encomio.

Huelga decir que la presente obra tiene un contenido de neta realidad; no hay nada imaginativo, novelesco.

Los lejanos recuerdos de mi infancia y las nostalgias de mi tierra, hicieronme escribir, sin la conciencia plena de lo que significa escribir.

No pude vencer la tentación de emborronar cuartillas y, hoy, no puedo evadirme de la sugestión de dar a la publicidad esas cuartillas.

Además, he querido descubrir un poco el velo de misterio de nuestra enfermedad en sus relaciones con la sociedad; y no es tan terrible como se pregona con inconsciencia, ignorancia o maldad.

En fin, el pecado engendró el arrepentimiento; yo, ahora, no se si debo arrepentirme; si ello es necesario, mansa y serenamente imploro el perdón, pero también tengo derecho a que se me tenga benevolencia, porque... la intención ha sido buena.

EL AUTOR.

A la Isla de la Palma, la tierra de sin par belleza; la de añejas tradiciones, evocadoras de titánicas proezas; a esa Isla cuyas ingentes montañas coronan el pino canario, regio morador de sus sierras y cañadas, cuyas cimas semejan enormes cabezas despeinadas; a esa tierra de perfumes, de poesía, en la que el Sol ardiente derrama torrentes de alegría; a uno de sus pueblecitos tranquilos, apacibles, se remontan los recuerdos de mi niñez.

Mi niñez.

Una niñez truncada; una iniciación de la vida fundida bajo el crisol del más grande de los infortunios.

La remota memoria de mi infancia es un recuerdo de tragedia.

Yo tenía una madre; yo la veía siempre pálida y triste; yo veía siempre su rostro ensombrecido.

¿Qué misterio impenetrable guardaba mi madre?

Más tarde me lo expliqué todo; más tarde supe que yo era la causa; la pena perenne que nublaba su faz provenía de que se había percatado de que yo era un elefanciaco.

Y... con esta pena; acaso por esta pena, murió mi madre.

Una madre. ¿Sabéis lo que es una madre?

Lector: al reflejarse en tu imaginación este nombre, escucháme: una madre es la rosa perfumada en el huerto florido de los ensueños del amor, que mira al cielo donde los ángeles le sonríen con el dulce movimiento de sus alas;

sí, los ángeles que descienden a ella para que los dé al mundo como fieles testimonios de su maternidad.

La mujer que es abuela pensará.

La que es hija se impresionará.

La que es hermana llorará.

Pero, si es madre, saltará como un cáliz colmado de sangre purísima que, hirviendo en sus venas, saldrá por los ojos que se borrarán de llorar tantas amargas acumuladas en ellos.

Una madre. ¿La tienes, lector?

Quiérela, reverénciala, mímlala y serás feliz; muere por ella, si es preciso; piensa que todo el daño que le hagas se volverá centuplicado contra tí en fecha no lejana.

Los consejos de una madre, sus miradas, sus juicios, sus razonamientos; sus caricias, son el delicado poema de toda la vida del hombre; lentamente nos va marcando en el páramo de la vida, el recto camino a seguir.

Nos corrige, pero nos acaricia, nos castiga, pero nos bendice, nos adora.

Por eso cuando muere nuestra madre desaparece la mitad de nuestra existencia y la otra mitad queda sumida en ruinas.

Para mí desapareció la totalidad de mi existencia, tras ella se fué mi vida. Cuando yo veo una anciana, sea de la categoría social que fuere—yo no hago impertinentes distinciones de sangre—veo en ella la sombra de mi madre y me dan impulsos de besarla y de llorar.

Anunciad a una madre que su hijo es travieso; no lo creará y, en todo lo justificará.

Decidle a un hijo que su madre es mala y, si es necesario, llega al homicidio en aras del buen nombre de su madre.

La madre y el hijo compendian la razón del ser; son el objetivo de la biología terrenal.

La maternidad es lo único que, en la vida, destila verdad.

Yo que perdí a mi madre; yo que en los umbrales de la existencia vi que unos hombres se la llevaban al Cementerio, sin darme cuenta, en mi inconsciencia juvenil, que se la

llevaban para siempre y recibir la impresión como un latigazo en el rostro, de que yo era un elefanciaco y gravarse en mi mente la magnitud de tal enfermedad, al recibir de mis allegados, la primera noche que me faltó mi madre, el desdén envuelto en un *vete por ahí*, se anidó la tragedia en mi espíritu, mi vida se hizo astillas, una fiera rebeldía se adueñó de mí y... comprendí entonces cuanto vale una madre.

Sí, yo fui un rebelde; un inadaptado; mi juventud se amasó con la levadura del encono al orden social existente.

Adusto, vidrioso, avinagrado mi carácter, fui almacenando en mi pecho el odio. Deseé que la humanidad fuera impotente ante mí para destruirla.

Renegué de una sociedad que me repelía.

Maldije la tierra donde nací; vagué por ella, repudiado por los míos y amparado por los extraños, pero recibiendo de todos los trallazos del desprecio, de ese desprecio instintivo que yo, en mi soberbia e incomprensión, no quería comprender que era elemental prudencia; renegué de mi tierra, de mi Isla de La Palma, de mi patria chica, de ese terruño al que tanto y tanto se ama, errabundo y desesperado fomenté la idea del suicidio.

Al morir mi madre, el único ser que por mí se preocupara, el hogar quedó vacío, solo, triste, oscuro, y sentí un frío tan intenso que me heló el corazón.

Parecíame escuchar, en aquella noche primera de horfandad, un ruido y me quedé consternado; se crisparon mis nervios al resonar mis pasos con lúgubre son, dentro de aquel pobre recinto.

Profundos ayes salían de mi garganta reseca, que repercutían en la soledad como una llamada larga, triste... que nadie contestaba.

Y, ví entonces, alzarse del fondo de la casa solitaria el fantasma adorado de mi madre que se acercaba a mí, envuelto en blanco sudario.

Y un hálito de muerte se esparció por la habitación y se turbaron mis sentidos, y con ansias locas de besarla, de abrazarla, de estrujarla contra mi corazón, extendí las manos suplicantes y la dije: «No te vayas, no me dejes, mira que no me queda nadie en el mundo; ven, no te vayas.»

Y sentí su mano aterida sobre mi cabeza y... me dormí el corazón; y sordo a todo otro sentimiento que no fuera la imagen de ella, quedé sin sentido, al escuchar en la casa solitaria, sólo los ecos de mis suspiros.

Desde aquella fecha fatídica, negros pensamientos turban mi mente; mi espíritu se estremece con la pena del que siente desplomarse una dulcísima ilusión y, como removidos escombros, se me representan tales hechos, que me quedan, que me agujerean las entrañas, abrasándome el corazón.

Yo recuerdo como un sueño aquel momento culminante en que, ya en el lecho de la agonía, le pedía ingenuamente que no muriera, que yo hacía holocausto de mi vida, ya minada, ya con el germen de la destrucción.

Pero, se fué...

La Muerte, ministro inexorable, no quiso demorar la ejecución.

Desde entonces, La Palma, la Isla bella, colica, tañida de los vientos alisios parecióme triste, funeraria, tétrica.

Indeciso, desorientado, deshecha la idea del suicidio que había prendido en mi alma, vagué de un lugar para otro, cual autómeta del infortunio, me convertí en un ser casi inconsciente.

¿A dónde ir?

¿A dónde encaminar mis pasos?

Recordé que en un pueblo del interior tenía un pariente, un allegado, y quise hacer una última tentativa en busca de protección que, en todas partes huía de mí.

Y, allá me encaminé, en un día crudo de invierno, tres meses después de la tragedia que rompiera mi hogar y me dejara huérfano.

Y en aquel deudo encontré lo que en los demás: un compasivo desdén.

Ante tanta repulsa, un día del mes de Enero, dejé definitivamente mi pueblo; dejé el terruño; me lancé a lo desconocido, a una vida errante, llena de negruras y tristezas.

Dí el último adiós (yo pensaba no verle más) al pueblcito de San Pedro, ese bellissimo paraje asentado en una extensa llanura a la que sirve de fondo una ihgente cumbre poblada de árboles centenarios.

Al abandonar mi pueblo llevéme como bagaje un cúmulo de recuerdos dolorosos.

Tenía que atravesar una cumbre, cuyos caminos eran vericuetos; soplabá un viento huracanado; negros nubarrones ensombrecían la atmósfera; no parecía sino que tam-

bién los elementos desencadenados se complacían en perseguirme en mi exilio.

Después de caminar todo un día, hallándome en plena cumbre solitaria e inhospitalaria me sorprendió la noche, una noche tan negra como mi infortunio y tan larga como mi desgracia.

Tuve por albergue una cueva; allí pasé la noche; el cansancio me rindió y arrullado por los fieros ecos de la tempestad me dormí, con ese sueño que ya se iba en mí haciendo habitual; con el sueño de pesadilla del huérfano, del desheredado, del proscrito de la sociedad.

Vino el nuevo día, tan displicente como la noche y reanudo la marcha, la marcha del peregrino que camina hacia lo desconocido.

Después de mil peripecias, sufriendo privaciones, hambre, llegué jadeante a Santa Cruz de La Palma.

Vagué errante por sus calles, busqué refugio, pan, socorro, pero... se me cerraban todas las puertas.

Ya desesperado, llegué a la morada del patricio palmero don Tomás de Sotomayor. Creía que encontraría la misma negativa de los demás sitios a donde tocara; creía que todos los ricos eran iguales y tuve que rectificar tal criterio ante las muestras de atención, hidalga filantropía, caridad cristiana que, para mí, se tuvieron en aquella casa por el caballeroso señor, desde el momento en que le expuse mi situación.

Comprendí entonces, que hay ricos que merecen serlo, porque saben serlo. Fué como un oasis en medio del desierto la caritativa solicitud de don Tomás para conmigo.

Son cosas que se gravan perennemente en el alma.

Yo debo a don Tomás mi redención, como sé que se la deben muchos, muchos infelices.

Parecería lisonja cuanto yo diga del eximio palmero don Tomás de Sotomayor y cuanto dijera sería un débil reflejo de la realidad; y estas aseveraciones hechas por mí tienen más autoridad porque yo he abominado y abomino de los ricos que no saben o no quieren emplear sus riquezas, descendiendo a la desgracia para aliviarla y ejerciendo así una finalidad cristiana y social.

Hay ricos que no merecen serlo; los hay selectos, cristianos que, como don Tomás, merecen todas las riquezas.

El no solo me socorrió, sino que me orientó, me abrió camino más allá del Mar.

Mi gratitud será ferviente, intensa, para él.

Consolado, orientado, protegido por el señor Sotomayor, dejé, al fin, mi tierra, mi Isla adorada, admiración de propios y extraños, y encaminé mis pasos a Las Palmas.

Al amanecer del día siguiente al de mi embarque, me hallaba en Santa Cruz de Tenerife.

Mudo, extático, contemplé aquel, para mí, mundo nuevo.

La extensión de su población, la amplitud de su puerto, sus numerosas y bien cuidadas plazas, el incesante movimiento de carruajes y peatones, todo fué para mí una revelación y... de nuevo amé la vida.

Me adentré en el corazón de la Isla.

Ví La Laguna señorial, recogida, austera, y una explosión de entusiasmo salió espontánea de mi garganta al contemplar el panorama inimitable, único, del Valle de la Orotava.

Y al ver la Villa señorial, prócer, mi espíritu se empequeñeció.

Era aquello algo raro, algo exótico, pero de un exotismo sublime.

Sus soberbios edificios, sus calles empinadas, sus jardines exuberantes, variados, artísticos, genuinamente típicos, dan la sensación de algo grande, extraordinario. Y el Teide imponente, majestuoso, cual celoso Cancerbero de las Hespérides, sirve de fastuoso fondo a ese escenario sublime del gran Valle.

Ciego el espíritu ante tanta magnificencia, apenas osa

uno mirar tanto prodigio de la Naturaleza, prolífica en los más diversos matices.

Saturada mi alma de tanta belleza, me avergoncé de mi mismo; me ruboricé de aquellas ideas suicidas que, en momento de desesperación, se anidaron en mí y, ahora... hasta los hombres me parecen mejores.

Retorno a Santa Cruz, donde tomo nuevamente el vapor que había de conducirme a Gran Canaria, tierra que había de ser mi segunda patria chica, tierra a la que iba a vincular mi existencia, en la que iba a vivir, muriendo, el resto de mis días.

Ingrata travesía la que hicimos aquella noche; montañas enormes de olas daban la impresión de que se iban a tragar el barco; vaivenes violentos, pronunciados, hacían del barco un juguete y de nosotros unos monifatos.

La nave resiste valientemente las embestidas de las olas y rinde su viaje, al amanecer, *como si nada hubiera ocurrido*.

¡Hermoso amanecer! Frente a Las Palmas, la capital de la Provincia Oriental de las Canarias, contemplamos el puerto grandioso, cosmopolita, y añadimos nuevas y grandes emociones a las que habíamos recibido en nuestra fugaz visita a Tenerife.

En las dormidas aguas del Puerto de La Luz, reposaban más de cuarenta vapores y ensordecía el ajeteo de remolcadores, ruidos de sirenas, gritos de vendedores. Palpábase toda la gama marina de los grandes puertos del Orbe, que, a través de nuestras lecturas, habíamos visto.

Desembarco y en un tranvía, me traslado a Las Palmas, admirando, de paso, sus suntuosos edificios, sus calles rectas y anchas y los detalles todos de una moderna capital.

Llego al Hospital de San Lázaro, antiguo edificio enclavado en la plaza de Santo Domingo.

Abrense aquellas puertas donde reinaba la Caridad.

Grabóse en mi espíritu esta primera impresión; iba a convivir con hermanos de desgracia; contemplo los cuerpos putrefactos que esperaban pacientemente la muerte; seres cuya desesperación se veía neutralizada por la solicitud de las Hermanas de la Caridad que, afanosas, atendían a aquellos veinticinco desheredados, número a que ascendían. ¡Horrible cuadro!

Gente joven, mujeres y hombres que empezaban apenas a vivir, eran una exposición de llagas y miserias y allí, aislados, apartados del Mundo, solo tenían contacto con las buenisimas Hermanas, que bajo la dirección de la inolvidable Sor Brígida, y de toda una generación de indigentes convivían con nosotros. No solo convivían, sino que se ocupaban, se afanaban por allegar medios para sus enfermos, y se deslizaban por la Ciudad y por los pueblos implorando la pública caridad para atender nuestras necesidades.

En esta época de prueba en que la Beneficencia se hablaba totalmente abandonada por los Organismos oficiales, cuando tales establecimientos dependían de la antigua Diputación Provincial, por enconos y pasiones entre las dos Islas rivales, las consecuencias las pagaban los Hospitales, fueron ellas las que sacaron adelante éste y los demás que tenían a su cargo.

De las once Hermanas que entonces había, siempre se

hallaban algunas ausentes implorando la caridad para nosotros.

Alivióse un poco, lo recuerdo porque tuvo repercusión, con el gesto del entonces diputado provincial, hoy una de las figuras de más relieve del foro canario, Don Vicente Díaz Curbelo, quien, cotizando la preeminencia que tenía en el organismo Provincial, del que llegó a ser árbitro, arrancaba a la vieja Diputación las consignaciones para la Beneficencia de esta Isla que ponía en manos de Sor Brígida, llevándole la alegría al restarle preocupaciones de orden económico.

No puedo sustraerme de hacer mención de este rasgo del competentísimo letrado, en el cual se anida un corazón compasivo para el desvalido, tanto que merece figurar entre los más grandes patricios y bienhechores de Gran Canaria.

Noche horrible aquella primera noche que pasé en San Lázaro.

Casa extraña, ambiente extraño, personas extrañas; toda una gamá de pesadumbres sobre un enfermo llegado el día antes, sin familia, sin conocidos, sin recursos. «Miserio bagaje».

Cuando ya de madrugada, vencido por el insomnio, pretendo sacudir la nerviosidad que me ahogaba, no podía dormirme, restrallaban en mis oídos los gritos lastimeros de los demás enfermos, arrullo dantesco que perduró en mi imaginación por mucho tiempo.

Noche de desesperación, evocadora de aquellos días trágicos que siguieran a la muerte de mi madre.

Pasó la noche primera, y con ella mis pesimismo, pues cuando en las primeras horas de la mañana, un toque de campana anunció la cotidiana visita del médico del Establecimiento, una ráfaga de esperanza se apoderó de mí; y es que para el enfermo, aún para el que se halla desahuciado, es el médico el que logra sembrar la semilla del optimismo y arraigar más y más el apego a la vida. Tal me sucedió con el Doctor Don Vicente Ruano.

Aún me parece ver aquel hombre, ya de edad provecfa, preguntándome con una amabilidad a que yo no estaba acostumbrado, detalles de mi vida, aspectos de mi dolencia, matizando su interrogatorio con frases de aliento, de resignación y formando luego un acabado diagnóstico.

Eso no es nada, muchacho, me decía Don Vicente; un régimen que te prescribiré contendrá esa dolencia; ya verás como mejorarás, te remendarás.

Cuanta influencia ejerce entre nosotros esa. terapéutica espiritual que infunde ánimos al más débil; cuanta influencia ejercían las medicinas más que de laboratorio, espirituales que, a manos llenas, prodigaban Don Vicente y Sor Brígida.

Y... mejoré; de una manera progresiva notaba alivio y, aún físicamente, hice progresos.

Era tal la solicitud de Don Vicente, que nada nos negaba; justificaba todos nuestros actos, aún aquellos que merecieran sanción.

De una manera imborrable se me gravó aquel episodio

de nuestra vida de hospitalizados, en que todos los enfermos, en forma acaso airada, le pedíamos nos aportara las medicinas del curandero cubano Angel García.

Y ante esta petición, Don Vicente lloró, y sus lágrimas fueron de ternura para nosotros y después de reflexionar largo rato, nos dice: Eso que ustedes me piden es faltar a las leyes; ellas prohíben el empleo de tales medicinas, porque su origen, sin mezclarse en su mayor o menor bondad o eficacia, no es científico; ahora bien, como yo por Vdes. estoy dispuesto a los mayores sacrificios, me voy a jugar hasta la carrera; tendrán Vdes. el remedio de Angel García, y... el remedio vino.

A unos le fué bien; a otros, ni bueno ni malo; por eso nada diré de su enigmática eficacia; porque, además, el abordar ese asunto, siempre suscita vivas controversias y yo no quiero darle a este modestísimo trabajo sino un carácter puramente objetivo.

Pero de pasada, saco a relucir este hecho para poner de relieve el espíritu paternal de Don Vicente Ruano.

¡Cuanto lloramos todos su desaparición del mundo de los vivos!

Poco a poco me fui habituando al vivir del Hospital.

Sin preocupaciones mayores de orden externo, mi espíritu se fué asentando.

Mi cuerpo se sintió más fuerte.

Únicamente echaba de menos la libertad; yo aspiraba a deambular por la Ciudad, revolverme en la vorágine de la Capital; palpar y gozar del trato de las gentes; en una palabra, huía del aislamiento, buscaba la sociedad.

Una circunstancia inesperada vino a celebrar mis afanes.

Viendo el Doctor Ruano que mi cuerpo se hallaba limpio de señales que delataran mi enfermedad; viendo que socialmente no se me podía rechazar, encargóme la misión de salir todos los días para hacer la compra de las menudencias de los enfermos.

Esta misión era tan limitada, como que la compra de tales enfermos se limitaba a alpiste para los pájaros, cigarrillos, cerillas u otra menudencia por el estilo; pero para mi

era trascendental, pues representaba mi redención de aquel encierro. Por eso salía a todas horas; unas veces porque en realidad tenía que salir y otras, las más, con ese pretexto.

Me iba al Mercado desde por la mañana; hacía mi consumación de churros y café; luego me recorría parte de la Ciudad, por el mero afán de novelería, visitando, de paso, a algún paisano y, cerca del Mediodía, regresaba a San Lázaro de donde volvía a salir por la tarde.

Primero se fué deslizando mi vida y, más tarde, ya hurreneaba por el Puerto, no existiendo ningún rincón que me fuera desconocido.

Cada vez que iba al muelle de Santa Catalina me acuciaba la idea de ver nuevos mundos, de lanzarme tras la aventura, de hacer una vida de bohemio, de buscar horizontes más amplios.

Animado por esta idea, me hallé por dos veces, acomodado en la bodega de un barco, con ánimo de *dejarme llevar*. La primera vez me hizo retroceder cierto infantil temor a lo desconocido (no sabía ni la ruta que iba a emprender el barco) y la segunda fué la autoridad de a bordo en forma de Capitán, que me echó tal reprimenda y una de gritos guturales en una gerga que yo no entendía, que me hizo poner los pies en polvorosa.

Y retornaba a San Lázaro, cabizbajo, rendido de fatiga y de hambre, pero... no vencido; porque aquella idea de ver más amplios mundos, se iba cada día agigantando dentro de mí hasta constituir una obsesión.

Así seguí una regular temporada; la misma rutina; la ida y regreso al Mercado, los mismos paseos, sobre todo al Puerto, al acecho de un momento propicio para levantar el vuelo.

La idea de embarcarme; de conocer mundo; de ir más allá de las islas, llegó a constituir en mí una aguda preocupación.

No pensaba en otra cosa; día y noche trazaba planes para ponerlos en práctica y llevar a la realidad esta ilusión.

Hasta que un día con cuarenta pesetas en el bolsillo, producto de las dádivas de la sucesora de Sor Brígida, me situé en el muelle de Santa Catalina, entre bultos de fruta; desde las doce del día hasta el anochecer en que me colé en el «Poeta Arolas» y, dando traspies, me introduje en la bodega y me acurruqué en un rincón de ella.

Ya entrada la noche, previendo que el trasiego de bultos que allí había pudiendo molestarme o aplastarme, formé una especie de covacha, entre los mismos bultos, y esperé allí la salida del barco.

El más pequeño ruido me sobresaltaba; por todas partes veía en mi imaginación marineros y oficiales y ya entreveía el rostro airado del Capitán tomando providencias para enviarme a tierra y reintegrarme a San Lázaro.

El barco, al fin, se puso en movimiento y ya el instinto me decía que habíamos salido del Puerto, pero aún no me consideraba seguro de ello.

Al fin me dormí; pero a eso de la media noche me despierta un ruido próximo a mí; me parapeto mejor, me estrecho más, contengo la respiración; pero el ruido seguía, alguien husmeaba cerca de mí; me consterné, cuando veo en las tinieblas una figura humana erguida cerca de mí;

me incorporo con ánimo de pedir perdón; de humillarme ante quién suponía que fuera una autoridad de a bordo, pero me quedé estupefacto y, a la vez, respiré tranquilo, cuando veo que el intruso que había venido a turbar mi reposo, se deshace en frases del más agudo sentimentalismo, en una jerga andaluza; de todo lo que deduzco que mi visitante era un polizón como yo y que creyéndome algo del barco, imploraba mi indulgencia.

Luego le entero que nuestra suerte era común, que yo también era un aventurero, un polizón como él; y perdido todo temor, fraternizamos.

¿Cómo no íbamos a fraternizar, sobre todo él, desde que se enteró que yo llevaba un capital de cuarenta pesetas?

El me confesó que no llevaba ni una blanca y creo que fuera esta la única verdad que le oyera en todo el tiempo que le traté.

Se pasó la noche trazándome planes; puso a mi disposición toda la Península Ibérica; empleó toda la facundia de un malagueño, malagueño era él, en convencerme de que habíamos de vivir como hermanos, y la primera consecuencia que sacó de ello fué la de que había de partir con él mi capital; que él tenía en Cádiz unos parientes muy ricos; que en Cádiz me redimiría de la miseria; que me daría el mil por uno.

Yo, ingenuo, cándido, le entregué las veinte pesetas que le correspondían.

Ducho en esas lides del polizonaje, desde el amanecer me hizo subir sobre cubierta, y siguiendo sus instrucciones, al instante, quedamos agregados a los pasajeros de tercera, como si nada hubiéramos hecho, como si hubiéramos abonado nuestro pasaje, nadie nos pidió la más leve explicación.

Me quedé frío, cuando, al medio día, la protesta más airada por un hipotético mal estado de la comida, fué la del malagueño, y tanto pesaba su actitud, que el Mayordomo ordenó que se le diera la comida del pasaje de segunda clase.

Dí por bien empleadas las veinte pesetas que me birló

mi compañero, no porque creyera en el tío rico que tuviera en Cádiz, en nada de eso creí yo, sino porque podía orientarme en países desconocidos.

Encantados pasamos los cuatro días de navegación y avistamos a Cádiz.

Yo me hallaba abismado en la contemplación de la bellísima ciudad al entrar ya el vapor en el puerto, cuando me quedé estupefacto al ver que mi compañero se tiraba al mar y se alejaba del barco en dirección a tierra; creyendo que había sido un accidente casual, traté de pedir auxilio, pero él, por señas me contuvo, indicándome que me callara, que en tierra nos veríamos.

Entonces es cuando vine a darme cuenta de las intenciones del malagueño y juzgué que lo había hecho por dificultades para el desembarque, y como yo también era un indocumentado, me escondí en el interior del barco, sin prisas para desembarcar, y, cuando vi que pasadas unas horas iba a cesar el ajeteo de la descarga del buque, me encaminé a tierra.

Temblé cuando al pasar delante de los carabineros, éstos se encararon conmigo. Venían tras el tabaco; solo me encontraron dos cajas, el resto del que había sacado de Las Palmas, se lo había fumado el malagueño; se quedaron con una y me dejaron la otra.

Recorro los lugares próximos, pero al malagueño se lo había tragado la tierra juntamente con las veinte pesetas.

Busco por toda la ciudad y nada. El malagueño se esfumó y yo no pensé más en él.

Vagando de un lugar para otro, me pasé el primer día de mi estancia en Cádiz

Ya anochecido me encontré un nuevo amigo.

Los procedimientos del malagueño, sobre todo su despedida a la francesa, hicieron ponerme en guardia y ser más cauto, más precavido, si quería que me llegaran al fin las veinte pesetas que tenía por capital.

Este amigo también inició su trato conmigo trazando planes más o menos fantásticos prometiendo el oro y el moro, al comprender que yo era un aventurero novato. A la vez que se erigía en mi protector, procuraba sonsacarme a ver si contaba con algún dinero.

Al oír de mis labios que solo contaba con ochenta céntimos, decayeron sus entusiasmos, cambió al instante de criterio; yo no le interesaba ya.

No obstante, me llevó, acaso para deshacerse de mí, a una casa de huéspedes que se hallaba en una de las callejuelas que desembocan en la Plaza de Isabel II y luego desapareció.

La importancia del *hotel* donde me hospedé puede deducirse de sus precios: veinte céntimos cada comida; menú: un plato de potaje y un trozo de pan duro; el desayuno aparte, el cual se hacía en el Mercado, con los *universales* churros y sombra de café; por lecho teníamos un jergón con una roída manta.

Toda el hampa de aventureros que entraban en Cádiz tenía su refugio en tal fonda; varias veces descubrí cosas en los

dueños que me daban la certidumbre de que eran socios de los *huéspedes* en negocios de toda índole y de dudosa moralidad.

Así transcurrieron unos cuantos días y cansado ya de aquella vida, una mañana acompañado de unos cuantos *huéspedes* de la misma posada, al ponerse en marcha el tren que salía para Sevilla, nos escabullimos en el último vagón.

Pero estaba de Dios que yo no viera a Sevilla, porque al llegar a la estación de Útrera, el revisor nos pidió los billetes, y como no los llevábamos ni cayó en el manido truco de que se nos habían extraviado, nos dejó plantados en tierra.

Como el ansia que teníamos de ver Sevilla era muy grande, echamos a andar, hasta que, a cosa de dos kilómetros, una pareja de la Guardia Civil nos detiene y nos exige la documentación; como no llevaba ninguna fui invitado a seguir a los civiles hasta Cádiz, pues se enteraron de que procedía de Las Palmas, como polizón; en el curso de nuestra conversación se enteraron de mi enfermedad y entonces se mostraron más solícitos y atentos que al principio.

Despacio, para que no me cansara, me condujeron a Útrera y allí otra pareja me llevó en el tren hasta Cádiz y, una vez en aquella Comisaría, tras un minucioso e inútil interrogatorio determinaron embarcarme para Las Palmas en el correo de Canarias que salía al día siguiente.

Fracasada mi excursión por Europa, truncada, ya al final, mi escapatoria, aburrido y desalentado, paso el día en Cádiz; por la noche se suscitan nuevas dificultades, pero al enterarse el Comisario de que un barco de la propia Compañía me había traído de polizón, se terminaron las cuestiones, pues se impuso y la Compañía cedió a regañadientes.

Al día siguiente en el «Escolano» iniciaba mi retorno a Las Palmas.

No venía escondido, huyendo del capitán y de los oficiales, como en la ida; era yo al regreso un medio personaje y llevaba la cabeza más alta y más derecha que una torre.

A bordo pasábamos las horas entretenidos jugando al ju-

lepe. Yo jugaba habitualmente con un grupo al burro, en cuyo juego la suerte empezó a favorecerme, pues al segundo día de navegación me había ganado ochenta pesetas; esto me engolfaba más; ya me permitía comprar algo extraordinario cuando las comidas no me satisfacían, y empecé a creer que el juego aquel era una mina, que iba a seguir ganando siempre, convenciéndome de lo contrario al tercer día en que mis ganancias y capital se redujeron a seis pesetas.

Ante ese revés empecé a sentir el nerviosismo propio de los jugadores; el afán de desquite, afán injusto, pues lo que había perdido había sido ganado; pero me vino un momento de lucidez y frené mis ímpetus al considerar el juego como un azar y a la suerte caprichosa como femenina.

Dejé de jugar y me entretuve en charlar con algunos pasajeros que iban a Tenerife.

El penúltimo día fui atacado de mareo, que hizo diera con mis huesos en el camarote, donde, quieto, boca arriba, me pasé parte del día y toda la noche.

Al atardecer dimos fondo en el Puerto de la Luz; temeroso de que la Policía me viniera con preguntas impertinentes me colgué del cable que amarraba el barco con el muelle y, sin que nadie lo advirtiera por hallarse todos avilanzados junto a la escotilla de salida, me encontré en tierra.

Sin mirar para atrás y muy de prisa tomo un tranvía y me encamino a Las Palmas.

Entro en San Lázaro, como en mi casa.

Nadie me preguntó donde había estado; nunca se me requería con insistencia para que justificara mis ausencias; tres preguntas, alguna vez, y aquí *no ha pasado nada*.

Me agrego a mis compañeros de infortunio y reanudo la vida que llevaba antes de mi fuga a la Península.

Antes de mi escapatoria a la Península turbó la habitual calma del Hospital un acontecimiento que no por esperado causó menos consternación: la muerte de Sor Brígida Castelló.

Está por demás decir que el sentimiento, la condolencia, el pesar sincero, fué unánime en la Ciudad de Las Palmas.

La muerte de Sor Brígida fué la muerte del justo, porque ella no pasó por el mundo sino para derramar bondad y caridad.

¿Para qué exaltar y ponderar sus virtudes excelentísimas, su abnegada caridad, su oportuna seriedad, su aguillada prudencia, cuando en todas las clases sociales de Las Palmas lo mismo en las encumbradas que en las humildes, mucho más en éstas, se ponderaban y ponderan en toda su plenitud sus méritos indiscutidos?

Caritativa hasta el heroísmo puso al servicio de la desgracia, del desvalido, su cuantioso patrimonio.

Era el sostén de todos en aquella época de penuria, de estrechez, de abandono por parte de los organismos oficiales y que la previsión de Sor Brígida lo allanaba todo, impidiendo que el hambre se enseñoreara de sus pobres enfermos.

Sor Brígida era una institución en Las Palmas; juiciosa, muy culta y, más que todo esto, caritativa, llenaba para todos nosotros, en lo que cabe, el vacío de una madre.

Yo que recibiera de ella tantas y tantas pruebas de cariño, deferencias, amplísima caridad, quiero rendirle mi modesto tributo, un tributo de recuerdos, envuelto en plegarias y oraciones por su descanso eterno.

Transcurren seis meses desde mi última escapatoria, pasando el tiempo entretenido en hacer jaulas que luego vendía y a lo que no daba abasto, por la demanda que siempre había.

Aparte de mis viajes al Mercado dedicaba también buena parte del día y algo de la noche a atender a mis pobres compañeros más enfermos que yo, pues hay que tener en cuenta que, en aquella época, había un solo enfermero y a veces ninguno.

Por entonces llevaba el gobierno del Hospital aquella excelente hermana Sor Vita. Su constante caridad y desprendimiento dejaron en todos nosotros hondas huellas.

Se impuso a todos desde el principio, por su bondad, desinterés, espíritu de sacrificio.

Conocíamos sus sufrimientos por las estrecheces de orden económico.

Era toda para nosotros; convivía en nuestra compañía casi todas las horas del día; se afanaba para que nada nos faltara, aún aquellas cosas que no constituían una necesidad y sin las cuales podíamos pasarnos.

Llegó a costearnos nuestras propias medicinas, gastándose en ello respetables cantidades.

Fué trasladada a la Península y todos lloramos su marcha, como se llora a un ser querido, como se llora a una madre.

Creíamos—tales eran las dotes relevantes de Sor Vita,—que el vacío que élla dejaba era imposible fuese llena-

do por ninguna otra hermana, pero nos equivocamos; porque como siguiendo una escala de superación, nos correspondió una superiora que infunde el respeto y veneración hasta en los más díscolos e indiferentes; tal ocurrió con Sor Eulogia Pérez.

Yo no sé, ni siquiera toscamente, hacer la apología de Sor Eulogia, pues nada diría manifestando que es buena, caritativa, prudente, solícita con los enfermos, a más de celosa por nuestro bienestar material y espiritual.

Claro que no hace falta que yo pretenda hacer tal apología; porque está hecha; fluctúa en el ambiente su nombre y lo que es más atrayente, son las clases humildes, los de abajo, los parias, los que mejor la conocen y ponderan.

No me llama la atención que hoy, en esta época de indiferencia para todo lo que tenga olor a Iglesia, sean los pobres obreros quienes respeten y veneren, con más intensidad, a Sor Eulogia.

Ellos saben que su fortuna ha sido para los pobres; que por sus pobres se ha impuesto privaciones mil.

Siempre está, como se dice vulgarmente, a la cuarta pregunta en el aspecto económico.

Y es que nadie, absolutamente nadie, le pide que no le dé; no faltando los desaprensivos y... desaprensivas que, abusando de su bondad y santa ingenuidad, la explotan al llegar a ella narrando mentiras y problemáticas miserias.

Aparte de esta eminente condición de Sor Eulogia se da en ella el fenómeno, único, de que impone su autoridad con solo su presencia, sin desplantes ni filípicas.

Todas las Hermanas de la Caridad son buenas, sencillas, caritativas. Mi gratitud más fervorosa, mi agradecimiento más intenso para todas ellas que me infiltraron sentimientos cristianos, me educaron, me hicieron un hombre.

Y a despecho de que aparezca haciendo mi propia apología, he de decir que estos sentimientos, esa semilla que ellas sembraron se arraigó en mí de tal manera que nada ni nadie ha podido (nadie lo ha intentado tampoco) ni podrá hacerla flaquear.

Saco esto a relucir para poder decir, no sin cierta pena, de mi desprecio hacía un ser ruin, farisaico, vil, mezquino,

que llegó a propalar o por lo menos a insinuar, que yo estaba haciendo gestiones para ingresar en la masonería.

Todo porque un día le pregunté (estaba obligado a saberlo) en qué consistía esa secta y de la cual no supo darme razón.

De ahí, su inteligencia obtusa, menos que mediocre, so-
lo capacitada para mujeriles intrigas, dedujo que yo quería ser masón.

Yo le perdono, porque es un pobre hombre; pero... no puedo olvidar.

Sepa que si esas hubieran sido mis ideas tenía y tengo valor para confesarlas.

Pasó una larga temporada sin que se registrara en mi existencia triste ningún hecho digno de mención; tampoco en el Establecimiento ocurría nada de notable; lo de todos los días, la misma rutina, el mismo ambiente tétrico, tristón. Pero dentro de mí, allá en lo más íntimo de mi sér, volvía a rebullir un ansia de más libertad, de más expansión, de nuevas correrías que matizaran la monotonía del vivir cotidiano.

Y una mañana hermosa de Primavera, una de esas mañanas únicas de las Canarias, cuando el sol ponía sumos bermejos en las cumbres bravías de la isla y arreboles de fuego en su cielo incomparable, aprovechando un momento oportuno me lancé nuevamente tras una vida andariega, bohemia, con el equipaje de ropa que llevaba encima y un capital de cien pesetas.

Caminé por pueblos y aldeas de Gran Canaria y de estas correrías saqué la conclusión, aparte de la embriaguez de los paradisiacos paisajes de esta isla de oro, que de mis cien pesetas solo me quedaban diez y siete.

Entonces pensé en mi tierra, en mi isla de La Palma y quise ir a ella.

Pero, ¿a qué iba yo a La Palma?

No lo sabía; un impulso interior y misterioso me aguijoneaba.

El pasaje me costaba quince pesetas, quedándome solo un resto de dos pesetas.

Me fuí al muelle, saqué el pasaje; el «León y Castillo»

salía para La Palma y el «Viera y Clavijo», para Arrecife; ambos salían por la noche.

Al llegar ésta, pregunto a un hombre cuál era el vapor que salía para La Palma y me indicó el primero que le vino a mano.

Me acomodo a bordo, en un rincón de tercera clase, sin que nadie me pidiera el billete; ¡ojalá me lo hubiesen pedido!

Al cabo de dos horas de la salida, me encamino sobre cubierta, con ánimo de aspirar los aires marinos y tras alguna cara conocida, tras algún paisano con quien charlar y mi asombro no reconoció límites cuando me fijo que en los botes salvavidas resaltaba el nombre del glorioso historiador de Canarias.

Me violenté conmigo mismo, protesté en mi fuero interno de haber preguntado por el vapor que salía para La Palma a un cateto que de ello sabía como yo.

Me resigné a ir a Lanzarote; ¿qué remedio me quedaba?

Fuíme a dormir y, al amanecer, me levanté, contemplando las resacas montañas de Fuerteventura y ante la tristeza del ambiente, contagiéme de melancolía, de honda pena.

Fondeó el barco en Gran Tarajal; espléndida bahía; amplio puerto de quietas y tranquilas aguas.

Al borde de la playa, extensa y arenosa, se levanta un caserío y de un edificio descuella la bandera nacional, semejando el poblado una factoría en la que se destacara el edificio militar flameando la enseña patria.

Unas dos horas de operaciones en aquel puerto, el principal de Fuerteventura, y el barco levó anclas con rumbo a Puerto Cabras, a donde llegamos al cabo de dos horas y media y, nueva espera, hasta seguir a Arrecife.

Desde el mar, Puerto de Cabras semeja una población de primer orden, asentada en una pendiente; sus blancas casas y las sombras de palmeras y tarahales le dan un aspecto de regular urbe provinciana.

Saltamos a tierra y... nos decepcionamos.

No es por dentro lo que suponíamos.

Arribamos a un comercio de tejidos y ultramarinos—

nios dicen es el mejor de la ciudad—y pasamos allí más de una hora oyendo las ponderaciones que un señor—el dueño del establecimiento—hacía a los presentes de la grandeza de Puerto Cabras; nos hablaba de la posesión de una serie interminable de organismos insulares, enumerando desde la Delegación de Gobierno hasta el alguacil del Juzgado; hablaba con tal calor que se quedaba uno en dudas de si sería verdad lo que decía.

Pero cuando habló del movimiento de sus calles y compararlo poco menos que con la calle de Triana, caímos en la cuenta de que aquel buen señor no estaba en sus cabales y era o un chiflado o un embustero, porque, en aquel preciso momento, por la empinada y larga calle principal, solo se veían tres cabras, dos camellos y cuatro ciudadanos.

Al llegar a una tienda que está a la izquierda, entrando al muelle, nos dijeron que aquel buen señor tenía la monomanía de grandezas como otro allegado suyo la tenía por las musas, aunque las musas no le eran nada pródigas.

Un modestísimo almuerzo en una tienda o *chinchel* y, otra vez a bordo.

A las tres horas de nuestra salida estábamos en Arrecife.

El muelle se hallaba abarrotado de gente que iba a recibir a algún pariente.

Desembarco, y solo con mis tristezas y penurias, sin que nadie remediara mis males, sin una mano amiga que estrechar, me encamino a la ciudad.

Extenso muelle el que hay que desandar, tan extenso que se cansa uno de caminar, un muelle digno de un puerto de primer orden; muelle que implica un padrinzago de gran abolengo de alcurnia política, como cabía esperar del gran patricio lanzaroteño D. José Betancort Cabrera, cuyo pseudónimo de *Angel Guerra* pasea orgulloso por el amplio mundo de las Letras la autoridad literaria de uno de los príncipes de los periodistas de España.

Llego a la población, y consciente de que solo me quedaban unos céntimos, noventa, se agranda mi desgracia; por todas partes, alegría, bullicio, regocijo, mientras yo su-

mido en la más aguda pobreza, resaltando más con ello mi trágica situación.

Ni corto ni perezoso me encaminé a un café situado a la entrada de la población donde un grupo de militares y caballeros discutían del tema candente, la guerra europea; les expongo mi situación, partiendo de la equivocación del vapor; me escucharon con atención, y cuando terminé mi relato, se destaca del grupo uno de ellos quién me pide detalles de La Palma, del pueblo de San Pedro, de mi familia, y venimos a la conclusión de que aquel señor era un paisano, de mi mismo pueblo y que conocía a mi familia.

Al instante hace una colecta y me pone en las manos quince pesetas, producto de aquella, a la vez que me dice que le acompañe.

Me conduce a la mejor fonda de la ciudad y abona mi hospedaje por quince días diciéndome que sus negocios le obligaban a ausentarse, por dos semanas, a la Costa de África y que al regreso me acompañaría hasta Las Palmas.

Hay un proverbio que dice que Dios según dá la llaga dá el remedio; soy yo el mejor testigo de esa sentencia popular, pues siempre en los momentos más decisivos de mi existencia, en medio de los más crudos sinsabores, he recibido como aglutinante el oportuno remedio.

Durante dos semanas me pasé la vida de un turista; escudriñé por todas partes, viajé por el interior; vi las Montañas del Fuego, fenómenos únicos; los prolíficos viñedos de Tinajo; los pintorescos paisajes de Haría y el Río; saboreé la quietud conventual de la castellana Teguiuse; conocí en fin, toda la isla y saqué la impresión de que su riqueza es hija de la laboriosidad de sus hijos, tenaces, emprendedores que, por la Tierra y por el Mar, compensan la penuria de aguas pluviales, radicando en este fastuoso puerto de Arrecife la más importante flota pesquera del Archipiélago.

Regresado que hubo mi buen paisano a Arrecife, bríndome con una excursión hasta Yaiza, admirando, en ese viaje, el portento de agricultura de los lanzaroteños que a todo sacan partido y luchan, venciendo, con tenacidad, la inclemente naturaleza.

Al siguiente día embarcamos en el vapor "Palma" y

después de una feliz travesía, en la que mi paisano continuó deshaciéndose en atenciones, desde el pago del pasaje a la comida a bordo, desandamos los mismos puertos de Fuer-teventura; no salté a tierra en Puerto de Cabras, pero sí husmeé desde a bordo el movimiento (¿?) de sus calles, sin que vislumbrara esas aglomeraciones de boulevard que fueran la pesadilla de aquel buen señor que, a la ida, nos presentara, en la principal calle, tres cabras, dos camellos y cuatro personas.

Al amanecer del día siguiente el "Palma" entró en las dormidas aguas del Puerto de la Luz y saltamos a tierra; allí se despidió mi excelente paisano y no queriendo dar tregua a su generosidad aún puso en mis manos un billete de veinticinco pesetas.

No sabe él cuan grande ha sido mi agradecimiento a las atenciones de orden social y económico que para conmigo tuviera.

Llego a San Lázaro y a las preguntas que me hicieron contesto que he estado cazando pájaros, por los campos.

Me incorporo a mis compañeros y paso unos días saboreando las impresiones de mi inesperado viaje a las Islas Orientales, pasándome las horas contándole a mis compañeros cuanto había visto y cosa rara, que demuestra nuestra mutua hermandad, fundida en el común infortunio, mis correrías, mis escapatorias permanecían en el mayor secreto, nadie decía nada; yo hacía confianza en ellos y ellos correspondían a esta confianza.

Para los Directores del Establecimiento estas correrías no eran sino pequeñas calaveradas que siempre yo justificaba y ellos creían como una excursión al campo a cazar pájaros; al preguntarme donde dejaba los pájaros decía que los había vendido a los cambulloneros.

Esto, a veces, traía sus inconvenientes, pues algunos me hacían con dinero y me costaba sudores sacudirme de algún *sablazo*.

En esta ocasión me encontré con un nuevo compañero; un nuevo *huésped* que, a través de nuestra existencia se hizo célebre; el nuevo enfermo que decía ser de *la pila de Telde*, apenas daba señales de la enfermedad; era alto,

apuesto, lampiño, dicharachero, ocurrente; se llamaba, y se llama Cruz y, desde un principio, se dió tales artes que, en cuanto emprendía con razón o sin ella salía ganando a costa del prójimo.

Sostenía grandes peleas porque quería que se le aplicara el calificativo de *Terrible*, el *Terrible Cruz*, decía él.

Claro que eso de terrible, más que a él encajaba a un enorme cuchillo canario que siempre llevaba en la cintura, con cuyo bagaje se comía los *niños crudos*, sin perjuicio, a pesar del cuchillo, de que, en momentos de apuro, fuera él el primero en poner los pies en polvorosa.

La habitual calma y monotonía del Hospital, vióse turbada por un acontecimiento trágico que pudo haber costado innumerables víctimas.

Era una noche de Octubre; todos dormíamos, o mejor, dormían aquellos a quienes sus dolores no se lo impedían.

A eso de las tres de la madrugada, cuando alguien dió la voz de alarma y percibimos, con horror, un fuerte olor a tea quemada, nos levantamos instantáneamente, abrimos las puertas que comunicaban con la galería y una densa humareda invadió las habitaciones donde dormíamos; las galerías hallábanse cerradas y la plena certidumbre de un incendio, con todas las características de una lucha trágica por salvarnos, se apoderó de nosotros.

Veinticinco hombres nos hallábamos en aquellos dormitorios, unos ciegos, otros cojos, casi todos imposibilitados para huir del incendio que se nos venía encima; corríamos locos en todas direcciones, buscando una salida para no morir abrasados; por todas partes oíamos gritos, lamentos, imprecaciones; una horrible confusión y, mientras tanto, las llamas avanzaban impetuosas, arrolladoras, por la parte del Naciente.

Ya llevábamos media hora pidiendo socorro, sin que nadie nos socorriese. De los departamentos contiguos oíamos también gritos estentóreos, angustiosos, de los pobres dementes que, en aquel momento supremo, buscaban también una salida.

Echamos al vuelo las campanas de la iglesia y, al fin,

en los departamentos de la Hermanas de la Caridad se dieron cuenta de la tragedia y corren en nuestro socorro, abriendo las puertas.

Todos salimos presurosos y, lo que es el espíritu de conservación, de todos nosotros, los que primero se pusieron en salvo, por sus propios medios, un compañero ciego y loco; otro ciego y un anciano.

Cada cual echó mano de sus ropas y de su cajita o arquilla.

Tres mujeres que dormían en una habitación, ya cerca por el fuego, antes de morir carbonizadas, se arrojaron por una ventana y, no obstante la altura respetable, no sufrieron el más ligero daño.

Cuando llegamos a la calle, el público que la llenaba nos acogió con las mayores muestras de cariño y compasión, siendo numerosas las personas que tenían sus ojos arrasados en lágrimas; así es el pueblo canario al que no aventaja ningún otro en sentimientos humanitarios.

Aquel público se lanzó dentro del edificio en llamas, al darse cuenta de que dentro había más de un centenar de locos a los que había que salvar, para lo cual hacían esfuerzos los empleados del Establecimiento y las Hermanas de la Caridad y, gracias a la ayuda de aquel público bueno, generoso, no pereció la mitad de los dementes, teniendo solo que lamentar la muerte de uno de los tres heridos que resultaron.

Reunidos los locos y elefanciacos en la Plaza de Santo Domingo, en medio de aquel tristísimo cuadro de dolor, era sintomático, expresivo, vernos reunidos, por una desgracia, con el pueblo, con el pueblo en que se hallaban mezcladas todas las clases sociales.

La Iglesia de Santo Domingo, adosada al Hospital siniestrado, fué desalojada.

De la Iglesia de San Lázaro, bella, preciosa, no quedó nada; por ella se decía que empezó el fuego.

Fué un agudo dolor para mi alma de creyente que nuestra Iglesia fuera destruída, aquella Iglesia que considerábamos como cosa propia y con la cual nos hallábamos tan encariñados.

El servicio de incendios funcionaba de una manera deficiente, lo que suplióse con improbables trabajos de las Autoridades que rivalizaban en diligencia y solicitud, desde el Gobernador civil al último guardia urbano; gracias al arrojo de los que se lanzaron dentro del edificio en llamas no ardió la Iglesia de Santo Domingo y todo el Hospital de San Lázaro.

En medio de la confusión horrible de aquellos imborrables momentos se gravó en lo más hondo de mi espíritu la escena desarrollada al salir, en sus andas, la Virgen del Rosario, que el día antes había salido en procesión; el público como movido por un resorte cayó de rodillas y prorrumpió en espontáneos y fervorosos vivas a la Virgen del Rosario.

Cuadro sublime de fé y amor a su Patrona el realizado por aquel público heterogéneo, donde hasta los que pasaban por descreídos se humillaron instintivamente ante la Virgen.

Y pasó aquella noche dantesca; a las nueve de la mañana todo había terminado. Fuimos conducidos al Hospital de San Martín, donde nos dieron de comer y, por la tarde, regresamos a San Lázaro, pues nuestros departamentos se habían salvado, en parte, del fuego devorador.

Reintegrados a San Lázaro, presa aún de la enorme impresión que el incendio nos produjera y en el que estuvimos a punto de perecer, como desconocíamos las causas que lo produjeron, vivíamos recelosos.

Mi sueño era una pesadilla permanente; por todas partes veía humo, fuego, gritos, lamentos.

Las primeras noches se hacía guardia permanente, en evitación de que la desgracia se repitiera.

Se forjaron mil fantasías a la sombra del incendio; que si un corta-circuito; que si la pavesa de un cigarrillo; que si intencional; lo cierto es que, como la mayoría de los incendios, las causas permanecen en el misterio.

Desde esa fecha luctuosa vivíamos con nuevas agravantes, agregadas a las permanentes de nuestra enfermedad; la obligada estrechez de antes, agrandada por las dependencias que habían sido pasto de las llamas.

Menos mal que esta nueva dificultad iba a tener inmediato remedio; allá en las alturas, en Tafira, frente al mar Atlántico, se estaba dando fin a un Hospital para, con carácter de regional, albergar a todos los elefanciacos del Archipiélago.

Esto del carácter regional del Establecimiento me sugiere una consideración que no quiero pasar por alto, y es ésta: Cuando de Las Palmas o Tenerife se trataba de segregar algún organismo provincial, las respectivas islas ponían el grito en el Cielo; la protesta surgía unánime, airada, amenazadora; no había nada ni nadie que sirviera de se-

dante para unir a unas islas que la Naturaleza había hecho hermanas; más, ante este hecho, no se levantó la menor protesta.

¿La naturaleza de nuestra enfermedad? ¿La iniciación de una era de concordia, de fraternidad interinsular?

Yo no lo sé, pero narro el hecho, como sintomático de algo raro en los anales de las luchas seculares entre las dos grandes islas del Archipiélago.

Como no estaban ultimados los detalles del nuevo Hospital Regional hubimos de permanecer en el viejo y desartado caserón de San Lázaro un año más; durante ese tiempo, ningún hecho extraordinario turbó la habitual calma del Hospital.

En el mes de Febrero del último año que pasamos en aquella casa nos visitó una comisión del Excmo. Cabildo Insular; convivió con nosotros un día de Carnaval; nos dió una comida extraordinaria y... comió con nosotros y corrió, como se suele decir, la tuna con nosotros; primera vez que tal ocurría, en esto de la convivencia con los lazarinos.

Hecho extraordinario, pues se daba el caso de que las autoridades de los centros benéficos, siempre huían de nosotros, como de apestados; nos considerábamos por unas horas en el concierto social de las gentes; palpamos la realidad de un régimen en el que los ciudadanos son iguales ante la Ley.

No saben aquellos excelentes señores cuanto les agradecemos su visita y convivencia.

En esa visita nos anunciaron que para el mes siguiente seríamos trasladados a Tafira, al nuevo Hospital Regional y, desde entonces, las horas se nos parecían más largas, tal era nuestra impaciencia por salir de las lobregues en que morábamos, desde el incendio del Hospital.

Ya se insinuaban los preparativos para el traslado; irían con nosotros seis Hermanas de las que se hallaban en San Lázaro; de Superiora iría Sor Josefa Inza, religiosa que había convivido con los enfermos por espacio de veinticinco años.

Ya iban a tener un alivio los constantes tormentos y torturas a que nos obligaba la estancia en San Lázaro, don-

de vivíamos almacenados, materialmente enjaulados y, a pesar de haber dejado en el tétrico Hospital los mejores años de mi juventud y ver en un inmediata lontananza merma en mis padeceres, lo que traía la alegría a nuestros espíritus era el traslado a otro Hospital más amplio, más saneado; era, para todos nosotros, esta idea del traslado una alegría infantil.

Esa alegría, ese regocijo se vió nublado, para mí, por la muerte de un amigo entrañable, del único amigo, a quien durante toda mi desgraciada enfermedad, podía llamar tal.

Un amigo fraternal, palmero, que compartiera conmigo su infancia y que, después, no me abandonó, no me despreció, no huyó de mí al ver en mi rostro las señales fatídicas de mi enfermedad.

Era él quien frecuentemente me socorría y periódicamente me escribía.

Unos meses antes, al pasar por Las Palmas, se despedía de mí, sin pensar él ni yo que sería la última despedida.

Marchaba al Africa a donde le llevaban sus negocios.

Su salud era precaria; siempre había sido enfermizo, imponiéndose a su naturaleza raquítica su espíritu emprendedor e inmenso.

Y Africa lo inmoló; cerca del Sahara, de ese desierto, ancho pabellón de tristeza que, limitado sólo por el cielo azul, forma una unidad macabra, triste, plomiza, donde el espíritu respira melancolía, envuelta en jable, halló su tumba.

Un accidente automovilista, en un lugar deshabitado, sin medios de socorro, sin las solicitudes de la civilización, se lo llevó para siempre y, allí, en aquella tierra africana, extensa necrópolis de tantos compatriotas nuestros, halló su tumba el amigo bueno, leal, sincero, espléndido.

Tristísima, imponderable impresión, fué aquella que me produjo su muerte y, a través del tiempo, lejos de atenuarse,

de amenguarse, acude en todo momento, a mi memoria, con su cortejo de tragedia.

Yo le veo, con mi imaginación, tendido, desangrándose, al borde de una primitiva carretera africana, sin auxilios materiales ni morales; los primeros llegaron tarde, los segundos no existían, pero cabe esperar que su alma, rica en espiritualidad, su persona en la que siempre prendió la bondad, al volar a las regiones del espíritu, empezó a gozar de las dulcedumbres de la Gloria; si a eso contribuyen mis modestos recuerdos y oraciones que, a su memoria, desgrano diariamente, tendremos la certeza de su gozar eterno.

Desde hacía tres meses, se estaba anunciando nuestro traslado al Hospital que, bien por su novedad, bien por afán de agrandar su denominación, intitularon Leprosería, cuando debió haberse seguido llamando Hospital de San Lázaro, el traslado no se verificaba y, aún no se hubiera hecho sin la visita de una comisión de médicos franceses que hacían un crucero científico-turístico.

En el programa de agasajos y excursiones puso alguien la visita a la Leprosería y, para que no la encontraran sin enfermos, precipitadamente, de la noche a la mañana se preparó nuestro traslado, contribuyendo, en sumo grado a ello, la solicitud y los afanes del entonces Presidente del Cabildo Insular don José Quevedo Gallardo, que apresuró los trámites para la adquisición del mobiliario indispensable, todo nuevo, flamante.

Y llegó el día; una mañana de Marzo del año 1932, nos acomodamos en dos ómnibus de la Compañía de Santa Brígida, cedidos gratuitamente por ésta, y emprendimos la marcha hacia el Centro.

A los treinta minutos traspasábamos los umbrales de la Leprosería y tomamos posesión de nuestra casa.

El Presidente del Cabildo don Paco García, hombre demócrata, al cual debemos muchísimas mejoras en el orden de nuestra alimentación y bienestar, nos dijo: «Muchachos, todo esto es de ustedes».

Ese *todo esto* era la finca que circunda el Hospital, en la que abundan los viñedos y frutales de todas clases.

Para hacer efectiva esa frase, varios enfermos se *posionaron*, desde el primer día, de unos nísperos, cuya dorada fruta se convidaba sola y, aquí fué Troya, porque tuvieron que sostener unas escaramuzas con el guardián del Establecimiento, quien, alegando derechos de prelación sobre los árboles y aprovechamiento de la finca, quería interponerse.

En el andar de los meses, la invocación, solo invocación porque no llegó a efectividad, valióle algo más que una escaramuza; tanto que, espontáneamente, renunció a hipotéticos derechos.

El primer día lo pasamos distraídamente, recorriendo todas las dependencias del Hospital y los linderos de la finca.

El edificio responde a las modernas orientaciones médicas, aunque adolece de muy reducido para tantos enfermos como las islas todas van volcando en él.

La Iglesia es amplia, preciosa, típicamente canaria, admiración de cuantos la contemplan, siendo una lástima que hayan embadurnado de colorado las paredes del altar mayor.

Al día siguiente recibimos la visita de los médicos franceses, a quienes acompañaba lo más selecto de los facultativos de Las Palmas, con nuestro Director al frente.

Recorrieron precipitadamente el Hospital, sacaron unas fotografías de los enfermos, dijeron unas cuantas cosas, para sí, porque nosotros no los entendíamos y... se marcharon.

Uno de los inconvenientes que hemos encontrado en el nuevo Hospital ha sido el clima; el frío que se siente en estas alturas la mayoría de los meses del año, hace que los más fuertes y saludables busquen el calor del interior, huyendo de la intemperie casi todas las horas del día y todas las de la noche.

La amplitud de la finca y el derecho de propiedad que, sobre ella, nos diera, el primer día, el Presidente del Cabildo hizo que casi todos los enfermos se convirtieran en agricultores, dedicándose a las faenas de la tierra con un afán digno de mejor causa; quien se hizo con una cabra,

quien con un cordero, quien con un becerro, quien con un burro; lo cierto es que en pocos días, se levantaron tras el edificio infinidad de chozas para cobijo de tantos animales.

Y estos menesteres servían de entretenimiento en medio de la soledad del lugar y hacían más aceleradas las interminables horas del día.

La estancia de tales animales dió lugar a mil pequeños líos; órdenes de quitarlos, contraórdenes para que se dejaran, limitación del número, etc., etc., todo lo cual llenaba de congojas a los que habían invertido sus *capitales* en la adquisición de tales animales.

Claro, esto no concordaba con la creencia que teníamos de que la finca fué adquirida para entretenimiento y recreo de los enfermos.

Por ésta y otras causas, la tradicional disciplina se sintió un poco.

Creo que más bien influyó mucho los enfermos venidos más tarde, que no habían convivido en el antiguo Hospital de San Lázaro y no estaban hechos a aquel régimen de murallas y llaves, como los que habíamos estado allí muchos años y estábamos ya hechos a un régimen en el que cualquier desmán real o hipotético era reprimido al instante, pues las sanciones eran inmediatas; bastaba cerrar las puertas de nuestros departamentos y ya éramos impotentes.

No así aquí, pues la causa ya dicha, la falta de costumbre en los más y la libertad de que aquí se gozaba y se goza, unido a la exacerbación de ánimos al fenecer la monarquía, a más de la constante lectura de periódicos de todas las tendencias e ideologías, el mayor coeficiente de cultura de los enfermos venidos de las islas, lo cierto es que todo ello repercutía en nosotros, no en el grado e intensidad de los demás Hospitales de la Península, pero sí algo distinto que de San Lázaro, sin que se llegara a nada grave, lo cierto es que los animales no se quitaban, más bien algunos enfermos, como el *Terrible Cruz*, ponían más que, luego, una vez criados, vendían y volvían a comprar para criar de nuevo y así ha continuado hasta hoy.

Se echa de menos una organización, un orden en el

entretenimiento de la finca, sobre todo, en el aspecto técnico.

Por lo demás, no toda la finca es aprovechada por los enfermos: las Hermanas de la Caridad cultivan buena parte de ella, en la que recogen coles, lechugas y toda clase de hortalizas, para lo cual el Cabildo Insular no regatea el agua necesaria.

Dentro de ese plan se desliza nuestra vida que a fuerza de ser siempre la misma, se hace monótona, triste.

En el orden de las ideas predominan entre los enfermos, las de carácter democrático; tienen en cuenta y precisan siempre que nuestro mejoramiento ha venido después de la caída de la monarquía; también ha influido el contacto con la mayoría de los enfermos que han venido después que estamos en Tafira, los cuales han traído de fuera esas palpitaciones, ese espíritu de clase, que tanto se ha ido arraigando en las clases menesterosas; esto y lo que decía antes, la lectura de todo lo habido y por haber al compás de una libertad de que no gozamos en Las Palmas, donde hasta las cartas se veían sometidas a la más rigurosa censura, justifican los hechos.

Hubo en una ocasión, una especie de plante o huelga del hambre, que la intervención del Director e Inspector Provincial de Sanidad resolvieron, con el acierto y tacto que sabe poner en su actuación, siempre diáfana, plausible, humana.

En aquel plante estudiado y convenido por todos, fué uno de los principales promotores el *Terrible Cruz*, que hacía propaganda, entre todos, para que nadie comiera *durante seis meses*, pero, sin embargo, él, el *Terrible*, a la escondida, se pertrechaba de toda clase de alimentos; por eso pedía seis meses de huelga del hambre, para él disfrutar de una respetable sobrealimentación.

Esto no podría decirlo si vislumbrara que él iba a enterarse, pero puedo estar tranquilo, porque ahora se halla embebido estudiando, dice él, un invento, por el que él solo se basta para trasladar en dos horas a Melenara, el nuevo muelle del Puerto de la Luz.

Salvo pequeñas incidencias, características de todo establecimiento público, no hay que lamentar, en este Hospital, ningún desorden ni trastorno mayores.

Es verdad que ha habido quejas y discordias, pero no han llegado ni con mucho, a las revueltas y desquiciamiento de la disciplina de otros Hospitales de la Península, desde que el desconcierto de los espíritus se adueñó de todos al amparo de una libertad pródigamente dada y abusivamente empleada.

Parte principal, acaso razón única de esta excepción, ha sido el Médico-Director Don Francisco de Armas Medina uno de los facultativos de mayor fuste de la Provincia, verdadera autoridad en la especialidad a que le obliga nuestra enfermedad.

Diariamente nos visita; y si bien el régimen terapéutico es el general que se emplea en todos los Hospitales de esta índole, holgando, por tanto, la periodicidad de sus visitas, él viene diariamente y diariamente diluye en nuestras almas una medicina más eficaz que la otra; esa medicina del espíritu, que nos alienta, nos tonifica; siente con nosotros, tolera paciente nuestras impertinencias, justifica nuestras faltas y más que un superior legalista y altanero es para nosotros un padre y cuando las circunstancias le obligan a tomar alguna medida represiva lo hace en un grado mínimo y por mínimo tiempo; por eso, detrás del imprescindible castigo no deja el reguero de odios del tirano, sino la simpatía del propio delincuente; así vemos que la celda de castigo, úni-

ca que existe y que se prepara contra su voluntad, en tres años que aquí llevamos, no ha sido ocupada veinte días.

Le agrada que le expongamos nuestras quejas y sufre, yo sé que sufre, cuando por extrañas circunstancias, no puede atenderlas, pero siempre lo intenta y casi siempre vence en su empeño, aún, a veces arrojando las iras mal contenidas de quienes nos atacan porque no nos comprenden, y porque no nos comprenden nos descalifican, juzgando la conducta de todos por la de uno o dos.

Conste, lo digo muy alto, por él, solo por el Médico-Director, no se han insurreccionado, con razón o sin ella; yo no me meto a hacer averiguaciones de lo justo o injusto de tales alzamientos ni los comparto, los enfermos en estos tiempos de predisposición para ello.

Todo el que me conoce sabe que soy testimonio de mayor excepción en cuanto respecta a hacer una semblanza de la personalidad destacadísima de don Francisco de Armas, pudiendo aplicarle incrementados los calificativos que se acarrió la actuación de su antecesor de benemérito don Vicente Ruano. Reciba el caritativo médico el testimonio más ferviente de mi gratitud y admiración más grande.

En ese plan de medicamentos espirituales de que nos da buena razón el Médico-Director, es también eje cardinal el capellán del Establecimiento don Miguel Rodríguez Tejera, que, en ese aspecto y de una manera insustituible nos atiende, desde que moramos en el Hospital.

De una manera práctica, sin fomentaciones de santurroneñas farisáicas, nos orienta siempre por los caminos de la moralidad; es un sacerdote bueno, inteligente, activo, democrático, que se desvive en todo momento por nuestro bienestar, aún arrojando las iras de quienes quisieran más que no existiéramos.

Sin coaccionar nuestras voluntades, valiéndose de la persuasión, nos lleva a la Iglesia; impregna en nuestros espíritus, a veces desesperados, rucios de conformidad y en compensación a sus desvelos por nosotros, se ha logrado se suavicen los extremismos que, de una manera alarmante, empezaban a germinar en el Establecimiento.

Sus recomendaciones a la sensatez, a la prudencia, en-

vueltas en forma amena, como él sabe hacerlo, constituyen para nosotros un mandato y sería un agudo problema de casi insoluble solución que, por cualquier circunstancia nos abandonara, pues es insustituible. Por él en este Hospital no ha habido relajamiento de costumbres, ni se ha atenuado la fé, logrando con su proceder y caritativo atraer enfermos indiferentes y refractarios de toda tendencia religiosa.

No podemos pagar nunca los desvelos constantes que, desde el primer día de nuestra estancia en esta casa, ha tenido, de una manera ininterrumpida, para con nosotros, sólo podemos corresponder en la forma en que lo hacemos; respetándole y venerándole como a uno de los pocos que, de manera caritativa, nos comprenden y atienden en todo.

Son también elementos directos, necesarios, de una necesidad ineludible para nosotros, los practicantes.

Son seres abnegados que, en su profesión, ponen mucho de apostolado.

Son estos don Francisco Moreno y don Francisco López, quienes, día tras día, sin interrupción alguna, conviven con nosotros durante la mañana, empleando todo ese tiempo en curar nuestras llagas; sufren mientras nos hacen las curas, todas nuestras impertinencias.

Nos conocen, a fondo; saben distinguir nuestra psicología y encuentran siempre medios de consuelo para nosotros.

No se puede compensar, con dinero, la labor de estos dos benéritos ciudadanos que traen diariamente, en sus manos hábiles, unos respiros, un alivio en nuestra ascendente marcha de sufrimientos hacia la muerte.

Correspondemos siempre a sus desvelos con nuestro respeto y simpatía.

El ambiente de este Hospital es triste, sombrío; el lugar de su emplazamiento es solitario, no obstante hallarse a dos kilómetros de Tafira Alta, lugar donde veranean los adinerados de la capital.

La mayoría de las horas se nos hacen interminables; nada atenúa nuestro aburrimiento.

Sólo de tarde en tarde pasamos unas horas de solaz esparcimiento al actuar en este Establecimiento, la benemérita rondalla «La Lira» que se desplaza de Las Palmas y trae a estos contornos la alegría del vivir, olvidándonos por unas horas de nuestro infortunio, de nuestra enfermedad.

Atentos, deferentes, caballerosos, los componentes de la citada agrupación se desviven por agradarnos y desgranar, por estos lugares de dolor, raudales de armonías, poniendo a contribución toda su capacidad y entusiasmo en esos soberbios conciertos que dejan en silencio al más exigente crítico.

Son estas visitas como un alto en el camino de nuestro sufrimiento y son como algo nuestro las excelentes personas que componen la Rondalla, esa admirable institución de aficionados que, robando tiempo al descanso, han puesto tan alto el nombre de la isla al desentrañar de las sombras del olvido la música netamente canaria, haciendo, con ello, honor, la competencia del inteligentísimo compositor don Francisco del Rosario.

Estos conciertos tienen también su parte cómica a cargo, como no, del nunca bastante ponderado Cruz, que acompaña la música con piruetas y contorsiones, tanto más si antes ha libado cierto vino dulce de los Lagares.

El día de los Inocentes es también memorable en este Hospital y otro parentésis de nuestras cotidianas penas.

Ese día, un grupo de señoras de la buena sociedad de Las Palmas sufraga una comida extraordinaria a todos los enfermos, comida que sirven ellas mismas y por lo que siempre se llevan el reconocimiento más explícito e intenso de nuestra gratitud, pesando nosotros, como se debe, ese rasgo de generosidad y caridad cristiana.

Claro que no todas, pero sí la mayoría, lo hacen por espíritu cristiano.

Tengo en esto mis ideas propias, fruto de la observación, de la experiencia y estaré equivocado, pero no es obstáculo para que piense, a veces, cuando veo a algunas damiselas de uñas pintadas y labios recargados de colorete, tomar los platos para servirnos con las puntas de los dedos y algo de terror retratado en el semblante, que tales señoritas debieran quedarse en sus casas y nos ahorrarían el mal rato que nos ocasionan sus estúpidos escrúpulos, a la par que se ahorrarían ellas lo que se gastan, en varios días, en desinfectarse.

Creo que no ocasionará ninguna ofensa este pequeño desahogo que me permito en aras de la sinceridad que tengo por norma en todos mis actos y de la realidad que informa este modestísimo trabajo y si a ofensa se tomare, aunque sea remotamente, dese por no hecho este comentario que, repito, se refiere a dos o tres jóvenes que acompañan a las buenísimas señoras.

Un detalle de ese día y que no puedo menos de reprobar es que a los enfermos se les dé vino en abundancia, teniendo en cuenta que el vino, como toda bebida alcohólica es algo muy contrapuesto a nuestra enfermedad y un violento retroceso en el estacionamiento o alivio del mal que padecemos y cuyas consecuencias se palpan luego por una larga temporada.

Y conste que a mi también me gusta el vino, pero que consciente de lo pernicioso que nos es, me abstengo de su uso y miro apenado a aquellos compañeros que, aunque sea una sola vez al año, se cojen esas monumentales borracheras que degradan y perjudican nuestro atrofiado organismo.

A los dos años de residir en este Hospital, empezó nuevamente a dominarme el afán de ver mi tierra, de aspirar los aires palmeros, de embriagarme de mi tierra.

Pero... los recursos eran nulos y los medios para allegarlos también nulos; la demanda de canarios y de jaulas que constituían nuestra única entrada, decreció tanto que ya no constituía negocio dedicarse a la cría de tales aves, pues, al no tener venta, su sostenimiento era para nosotros una carga insostenible.

A pesar de ello, seguía rebullendo en mí, más que nunca, la idea de ir a La Palma.

Más ¿cómo?

Después de pensar en mil medios, que siempre me fracasaban, sin grandes esperanzas de que se me atendiera, acudí al Cabildo de La Palma, con el informe favorable de nuestro médico-director y me sorprendí cuando se me contesta que aquella Corporación me concedía doscientas pesetas para el viaje.

Hice idéntica petición al Cabildo de Gran Canaria y también respondió generosamente dándome cien pesetas.

Una alegría infantil inundó mi espíritu.

Iba a volver a ver mi tierra, mi isla idolatrada.

No saben las corporaciones aludidas cuanto bien hicieron a un pobre enfermo desheredado de la fortuna.

Y tomando el barco, me encaminé a la paradisiaca isla de La Palma.

Es imposible describir la impresión que recibí al pisar

de nuevo tierra palmera, después de una ausencia de veinte años.

Y que coincidencia, el segundo día de mi estancia en la capital de la isla, pude contemplar al pueblo llevando sobre artísticas andas a la virgen del Carmen, reina de los desamparados.

Era de ver como aquellos hombres forzudos, curtidos por el sol de los mares, trataban a porfía de rendir vasallaje a la Patrona excelsa de los marinos; en Ella convergían todas las miradas, con la misma veneración, con el mismo respeto, con la misma confianza que en aquellas horas amargas de desesperación, de tempestad, en ese instante trágico en que las olas hacían juguete de sus furias a la frágil barquilla y que esa misma barquilla, roto el timón, sin gobierno, camina sin rumbo a través del mar inmenso.

Aquel pueblo que, no obstante los extremismos de orden religioso que de fuera le llevaran, conserva la fé de nuestros mayores y en los momentos solemnes como este, tiene el valor suficiente para dar la cara y confesar públicamente su fé, su devoción fervorosa a la virgen del Carmen, como de una manera apoteósica lo pregona en las fiestas lustrales a la virgen incomparable, única, de las Nieves, a la que cada palmero levanta en su corazón un altar.

Jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, elemento oficial, aunque no oficialmente, sino confundido con la abigarrada multitud, abrían paso a la virgen del Carmen, destacándose los más ancianos, aquellos que acaso en la noche oscura y tormentosa, cuando su lancha iba a ser pasto de las huracanadas olas la invocaron y sintieron, en esa hora culminante, que la virgen apaciguaba las olas y les ponía en lugar seguro.

Las madres la invocaban, pidiendo amparo para los seres queridos, para sus hijos que tras el pan cotidiano, se batían con las aguas enfurecidas.

Todos rendían pletiesía a la virgen del Carmen.

Y qué momentos de aguda emoción aquellos, los más fuertes de mi existencia en este viaje a mi tierra, en que yo viera entrar a la virgen procesionalmente en el mar y que

el mar le rindiera con melodías de arrullos, como la celestial languidez del Sirino que, nuestro típico baile, su peremne canción y verla luego salir del mar, en la penumbra del tibio atardecer, iluminado el espacio por centenares de bengalas y más que todo el aparato exterior, ver los rostros llenos de fé... hasta en los más calificados de ateos y descreídos.

Bien, soberanamente bien, por el gran pueblo palmero.

Después de recorrer la población, rememorando tiempos de mi niñez, siempre acompañado de un excelente amigo de la infancia, me fui a mi pueblo.

Nadie me esperaba, nadie tenía tampoco porque esperar, no contaba allí con ningún pariente próximo, sólo me esperaba allí un cúmulo de recuerdos, de tristezas, de desventuras que, veinte años de ausencia, no habían podido borrar.

Como revivían en mi interior los recuerdo de la infancia; no habían pasado los años; cuatro lustros y me parecía que fué ayer cuando mi vida se rompió, cuando desamparado, pobre, huérfano, emprendí la ruta del mundo más allá de los horizontes insulares.

Contemplé nuevamente aquellas cumbres imponentes, erguidas, desafiantes, por las que bajaban raudas a fertilizar las llanuras las aguas cristalinas y puras.

Desde aquella montaña de las Breñas, dominadora de tres pueblos, poblada de pinos milenarios, escruté los horizontes y mi alma se inundó de patricio orgullo y proclamé a mi tierra la tierra de Dios.

Tuve ese desahogo de amor al terruño, esa espontaneidad para con la patria chica a la que tanto se ama y mucho, mucho más, si se es palmero.

Los antiguos conocidos me atendían con solicitud, ahora no se mostraban huraños temerosos ante un enfermo elefanciaco; claro que no tenían porque, pues mi salvoconducto, expedido por el médico-director, me acredita y me acredita como enfermo no contagioso y que puede por tanto convivir socialmente con los demás.

Después de una semana de estancia en mi tierra, que me proporcionó los más encontrados sentimientos, satisfe

cho de haber visto cumplido lo que era para mí una aspiración trascendental, retorné a Las Palmas, a la ciudad cosmopolita, moderna, pulcra, acogedora, agregándome a mis compañeros de desgracia.

¿Sería esta mi última salida más allá del mar?

Quien sabe.

Sigamos esperando que eso es la vida; una serie de eslabones engarzados en desdichas y satisfacciones momentáneas, reforzadas por la esperanza.

Una tarde displicente de Noviembre del año 33, nos vimos gratísimamente sorprendidos por una inesperada visita.

Don José Franchy y Roca, el apóstol de la democracia canaria, el alentador de las conciencias dormidas de Gran Canaria en la época de mayor auge del caciquismo isleño; el hombre bueno, cabal, honrado, austero; el defensor de los oprimidos, el más aventajado discípulo del más grande Maestro, Pi y Margall, se dignó venir a nosotros y, con palabras de verdadero apóstol nos alentó en nuestra desgracia; habló a nuestro corazón, derramó en nuestras almas el consuelo, la resignación, la paciencia, la mansedumbre; pero habló de una manera tan sencilla, tan convincente, tan alentadora, que de nuestros ojos resbalaban furtivas lágrimas.

Franchy, también nuestro Franchy, emocionado, pugnaba por contener las lágrimas de conmiseración, de sincera condolencia por nuestra desgracia. Se nos ofreció; nos llamó hermanos; derramó sobre nosotros el néctar de la santa conformidad y arrancó de todos nosotros aplausos mezclados de lágrimas de gratitud.

Ha sido Franchy y Roca el único personaje político que nos ha visitado; tiene que quedar registrado el hecho extraordinario.

Franchy vino a nosotros; aún nos parece que es mentira; cuando todos los políticos y potentados huyen de nosotros, el hombre bueno y generoso se percata de nuestra des-

gracia y aislamiento y viene y se confunde con nosotros.

La emoción que experimentamos con esta visita perdurará mientras vivamos.

El recuerdo de aquel anciano envuelto en una aureola de dignidad, representante de una vida que, hasta el ocaso, se pone al servicio de la desgracia, es algo enternecedor.

A mi se me gravó la gentileza de Don José Franchy quien, al llegar, se deshizo en amabilidades para las monjas, saludándolas respetuosamente y elogiando el aseo y buen orden del Establecimiento.

Honor y gratitud al bienhechor de los humildes de Gran Canaria.

La ingenuidad de las monjas, desplazadas de las cosas del mundo; reclusas, como nosotros en la soledad de la Hoya de Parrado, se vería sorprendida por esta visita.

No se lo que pensarían en su fuero interno del Maestro Franchy; acaso tuvieran para él algún prejuicio, como ocurre con los que no le conocen ni le han tratado, pero seguramente que al ver como nos hablaba, como nos aconsejaba resignación, como lo hubiera hecho el más celoso misionero, acaso los prejuicios se desvanecerían y, si no admiración, el respeto al hombre honrado que se impone por austeridad eso sí se veía retratado en los semblantes de las buenas Hermanas.

No podía ser de otra manera, pues Don José, que, por los pobres se quedara sin fortuna, prodigándola a los pobres, es de los que se imponen con solo la grandeza de su persona.

No puedo pasar por alto los detalles y características de algunos compañeros, en los que concurren circunstancias dignas de mencionarse.

Podría hacer una galería de personajes en los que la miseria humana, ensañada, llevada al más alto grado, ha conducido a algunos individuos que, en último término, han venido a dar sus huesos a la sombra de la Beneficencia insular, galería de retratos, con ribetes de tragedia, que causaría grima contemplarlos.

Entre los tales, que aquí tuvieron alguna notoriedad, figura José Santos, conocido por el Peninsular.

Natural de Ciudad Real, marchó, como emigrante, a la América del Sur. Allí casó con una italiana; esto ocurrió en el Brasil.

Más tarde pasó a la Argentina, donde se le declaró la lepra.

Visto su estado quiso volver al Brasil con su familia; para ello embarcó en Buenos Aires, pero ni en Santos, ni en Río Janeiro le dejaron desembarcar las autoridades sanitarias y con él siguió el vapor rumbo a Europa.

Como era ciudadano español, el capitán del buque lo entregó a las autoridades de Las Palmas, cuyo Inspector de Sanidad Marítima Señor García Castrillo ordenó fuera hospitalizado en San Lázaro y, desde entonces, era un compañero más.

De alguna cultura, sin creencias religiosas de ninguna clase, fué, desde el principio, un elemento discolo que se

pasaba el tiempo planeando protestas, unas veces justificadas y otras no y esperando siempre su reembarque al Brasil para unirse a su familia, lo cual le prometían para conformarlo.

En sus ratos de humor se dedicaba al canto, para el cual tenía grandes disposiciones, pues cuanto oía se lo asimilaba de una sola vez.

Dedicábase también a escribir y poseía un almacén de chascarrillos, la mayoría de muy subido color.

Era ya tradicional su viveza, pues aunque alardeaba de incrédulo, de extremista en todos los órdenes, el brillo de una peseta le empujaba a Misa, la que oía con más recogimiento que una monja.

Desde San Lázaro, explotando la bondad de Sor Eulogia que le deparó los recursos necesarios, se fué a la Península con ánimo de marcharse, desde allí, al Brasil, meta de todas sus aspiraciones.

Llegado a la Península y encontrando allí las mismas o más dificultades para ir a la soñada República americana, retornó, de nuevo, a Las Palmas y ya no volvió a salir de Gran Canaria.

Extremista, como decía antes, abominaba de todas las instituciones, era un rebelde permanente; su mayor revancha cuando no le hacían el gusto era tararear la Internacional.

Su conducta llegó a constituir una pesadilla para los encargados del Establecimiento.

Sus bríos se atenuaron al perder la vista y el oído.

Llegó un momento en que, cual divinidad caída, no hacían caso ni a sus desplantes ni a sus justas llamadas.

Y fué desde entonces cuando el Peninsular se hizo taciturno, reservado, misterioso.

Hasta que... una mañana lloviznosa, fría, desapacible, se lanzó desde la terraza de un segundo piso, matándose al caer sobre el duro pavimento.

No murió en el acto; aun tuvo unos momentos de lucidez, suficientes para rechazar con soberbia los auxilios espirituales que un sacerdote le brindara.

Murió el Peninsular, cuyo humor y rebeldías llenaban

muchas páginas de la Leprosaría Regional de Las Palmas.

Murió sin poder volver al Brasil de sus ensueños.

Murió impenitente, rubricando así su vida de incredulidad y altanería innata.

Pobre Peninsular que, al perder la fé, sin creer en los destinos del más allá, apeló al suicidio.

Fué un hombre de valor, decían algunos.

Pero, ¿consiste ese valor en haberse suicidado?

¿No será más bien, una cobardía, rendirse sin luchar, hasta el fin, en la batalla de la vida?

Valor para eso, para matarnos, para terminar de una vez todos nuestros sufrimientos y martirios, lo tenemos todos, pero... pero como tenemos la certidumbre de que la vida no nos pertenece; de que es más noble y digno defenderla hasta los últimos momentos, sin poner en ella nuestras supremas aspiraciones, por eso y solo por eso no ponemos en práctica esos procedimientos que pugnan con la ley natural.

Como es casi reciente el caso siguiente, es decir, casi coincidente con el narrado anteriormente, tengo que intercalar aquí un episodio nuevo del *Terrible Cruz*.

Como ya he dicho es cuco, atrevido; él mismo dice que es el mayor palanquín que existe en este Hospital; pues bien, ahora le ha dado que lo han de llamar Mireles y sino amenaza con el cuchillo canario, al que ahora denomina su guardia de asalto.

Tuvo un trato con un señor de ese mismo apellido a quien engañó miserablemente, pues en la venta de un objeto, después de tener el trato hecho con tal señor y luego con un segundo que le ofreció más, dejó a muy bajo nivel su palabra, que él acepta que no tiene, pues dice que de su boca no pueden salir palabras, sino berridos y bramidos.

Al pedirle el Mireles explicación por su falta de seriedad en el trato, el *Terrible* no hizo sino acariciar la empuñadura de su *guardia de asalto* y fué bastante para que su interlocutor pusiera los pies en polvorosa. Este es Cruz; siempre gana, nunca pierde, pues el que pierde siempre es el que hace con él algún trato, y siempre con su labia y sus embustes encuentra incautos a quienes engañar.

Es digno cofrade de *Tacón*, el loco que alguna vez traen del Manicomio para limpiar los chiquereros de los cerdos de la leprosería.

Ahora que creo que *Tacón* tenga más palabra que el *Terrible* y a veces esté menos loco éste.

La permanente monotonía del Hospital se ve, de tarde en tarde, rota por alguna que otra excursión.

La caritativa solicitud de don Miguel para con nosotros requiere que la Compañía de Santa Brígida se nos faciliten los coches para esos paseos al campo.

Al abrirse al tránsito público la carretera de Tejeda fuimos a dicho pueblo, admirando los encantadores paisajes que se divisan desde la Cruz de Tejeda.

Lucha de titanes, majestad petrificada, como lo llamara Unamuno, es el paisaje que se domina.

El Nublo desafiante, altanero, orgulloso, hace frente al Teide imponente que, allá en la lejanía, sirve de fondo al grandioso panorama.

El espíritu se encoje ante tamaña grandiosidad.

La Naturaleza, caprichosa, pero hábil artífice, ha tallado gigantesas figuras; una de ellas es la verdadera efigie del maestro de las letras españolas D. Benito Pérez Galdós.

Esta excursión, realizada en una tarde de Agosto, embriagó nuestro espíritu de un tonificante solaz, de una desconocida paz interior.

Al principio del pasado año, volvimos a la Cruz de Tejeda.

Era una tarde de Enero; el día se presentaba espléndido, claro, despejado.

Tenía esta excursión un nuevo aliciente: íbamos a ver la nieve.

Estábamos contagiados del ambiente público; la nevada, copiosísima, como había muchísimos años no se veía

en Gran Canaria, tuvo los caracteres de un acontecimiento en toda la isla.

Y allá fuimos.

Esta excursión se vió un poco ensombrecida por el detalle de que no dejaron ir a las enfermas.

La razón o pretexto fué de que como los hombres íbamos a un sitio determinado no podían ir al mismo las mujeres.

Los coches habían sido cedidos para ir a la Cruz de Tejada y claro, no éramos nosotros quienes para señalar otro lugar distinto.

Además, esto nos hirió en el alma porque nos ponía en mal lugar, se nos presentaba como salvajes.

Hay que tener en cuenta de que las mujeres al ir a esa excursión irían, como en otras realizadas, en coche aparte de nosotros y acompañadas de las Hermanas de la Caridad.

Holgaban, por tanto, esas excesivas precauciones, que nos ponen a muy bajo nivel, máxime habiéndose corrido por todas partes, por alguien incomprensiblemente interesado en presentarnos como discolos, revoltosos, anárquicos, que somos seres indignos de toda consideración.

Por eso siempre perdemos nosotros y eso es inhumano, cruel, pues si entre nosotros hay quien merezca un correctivo, dese en buen hora, pero, tratarnos a todos por igual, a excepción de algunos que por su cultura se saben expresar donde quiera y con los cuales se establece un irritante privilegio, es acaso un exceso de incomprensión y un retroceso a otros tiempos, a otras épocas que, felizmente, no volverán.

Yo no culpo a nadie, no señalo a nadie, solo diré que todo lo que relumbra no es oro y que, con tantas imprudentes precauciones tiene que darse, como se ha dado y se está dando, lo del «Curioso Impertinente» de Cervantes.

Pasamos en la Cumbre una tarde agradabilísima.

Nos encantó el espectáculo insólito, para nosotros, de la nieve que cubría como blanco sudario extensos horizontes.

No faltó la nota original del *Terrible Cruz*, traducida en una regular *americana*, y que le dió por explicar diversos temas socialistas y miles de disparates.

En este Hospital estuvo, por espacio de muchos meses, un árabe o sirio, cuya estancia turbó, no poco, la tranquilidad.

Era penoso para nosotros, ver, delante de nuestras mismas barbas, las atenciones y consideraciones, a veces exageradas, que, para ese extranjero, se tenían.

Al principio derrochaba el dinero; casi diariamente alquilaba un taxi y se iba de paseo.

Para él no existían reglamentos ni disciplina.

Con las solicitudes que para él tenían se fueron borrando las huellas de la enfermedad.

De la noche a la mañana cesaron sus prodigalidades y si viajaba lo hacía en el coche del Establecimiento, suscitándose muchos líos, pues llegó a darse el caso de tener que quedarse en tierra enfermos que tenían necesidad de ir a Las Palmas al oculista, para que fuera el sirio.

Se decía que, últimamente, no pagaba nada por su estancia aquí, pero las atenciones continuaban y llegó a establecerse una corriente de hospitalidad hacia el árabe que, por acomodo, estaba en la iglesia a todas horas y constaba que su catolicismo no le había enseñado ni a oír misa.

Suscitóse la malquerencia de los enfermos por haberse mezclado en intrigas para sembrar la desunión entre los demás enfermos.

Yo sé de los mil disgustos que la estancia del extranjero deparó al médico-director.

Por suerte, no solo para nosotros, sino para todos los

que moran en el Hospital, se fué a su tierra y no volverá a este Establecimiento.

Otro personaje de *pega* que pasó por aquí fué un árabe, llamado Juan de Dios, que de Dios no tenía sino el nombre.

Vino en calidad de mandadero; corrió peor suerte que el sirio, pues a los pocos meses se marchó a Ifní y creo que está allí de Guardia Civil.

Iba a misa todos los días y a comulgar.

Su moralidad y creencias pueden compendiarse en estas palabras que profería en sus ratos de humor y como haciendo un alarde de su conducta: Yo ir misa todos los días, yo comulgar todos los días; yo ir mujeres Las Palmas y ir cura Catedral y lavar dentro Juan de Dios.

Todos caímos, desde el primer día, en la cuenta de que era un fresco y lamentábamos que ese puesto de mandadero se le diera a un extraño, habiendo tantos del país que le habían solicitado y que tenían verdadera necesidad: son cosas incomprensibles que hacen hervir la sangre al más pacífico ciudadano.

En el orden religioso no ha habido alteraciones con respecto a las prácticas que se hacían en San Lázaro.

El tacto y diplomacia del Capellán don Miguel Rodríguez, refractario de toda violencia, ha salvado la situación.

A nadie se ha coaccionado, pero por la persuasión, el consejo, los razonamientos, se ha atraído a todos los enfermos; ha proporcionado paz y tranquilidad, sin que no obstante tantos elementos nuevos que aquí han venido, distintos de los que vivíamos en San Lázaro, de éstos quedamos pocos, puede decirse que no hay irreligiosos y menos ateos.

Lo único que se habrá visto es algún indiferente, pero que luego se hace al régimen religioso del establecimiento.

A la Iglesia concurre gran cantidad de fieles de los caseríos circundantes los domingos y días de fiesta.

Son célebres por su solemnidad y enorme concurrencia, los domingos del mes de Mayo; en esos días concurre medio Tafira a oír el sermón y los cánticos religiosos.

No puedo pasar por alto la actividad de un Padre franciscano de Las Palmas, a quien llaman o que se llama el Padre Francisco.

Predicó durante varias noches del último mes de Mayo y dejó hipotecada nuestra voluntad.

Recuerdo el principio de su predicación; se me gravó aquel pasaje de la vida de San Francisco, en que éste, huyendo de la repugnancia que le causara la vista de un leproso, pasó de largo ante un enfermo de esa dolencia; pero, a poco, dándose cuenta de lo que él llamaba falta de cari-

dad para un semejante, volviendo sobre sus pasos, busca al enfermo, se le postra de rodillas y le pide perdón con muchas lágrimas por su cobardía de haber huido de él; y abraza al enfermo y besa sus llagas y se confunde con él.

Nada, que el fraile ese, el Padre Francisco nos conmovió, se adueñó de nuestras voluntades desde el primer momento.

Porque, además, llevó a la práctica la conducta de San Francisco; no se retraía de nosotros, estrechaba nuestras manos, que nosotros, por prudencia no alargábamos; no quedaba un enfermo que no se hiciera lenguas de la sencillez, bondad y capacidad de este buen fraile, a la virtud de cuya palabra se llenaba de bote en bote la Iglesia.

Además, cantaba tan bien, que solo por eso merecía la pena de ir desde muy lejos por oírle.

Hemos principiado bien el año de 1935; ha cambiado un poco nuestro vivir monótono.

El día de Año Nuevo, la generosidad del Presidente de «Automóviles Santa Brígida» nos proporcionó uno de sus mejores ómnibus para una excursión al lejano Sur de la Isla, a Maspalomas, cuyo faro era un deseo de todos ver, aparte de los paisajes de esa parte de la isla, diametralmente distintos de los que habíamos contemplado.

Don Luis López Hernández, el joven presidente aludido, ese hombre múltiple, cuya cultura y conocimientos le han colocado en la cúspide del negocio de transportes de la Isla y que, con su tacto y acierto ha salvado a la Empresa que preside da una inminente ruina en esta época de crisis, en todos los órdenes, no se cansa nunca de prodigarnos su filantropía, haciendo posibles estas excursiones, que de vez en cuando, son como un alto en el camino de nuestros habituales dolores.

En ese pugilato entablado entre él y nosotros; nosotros pidiendo con insistencia infantil, y él accediendo a nuestras peticiones, vence siempre su largueza, no oponiendo nunca el más leve reparo para que, de tarde en tarde, damos un paseo y que sin su benevolencia sería imposible.

Si él y la empresa que preside pudieran leer dentro de nosotros se percatarían de cuan grande y sincero es nuestro agradecimiento.

Fuimos ese día al Sur.

Nada de extraño en el paisaje hasta Telde; pasamos

por el Ingenio y Agüimes, pueblos a los que separa solo un ancho barranco pero que a pesar de la vecindad, me dicen, existe una tradicional rivalidad; ese escozor propio de pueblos que se sienten mayores de edad, que se bastan así mismos.

Ninguna parada en estos pueblos; era peligroso un alto en los mismos; iba con nosotros el *Terrible Cruz* y era también *terrible* el temor de que al hacer cualquier parada hiciera las consumaciones de vino dulce que él suele cuando, como ese día iba en plan de *mayoral*, enarbolando un lujoso bastón de leña buena, cuya procedencia ignoro.

Las llanuras inmensas, encantadas de Sardina se nos presentan al salir de Agüimes. Enorme extensión de tierras, salpicada por el verde de los cultivos de tomateros. Emporio de la agricultura de Gran Canaria, viven a la sombra de su cultivo miles de familias.

Se vé la transformación operada en aquellos antes desiertos, hoy convertidos por obra del agricultor canario, laborioso y tenaz, en uno de los principales centros de riqueza de Gran Canaria.

Pero este optimismo, esta alegría de la tierra fecunda que responde a los esfuerzos del que la trabaja, se ve de plano, bruscamente cortado por la penosa impresión que producen esas mismas llanuras al llegar al amplísimo Barranco de Tirajana.

Allí cesa la alegría; desde allí invade a uno una instintiva tristeza.

Campos resecos, salpicados de tabaibas, hacen al que pasa el efecto de un trozo de Africa y son un grito, una protesta muda pero expresiva contra sus sueños los cultivos que, al otro lado del Barranco pregonan el espíritu emprendedor y humanitario de los otros dueños, en contraste trágico con los de este pequeño mundo que, insensibles al fin social de que deben rodearse las riquezas, prefieren que la tierra no produzca y que los que viven a su sombra vivan como parias, como seres pertenecientes a una raza inferior.

Esta es la realidad que se palpa elocuentemente desde el Barranco de Tirajana hasta el de Arguineguín, espacio, de casi media isla laborable, que pertenece a una sola familia.

Preguntamos a los labriegos en las afueras de Juan Grande si hay agua, si esos terrenos son susceptibles de cultivo, de otro rendimiento que no sea la rutinaria ganadería de nuestros medios rurales y como respuesta nos señalan un bosque tupido de tomateros que se riegan de un pozo abierto recientemente.

Y nos dice mas; nos dice que los rendimientos del terreno cultivado con el agua de tal pozo, en un año, en una sola cosecha, se cancelaron los gastos de apertura y maquinaria del pozo, quedando algún sobrante de beneficio líquido.

Ante esto se subleva el más pusilánime, el más mansueto.

¿No podían y no debían haberse abierto cincuenta pozos como aquél, con lo cual el dueño hubiera hecho un negocio redondo, multiplicando sus millones y dando ocupación a miles de individuos?

La condición social de los que viven en esos latifundios es en extremo precaria. Viven bajo la férula de un mayordomo; un mayordomo tipo clásico del hombre habituado a obedecer a su dueño, hasta por señas.

Compacto caserío pero sin una escuela, sin un centro que los espiritualice, los eduque.

Ante esto, ante este panorama, que es el mismo hasta Arguineguín, se pregunta uno: ¿Donde están las tan cacareadas Leyes Agrarias?

¿Donde están las sanciones para los ricos que no merecen serlo porque no saben serlo, porque no son dignos de serlo?

En mi fuero interno me digo que muy buena debe ser esta gente, (buena en el sentido rutinario que se le ha venido dando a esa palabra) que tolera el yugo de una semi-esclavitud.

Yo, que rindo culto al derecho de propiedad, que no concibe una sociedad sin que, en ella, haya ricos y pobres, a la vista de tanta miseria por una parte y por otra tanta fastuosidad y tanto restar a seres semejantes a los dueños los elementos primordiales de un mediano vivir; viendo como se trata a esos seres humanos y como tales dignos de

mejor suerte, que cometieron el delito de amasar fortunas fabulosas para quien no es digno de poseerlas; me siento extremista y si en mi mano estuviera haría que tales ricos fueran pobres solo una corta temporada para que viendo lo que es la vida, fueran luego mejores con los de abajo, con los pobres.

Renunció a seguir escribiendo el triste espectáculo del resto de nuestro recorrido; todo es igual, todo es desierto, pudiendo ser una infinita alfombra verde desde el Barranco de Tirajana hasta el de Arguineguín.

En Maspalomas, junto al Faro, otro testigo de la apatía delictiva de los dueños, otro pozo, que es el mayor testigo de que lo que se haga es fructuoso.

Y me cuentan que estos dos pozos se hicieron ante el temor de una posible incautación a raíz del cambio de Régimen, de lo contrario, no hubiesen hecho ninguno y mucho menos si se dan cuenta de que por unos cuantos votos de aquellos seres a quienes convierten en un rebaño humano se les respetaría el bienestar material, cuyo arranque parte de la Edad Media.

Conste lector, que he perdido el humor y como acaso vuelva sobre este asunto en algo que preparo y que no sé si tendrá la fortuna de ver la luz pública, corto el tema.

En Maspalomas nos muestran un extenso cercado, cuyos productos de tomates, íntegros, me dicen que son para el Hospital de Las Palmas.

Inquiero si aún observan esa práctica y me responden afirmativamente; no está mal esa entrada de unas cuantas miles de pesetas a lo agobiada Beneficencia insular.

Menos mal.

No pudimos subir al Faro; era ese el sueño de muchos, pero los escrúpulos del encargado, que creo desinfectaría hasta los alrededores por donde pasamos, nos impidió subir a aquella mole gigantesca.

Qué se le va a hacer.

La moralidad de ese encargado se palpa dejándose íntegro para sí el importe de los envases del combustible con que se alimenta el Faro, sin dar nada a sus compañeros.

El regreso fué normal; desandamos el camino andado por la mañana y al anochecer pasábamos por el Aerodromo de Gando.

Sin nada que lamentar, si se exceptúa una pequeña travesura del incorregible y, al regreso, menos *Terrible Cruz*; llegamos al Hospital, rendidos del ajetreo del viaje.

Pero llegamos, no obstante los deseos, públicamente manifestados por alguien de la dependencia, de que nos quedáramos por allá, para no dar más *jaquecas*.

En estos días de Pascuas y Año Nuevo hemos sido espléndidamente obsequiados con cigarrillos por varios generosos donantes.

Uno de ellos ha sido el pundonoroso teniente de la Guardia Civil don Mariano Santa Ana.

Las simpatías con que contaba por mi parte se han agrandado.

No nacen estas del donativo que, aunque se agradece en lo que vale, es una íntima causa; tienen su origen en la contemplación de su actuación en un movimiento huelguístico con cuya prudencia don Mariano salvó a esta tierra de un día de luto.

Yo lo recuerdo; me hallaba presente cuando aquellas masas en las explanadas del muelle de Santa Catalina, del Puerto de la Luz, masas compactas que, amenazadoras pugnaban por romper el cerco que formaba la fuerza pública, fueron contenidas y disueltas sin el menor contratiempo por parte de don Mariano que mandaba aquellas fuerzas.

Comprensivo, prudentísimo, al caer cerca de los guardias unas piedras y estos instintivamente echaron mano de sus fusiles para disparar sobre la multitud, un ademán imperioso y oportuno del caballeroso teniente, contuvo los ímpetus de la fuerza haciendo innecesaria una represión que hubiera sido muy sangrienta y... con ese gesto dominó a las masas.

Ese acto se me gravó hondamente y me dió la impre-

sión de que con autoridades prudentes como dicho teniente no habría conflictos, todo se remediaría.

Por eso don Mariano no es odiado de nadie; no tiene enemigos, cuenta con las simpatías de todo el país y, principalmente, con las clases de abajo.

Reciba mi admiración y gratitud por su acto de generosidad aportándonos tabacos en las últimas Pascuas.

También nos proporcionó otra partida de tabacos, a más de un estupendo cordero, el médico-director don Francisco de Armas que no se cansa de hacernos grata la estancia en este lugar de los dolores y sufrimientos.

No me extiendo en consideraciones acerca de su labor caritativa, continuadora feliz de la obra del doctor Ruano, porque pudiera parecer adulación, pero conste que cuanto llevo dicho a través de estas páginas es sólo un fiel reflejo de su labor perseverante, eficaz, en pro de estos enfermos, siendo más que un Director un amigo fiel que nos atiende en todas nuestras peticiones y, a veces, impertinentes.

No en valde los Cabildos Insulares de algunas islas a requerimiento de las mismas han expresado oficialmente al de Gran Canaria su satisfacción por el esmerado trato que don Francisco da a sus enfermos.

No podía faltar el obsequio del señor Inspector Provincial de Sanidad don Luis Martín.

Nos aportó también una gran cantidad de cigarrillos.

Este don Luis, la personificación del hombre bueno, del funcionario probo, inteligente, austero, que rinde culto a su profesión; posee unas dotes, unos sentimientos tan humanitarios, tan ampliamente filantrópicos y su labor ha sido y es tan positiva, que se ha hecho insustituible en esta provincia.

Respetado por los Corporaciones que aprecian, en lo que vale, su labor, y querido por todo el cuerpo médico, se ha identificado con los canarios, viniendo a ser un canario más, y el Instituto que dirige un refugio permanente en el que encuentran remedio cuantos a él acuden.

A nosotros siempre, siempre nos ha atendido y si hubiera sido por él, por sus gestiones, por sus observaciones, esta Leprosería no adolecería de nada.

Cuantas veces le hemos expuesto nuestras quejas las ha atendido y en identificación y a porfía con el médico-director, hace cuanto está de su parte para que estemos satisfechos en medio de nuestra desgracia.

Por eso su autoridad, como la del médico-director, es plena entre nosotros, pero sin llegar a necesitar ni amenazas ni sanciones, se les respeta porque son buenos, porque nos comprenden y, al comprendernos, nos justifican.

Desde hace aproximadamente un año, el Exmo. Cabildo insular acordó instalar un aparato de radio en este Hospital.

Era poco menos que una necesidad, si se tiene en cuenta que hoy ha llegado a constituir la posesión del mismo una cosa corriente; se ha difundido por todas partes; con un aparato de esos nos sentiríamos en otros mundos, menos solos, menos aislados, pero, por razones que ignoro, el aparato no se adquiriría; transcurrían los meses y nada.

Pero don Manuel Cárdenes, caballeroso señor que veranea en el Monte y que le gusta indagar detalles de nuestra vida y nos depara siempre que encuentra a alguno de nosotros palabras de alientos y de resignación y y que creo fuera quien sugiriera a su hijo político don Mariano Santa Ana la necesidad que teníamos de cigarrillos ya que se nos dan solo cinco cajetillas para todo un mes, al enterarse de que aún no nos habían proporcionado la radio acordada, emprendió una campaña personal ante los Consejeros del Cabildo don Antonio Mederos, don Agustín Bosch y el propio Presidente y fué tanto lo que se esforzó, que a los ocho días y coincidiendo con la festividad de Reyes, se instaló una moderna radio y fué tan amplia la concesión que a la vez colocaron potentes alta voces en el departamento de las enfermas y en el de las Hermanas de la Caridad:

Desde entonces, lo mismo los enfermos que las Herma-

nas de la Caridad, notamos que es menos intensa la soledad en que vivimos y, nos pasamos horas y horas oyendo cuanto se radia en el mundo entero.

Sabemos lo que ocurre fuera de la periferia de tormentos en que habitamos; la vida se nos presenta menos trágica, mientras estamos péndientes de la radio se atenúan nuestros sufrimientos, casi nos olvidamos de que somos seres ruinosos.

Ha venido a ser esta generosa concesión de la Excm. Corporación como un sedante a nuestros infortunios.

La convivencia con enfermos de todas las islas del Archipiélago canario, me ha permitido observar ciertas características, ciertos detalles del carácter de los mismos, viéndose, como no, que todos rivalizan en su amor al terruño, del cual la desgracia los ha apartado.

Es como uno pesadilla la que sentimos todos por la isla de nuestros amores. Aquí vemos a los gomeros y herreños formando sus grupos y contándose sus cuitas y sus recuerdos; más allá lanzaroteños y majoreros se identifican en la ponderación de sus respectivas islas; canarios y tinerfeños, sin resquemores, sin las tontas rivalidades que casi siempre han enfrentado a las dos islas hermanas, pasen el tiempo en amigable camaradería.

Nosotros, los palmeros, también evocamos los lugares y cosas de nuestra querida isla.

Se salpican estas conversaciones con el recuerdo de Cuba, de esa rica, bella y desdichada isla, a la que casi todos los palmeros han visitado, en plan de trabajo, de allegar algún peso para salir de las estrecheces; todos recuerdan los sudores derramados en ella; en la que han dejado buena parte de su vida y acaso su salud; porque, ¿qué duda cabe que el gran contingente de elefanciacos que de La Palma existen han contraído este mal en la perla de las Antillas?

De vez en cuando, algún palmero brinda a sus paisanos las notas del Sirinoque y Santo Domingo; baile y cantos típicos de La Palma que se acompañan con tambores y

castañuelas; se baila por dos hombres y dos mujeres a un metro de distancia unos de otros; es una música alegre y varonil, a veces se torna triste y quejumbroso, como un lamento en el desierto.

En la isa el palmero hace saltar el corazón de emoción, al pintar en ella las alternativas del emigrante.

La isa es la música del emigrante, que la canta en las largas y frías noches del invierno; es en el terruño, el aliciente que mata la monotonía de las horas que se emplean para con medios manuales, triturar el maíz y el trigo con que se confecciona el gofio; terminan esas reuniones típicas cantándose unos a otros los Aires de Lima, que consisten en ensartar en las coplas conceptos alusivos e irónicos de los bandos respectivos; hacen coplas de subido color, pero no obstante ello no rompe la armonía y solidaridad de los reunidos.

Rivalizan los palmeros en la conservación de sus tradiciones; es célebre la fiesta de la Cruz, el día tres de Mayo, en que se adorna una monumental Cruz con todas las joyas y aderezos del vecindario y alrededor de esa Cruz se pasa la noche la muchedumbre cantando, bailando, rezando... y se proyectan esa noche muchas bodas.

Cada cinco años se celebran las Fiestas Lustrales y no hay palmero en ningún sitio que no haga su aportación económica y de recuerdos, si no puede ir personalmente.

Es algo grande, algo extraordinario, que se sale del marco isleño, la apoteosis de la Virgen de las Nieves a la que el pueblo palmero rinde pleitesía cada lustro.

Los Saucos, ese rico pueblo norteño, se ve invadido el catorce de Septiembre por gentío enorme que, en compactos grupos y bailando al son del tambor, atravesando cumbres y llanuras, van a postrarse a los pies del Señor del Gran Poder.

Otro día todos los palmeros se dirigen a la opulenta ciudad de Los Llanos y los tres días que duran las fiestas, se hace un derroche de alegría y sanos y tradicionales regocijos; allí se forman cabalgatas con jóvenes ataviados como nuestros antepasados, desgranando por los ámbitos de la vieja ciudad las cadencias de los viejos y típicos ro-

mancees, al compás de una música rara, que consiste en golpear unos cuchillos en unos palos que llevan al hombro.

En otra ocasión, media isla atraviesa la elevadísima cumbre del Tyme, con sus trescientas sesenta y cinco vueltas, en cuya cima se veía hasta hace poco tiempo una luz misteriosa; en aquellas alturas, enmedio de un bosque de corpulentos árboles hay una ermita en la que se le da culto a San Antonio y en la cima una cueva en la que hay un libro, donde los turistas desde hace muchísimos años escriben sus impresiones o simplemente firman; cuan hermosa es La Palma contemplada desde allí.

En el aniversario último de la conquista de Gran Canaria, pasamos una tarde inolvidable.

La madre de los elefanciacos, esa santa mujer que se llama doña Rosario Benitez (que me perdone la promesa que tengo hecha de no herir su imponderable modestia y por eso he callado su labor inigualada y que hoy pregonan las Corporaciones de la isla pidiendo para ella la Gran Cruz de Beneficencia a cuya petición nos hemos ¿como no? sumado con toda el alma) nos proporcionó esa tarde de solaz, de espiritualidad en la que saboreamos los efluvios de la música del país y de trozos de la clásica que con esa justeza que la caracteriza interpretara la laureada orquesta La Siciliana, a la vez que en los intermedios, gustamos con fruición la charla del ilustre orador don Sebastián Suárez León.

Fué una tarde de espiritualidad, un sedante en los cotidianos padeceres.

Y, lector: ¿quietes conocer a doña Rosario íntegramente? Pues baste saber que ese día bailó, bailó, abrazada a una elefanciaca.

Esa es doña Rosario; toda, toda para sus pobres, para sus enfermos.

Todos nosotros correspondemos a sus afanes, ¿como?, dando por ella lo poco que tenemos; lo poco de vida que poseemos, porque ella merece todo eso y mucho más.

Siento en el alma tener que abordar un tema, un asunto al que se le ha querido dar trágica actualidad: el contagio

de nuestra enfermedad y nuestra conducta social o más bien como si dijéramos casera.

Esta enfermedad sobre la que cae el anatema universal y que hasta hace pocos años, se admitía rotundamente entre las contagiosas, puede afirmarse que en general no es contagiosa.

La ignorancia de las gentes, refrendada por ciertos galenos de pacotilla y algunos moralistas baratos que para hablar de la lepra se escudaban en la autoridad de la Biblia, la que para sus fines interpretaban acomodaticamente y en lo que afecta a esta enfermedad la explicaban literalmente, hizo que se propalara como la enfermedad más contagiosa.

Pero, yo puedo afirmar y conmigo cuantos han seguido paso a paso esta enfermedad de que no se puede admitir como regla general, que sea contagiosa.

Casos prácticos probarán cumplidamente esta aseveración.

Un padre muere consumido por la lepra; dos hijos y una hija se ven atacados del mismo mal; más, ¿creeréis que la esposa, que la mujer del que engendrará estos hijos es también enferma, se halla contagiada? No; buena y sana, robusta, vive actualmente; bien es verdad que esta mujer, verdadera mártir del destino, se halla en un constante sufrimiento mayor, mucho mayor que el de sus más caros allegados.

Todos los domingos viene desde su lejano pueblo, a convivir unas horas con sus hijos.

¿No es este mayor dolor para una madre y para una madre cariñosísima como es esta, contemplar aquellos seres queridos caminando lentamente hacia la muerte?

Casos, como este, muchos; en la historia de casi todos los enfermos que aquí se encuentran se observa lo mismo.

Tres jóvenes enfermas y sus padres buenos y sanos.

¿No es verdad que es misterioso todo esto?

Y en cuanto a contagio por el tacto o trato directo con nosotros ¿qué diremos?

Nada, que hablen los Practicantes, los enfermeros y en-

fermeras, el oculista don Francisco Hernández Guerra y cuantos con nosotros conviven.

Creo yo, no cabe creer otra cosa, que esta enfermedad se adquiere bien por herencia bien por el vicio, pero nunca, nunca por contagio.

Otra prueba evidente es que por ahí, por los pueblos, existen muchas personas atacadas de esta enfermedad y que, no obstante convivir con sus familias, en esta no se ha dado el contagio.

Un niño de once años, hijo o sobrino de una enferma aquí vive desde hace tres años y convive con todos y está siempre entre las enfermas, con las que ha aprendido, creo, hasta a coser, y se halla bueno y sano.

He querido insistir en este punto porque alguien, con fines ocultos, ha propalado de poco tiempo a esta fecha, que nuestra enfermedad es contagiosa y no con ánimo de que se nos tenga más compasión, sino con otros fines torcidos, queriendo volcar sobre los enfermos de este Hospital toda la animadversión de la sociedad, para así ahogar nuestras justas demandas.

Con idénticos fines y acaso para justificar conductas y actos reprobables se nos ha venido presentando como seres díscolos, impertinentes, exigentes, irracionales. Y nada más absurdo; la realidad prueba a quien piense serenamente que no hay tales actitudes de violencia; que no existe ni ha existido indisciplina, que hemos sido y somos consecuentes, como cualquier ciudadano; que hemos sido y somos respetuosos con todos; que muchas veces para eso, para no aparecer como se nos califica, hemos cedido de nuestros derechos, pues creo que también tenemos derechos en virtud de esa ley universal que dice que donde hay deberes que cumplir hay derechos que invocar y digo invocar y no exigir porque nosotros jamás hemos exigido; siempre acudimos en nuestras demandas por las vías lógicas y recorriendo la escala legal y cuando, en virtud de esas propagandas que de nosotros se han hecho, no se nos atiende nos resignamos.

Ya decía que en este Hospital no ha habido nada que redunde en desprestigio de la autoridad y quienes nos ca-

lumnian deberían de comparar nuestra conducta con la de otros enfermos de los Hospitales de la Península.

¿Qué ha ocurrido aquí después que los espíritus, como se dice ahora, no están pacificados?

Nada, absolutamente nada digno de mención; cosas intrascendentes que si han relucido fuera de este Hospital ha sido por interés de que quedemos en mal lugar, pero que han carecido, en absoluto de importancia.

Han sido más bien detalles, menudencias de esas que ocurren en todas las casas, pero que los interesados han querido poner en la calle; desconociendo u olvidando aquel dicho certero de Napoleón de que *la ropa sucia se lava en casa*.

Y como estos dos puntos son interesantes y nos afectan directamente y aunque yo siempre digo la verdad, emplazo respetuosamente al médico-director don Francisco de Armas Medina suplicándole que cierre este modestísimo trabajo escribiendo, a manera de epílogo, su impresión científica acerca del contagio de nuestra enfermedad y de paso su criterio, con entera libertad, acerca de nuestra conducta social.

Obligado y gustoso asentimiento

Llegan a mis manos unas cuartillas que formarán un libro; y vienen sanas, alborozadas, espontáneas, libres de todo prejuicio, con la naturalidad con que el árbol silvestre dá su fruto sin abonos de sóbria cultura y sin reparos de fina hipocresía; vírgenes, como la selva milenaria, y por vírgenes, plenas de sentimiento noble; en corporeidad, desnudas de atavíos artificiales.

Antonio Rodríguez, autor de este libro, es un enfermo de lepra que tiene un talento natural poco común; es un hombre aislado del mundo pero que lleva en su interior un mundo suyo, el mundo del niño sin negruras de maldad y sin convencionalismo; mundo blanco y rosado por naturaleza; solo que el mundo de Antonio Rodríguez es consciente y él lo vuelca en sus escritos como lo siente y lo desea.

Este enfermo, de espíritu sano, pide mi opinión sobre

determinadas cuestiones; yo no solamente no puedo negársela sino que, con sumo interés, le complazco. Pero antes he de hacer espontáneamente unas manifestaciones, la sinceridad me obliga, en honor de éstos pobres enfermos con quienes mantengo trato diario y por cuyo motivo poseo autoridad para mi propósito.

Yo no debo consignar aquí una descripción macabra de la enfermedad denominada lepra; yo no quiero pintar con vivos caracteres sus estragos, la destrucción orgánica rápida de un material fuerte y resistente como el nuestro, la soledad espiritual y la congoja que invade el alma del que se ve impotente para luchar con éxito contra un enemigo invulnerable que hace blanco inclemente en nuestro tesoro máspreciado: la vida. Todos conocéis la manifestación del terrible mal y partiendo del punto de este conocimiento yo quiero haceros la siguiente pregunta que envuelve una meditación sentimental y filosófica: ¿Cómo responderíamos nosotros si el castigo de esta enfermedad hiciera huella en nuestro organismo? ¿Qué reacción se produciría en nosotros, hombres cultos, ante un excitante de tal naturaleza? ¿Desesperación? ¿Resignación? ¿Locura? ¡Ah, señores!, no podréis contestarme porque toda consideración abstracta resultará pálida frente a la realidad desoladora.

Pues bien; yo os aseguro que estos enfermos que están bajo mi custodia profesional, estos infelices en quienes la desgracia se ensaña de modo feroz, inocentes en cuyos cuerpos no sabemos que maldades de la humanidad espían, responden al máximo azote con una resignación conmovedora, admirable, heroica. Y téngase en cuenta que estos individuos son, en general, incultos, faltándoles por lo tanto lo que llamamos freno de educación, ya que, hasta la enfermedad se ceba en la pobreza.

Se me dirá que esta manera de reaccionar es natural o mejor dicho sobrenatural; que contra lo irremediable solo cabe la resignación, que una mano oculta y sabia rige estas leyes de naturaleza semi-divina; pero, aún así, es menester destacar la heroicidad de estos infelices para ejemplo de los que por fútiles motivos claudican en la vi-

da sin valentía para afrontar las contrariedades que ella nos depara.

Y una vez expuesto lo que antecede vamos a las preguntas que Antonio Rodríguez ha querido hacernos:

Nos interroga el autor de este libro sobre si en la Lepra Regional de Las Palmas se han producido movimientos de insubordinación o algaradas desagradables como se produjeron en Establecimientos similares con motivo del cambio de régimen político. Y hemos de contestar sinceramente y orgullosamente que no. En aquellos momentos de nerviosismo, de excitación pasional, nuestras autoridades se comportaron serenamente, nuestros enfermos, buenos por naturaleza mantuvieron su irreprochable conducta y con un poco de diplomacia por parte de esta dirección (permítaseme esta pequeña alabanza) y un poco de cariño proveniente de estas santas mujeres que son las Hermanas de la Caridad de San Vicente, nuestra Lepra no hubo de lamentar ninguna subversión y su vida continuó como siempre inalterable, intensamente llena de dolor material irremediable mitigado éste, en lo posible, por el lenitivo de la esperanza, de la cordialidad y del afecto.

Nos pregunta también Antonio Rodríguez, sobre la contagiosidad de la lepra y esta pregunta tiene que quedar, forzosamente, doloroso es confesarlo, incontestada. Por múltiples razones científicas que no son del caso exponer, el problema de la lepra está sin resolverse en la mayoría de sus puntos principales; con respecto a su contagiosidad hay divisiones entre los autores que de tal materia se ocupan; divisiones que se traducen en formación de escuelas partidistas. Existen la escuela contagionista y la no contagionista; para la primera, todo dependería del contagio; para la segunda, solo existe la influencia de la herencia, del terreno orgánico abonado etc. etc.

No estamos nosotros capacitados, pése a nuestra experiencia, para resolver la cuestión; con el progreso de los medios científicos, día llegará en que estos puntos oscuros reciban luz meridiana.

Es todo cuanto podemos decir sobre tal materia en un escrito de esta naturaleza.

Y para terminar, consignaremos que deseamos que este libro alcance gran éxito de venta por el resultado material que pueda tener su autor y por la difusión de nuestro comportamiento honrado en el Establecimiento que tenemos el honor de dirigir.

F. DE ARMAS.

CREPÚSCULOS

Es propiedad del autor

JOSÉ CABRERA MELIAN

CREPÚSCULOS

PRÓLOGO DE
JOSÉ J. LEÓN



COMPAÑÍA GENERAL DE ARTES GRÁFICAS, S. A.
PRÍNCIPE DE VERGARA, 42 Y 44
MADRID

Tresina:

Aculleix, afectuosament, aquesta humil. ofrena, per a perpetuar el record de l' amistat—avuy llenyana—qu' uni nostras ánimes ab un breu arrull de sinceritat infinita.

Ton amich de cor,

PEPE.

A don José M. Algola.

Las Palmas (Gran Canaria), Mayo 1929

Amigo y tocayo: Ab initio, fui en el arte un pecador incorregible.

Su afmo.

J. Cabrera

Serist. 5-1960

LIBRO I
AMANECER

PRÓLOGO

En los tiempos modernos, a nadie se le ocurre pensar que toda obra literaria necesite, para ver la luz, ir precedida del desechado prólogo. Y digo desechado o en desuso, porque la práctica enseñó que tales encomiendas no podían obedecer, más que a una de estas dos razones: o avalorar la obra con el tesoro literario del autor del prólogo si—como ocurría—éste se encomendaba a una autoridad en la materia, a un artista de la palabra (con lo que las deficiencias que pudiera tener la producción eran más notorias, más perceptibles) o al deseo de imponerse al juicio de los lectores, presentando un análisis—casi siempre parcial—que, predisponiendo el ánimo, sirviera como de señuelo que—atrayéndonos—nos obligara a leer lo contenido en las páginas del libro.

Claro es que, en multitud de casos, la amistad obligaba a tales sacrificios; no había manera de sustraerse al afán del autor, porque se trataba de un buen amigo y no parecía natural ni oportuno que el invitado tuviese la humorada de señalar los defectos que entrañar pudiera el trabajo que, como todos los de su índole, siempre encierra elevados ensueños y aspiraciones a la posteridad literaria.

Si tales razones son ciertas, ¿por qué—se me dirá— la

presente edición lleva el censurado prólogo? Por patriotismo. Voy a explicarme: Ausente, años ha, de la tierra para mí tan querida como distante, falto de las caricias de su sol, sin contemplar su cielo, admirar sus campos, aspirar el aroma de sus flores, escuchar la alegre o sentida copla que las cuerdas de la guitarra, de ese españolísimo instrumento a ninguno otro comparable, corea y acompaña con su armonioso rasgueo al que, cantando, pone en los labios las penas, los deseos, los impulsos, las nostalgias, las vibraciones todas de su alma; sin ver la clásica reja orlada de claveles, albahacas y verbenas, sirviendo de joyel a una mujer que, enamorada, mimosa, escucha al galán que la abrasa con el fuego de sus palabras—reverberaciones de su pasión y deseos—, sin más testigos que Dios ni más luz que los destellos de unos ojos absorbentes, ni más ruido que el de entrecortados suspiros y respiración anhelante de la virgen que, espiritual y lentamente, se va entregado, hube de encontrar en esta hermosa Isla, llena de vida y de luz, un soñador, un corazón pletórico de amores, amores puros, pero con todos los deseos del amor considerado, no como la complacencia del apetito en el bien sensible, sino como la unión afectiva de dos almas que llegan a encontrarse tras lento caminar por el áspero sendero de la vida; un corazón español que quiere perpetuar sus concepciones literarias—trasunto de su hondo sentir—en humilde guirnalda poética que denomina “Crepúsculos”. Y como en esta guirnalda supe leer lo que el cerebro y el alma del autor—cerebro y alma españoles—llevan grabados con caracteres indelebles y porque su lectura fué para mí espejo fiel que reproduce el espíritu de la raza, mis ideales y mis sentimientos de rancio español, de ahí que—incurriendo en la mayor de las osadías y

falseando o destruyendo el criterio sustentado sobre el particular—aceptara gustoso la invitación, aún a trueque de empañar la limpidez de sus rimas con el vaho de mi ineptitud para tamaña empresa.

Si mal hay en ello, culpa es del buen amigo y autor don José Cabrera que, con manifiesto perjuicio para él, quiso concederme el honor—honor que nunca sabré agradecer como merece—de presentar al público, con una sencillez tan grande como valiosa es su obra, estos “Crepúsculos” que serán para el alma de cuantos se sientan arrullados con su lectura, luz vivísima, panal de rica miel, ensueños santos, música sublime que llevará recreo a su imaginación, deleite a su espíritu y a sus oídos cadencias de una delicada ternura; de tal modo, que, al terminar, exclamarán con este poeta, que por propios méritos ingresa en el Parnaso, entre los fulgores de sus “Crepúsculos”:

*“Con mis pensamientos, con todos mis éxtasis
formaré oraciones, preces amantísimas
para venerarte
por toda la vida.”*

JOSÉ J. LEON

Habana (Isla de Cuba), 19 de marzo de 1923.

ÓYEME...

A MI MADRE

Perverso quiero ser, sin semejanza;
quiero mostrarme ante el dolor ajeno
insensible, con ánimo sereno...
¡Tener mi alma dispuesta a la venganza!

Es la perversidad broquel y lanza
contra la maldad misma. Yo condeno
toda bondad. ¿Reporta algo el ser bueno?
¡Ser víctima de infamia y malandanza!

Para el ricacho ineducado y necio
tendré la indiferencia y el desprecio;
para todos, ¡la daga de la mofa!

Para tí tendré siempre amor de niño
cédulo y obediente. ¡Tu cariño
es fuego y es dulzura de la estrofa...!

BECQUERIANA

Rayo argentado de hermosa luna,
dulces canciones junto a la cuna,
ledo bullicio de la Alborada,
beso del aura, nube rosada,
eso eres tú.

Tú, bella imagen que, cuantas veces
voy a besarte, desapareces
como la espuma, como la huella,
como una sombra, como una estrella
del cielo azul.

En los espacios, ave perdida;
en los zarzales, oveja herida;
pecho transido por dolor lento,
débil sollozo que lleva el viento,
eso soy yo.

Yo, siempre triste, de tí me alejo;
pues mi cariño—pobre reflejo
de mis sentires—aún no ha logrado
llegar a tu alma, ni ha despertado
tu corazón!



EN LA SOMBRA

Delirante de amor, loco me entrego
sus dichas a gozar:
—...que tus labios de púrpura y de fuego
me vuelvan a besar...
Estréchame en tu seno de Bacante,
que causa mi embriaguez
al sentirlo anheloso, jadeante...
Abrázame otra vez...
Desecha tus temores... No repares
en calmar mi sufrir;
ya no tendré tristezas ni pesares,
¡será dulce el morir!

.....

¿Quimera de la fiebre abrasadora
acaso pudo ser?
¡Fué una imagen fugaz y tentadora,
que nunca há de volver!...

MELANCOLIA

Dentro mi alma hay un algo tan triste
cual días de Otoño;
como el último adiós del que muere,
o largo sollozo...

Dentro mi alma hay un algo tan triste
cual días de Otoño;
algo así como canto de tórtola,
suspiros muy hondos...
como luz mortecina de lámpara,
como lúgubres rezos mortuorios!

Pero cuando me encuentro a su lado
me creo dichoso;
la profunda tristeza que siento
se torna de pronto
en ensueño bendito de gloria,
en dulce alborozo...

Pero cuando me encuentro a su lado
me creo dichoso
si amorosos sus labios sonríen
y me miran sus fúlgidos ojos...

MUSA

¡Poesía... eres tú!

BÉCQUER

Tus miradas, de luz resplandeciente
que mi alma iluminó,
son los versos que brotan de repente
y alegre rimo yo.

Tu sonrisa placible, encantadora,
es el ritmo genial;
ensueño del ensueño, luz de aurora,
amor excepcional.

Contemplándote en dúlcida pasión
arde mi fantasía...
porque eres la sublime inspiración,
¡porque eres Poesía!

VAPOROSA

 Mi amor, frenético y triste,
hace tiempo que en las alas
de un caricioso suspiro,
sin cesar, errante vaga;
es un suspiro que tuvo,
al nacer, cuna de lágrimas;
nadie le escucha, ni nadie
le alberga ni le agasaja,
acaso porque parece
melancólica plegaria...

 Si, por ventura, a las puertas
de tu sacratísima alma,
llega, virgen, mi suspiro
y con eco triste llama,
dale, por Dios, cariñosa,
compasiva, humanitaria,

un rinconcito do pueda
descansar de su jornada...
¡Déjale morir tranquilo,
dale sepultura santa!



SOLILOQUIO

¡Al fin estamos solos, virgen mía!
¡Solos, sin que la estúpida
locuacidad mundana
nuestro idilio interrumpa!
¡Cuánta dicha, al hallarse
hoy nuestras almas juntas!...
¡Ya parece llegada
la noche encantadora de las nupcias!
Amémonos cual Fausto
y Margarita... ¡Nunca,
nunca estuve tan cerca de la Gloria,
ni gocé tal ventura!
Unamos, cariñosos,
nuestras bocas, y súbita
suceda la erupción de besos ígneos
formando leda música...

¿No quieres que te adore?
¿No te place esta angustia
y dulce soledad que nos rodea,
que en columpio amoroso nos arrulla?
¡Habla, virgen! ¡Responde!
¿Por qué insensible y muda
permaneces? ¿Acaso
el desamor simulas?
¡No calles, alma mía!
¡Tu silencio es sañuda
saeta que me hiere despiadada
el corazón! ¡No sabes qué es angustia!!...

* * *

¡Perdón... perdón! ¡La fiebre
alucinó mi mente, me hizo burla,
animando un momento
tu bella y fotográfica figura!
Yo ví tus grandes ojos
hinchidos de luz fúlgida;
sonriendo tus labios, y tu seno
con esa ondulación de las espumas...
¡Todo fué fantasía
de un ensueño, locura!



¿AMOR...?

¿No sabes qué es amor? En un momento
te lo voy a explicar, amiga mía,
tal como lo ideó mi fantasía
y venturoso palpitar lo siento:

Es del alma el más puro sentimiento,
sacrosanta ilusión y Poesía,
suaves ondas de tierna melodía
y deleite infinito del tormento.

Dos latidos en uno. La dulzura
de unos ojos que saben de ternura
y se incendian con fuego de embeleso...

Una boca que se abre a la sonrisa
y en otra boca ciérrase en un beso...
¡El Amor eres tú, graciosa Luisa!

PROFANA

Virgen adorable...
Reina, Reina mía,
ábreme las puertas
de tu sacratísima
pasión, y si acaso,
si acaso es impura mi alma, ¡purifícala!
Es mi alma un sepulcro;
muchas alegrías
en él duermen, yacen...
emociones íntimas
de infantiles tiempos,
de tiempos felices... ¡Virgen, resucítalas!
Vuelve a mí tus ojos,
dame tus sonrisas...
¡Tu cariño es bálsamo
que penas mitiga,
amengua tristezas,
desvanece cuitas!

Concédeme, afable,
la soñada dicha,
y yo, fiel devoto
vuestro, con la mirra
de mis versos, siempre
habré de incensarte... Besaré la fimbria
de tu sacrosanta
túnica, adorándote por toda la vida.
Con mis pensamientos, con todos mis éxtasis
formaré oraciones, preces amantísimas
para venerarte
por toda la vida...



DULCES ARMONIAS

Música son tus ojos y tus labios:
cuando alegre solfeo
la melodía escrita en el pentágrama
de tus pupilas, en el alma siento
ya *agitato*, ya *dolce e maestoso*,
ya *pianissimo* o *presto*,
todas las impresiones amorosas
que el Músico Supremo
expresó con los signos nitescentes
de su elevado genio.
Tus palabras son notas juguetonas
que sirven de *intermezzo*;
y tus risas joviales,
encantador arpeggio
¡que ojalá nunca apague
la gama de suspiros en *allegro*!
¡Feliz aquél que duerma
y sueñe con el cielo,
dulcemente arrullado
por el ritmo fogoso de tus besos!...

AÉREA

Yo he forjado en las fraguas de mi alma,
de mi alma en lo íntimo,
depurado de toda lascivia
un beso melífero;
se compone de ensueño, dulzura,
ilusión, alegría, cariño...
de toda la dicha
que os deseo y a solas concibo.

Ese beso—jinete invisible—,
cabalgando gozoso y alígero
en las ráfagas ténues del aire,
va cruzando la esfera con brío.

Si habéis de acogerle
con pasión, con anhelo afectísimo,
mentalmente llamadle... llamadle,
y en vuestros benditos,
sonrosados labios
tendrá dulce nido,

y halagado será por sonrisas,
sonrisas de idilio...

Si vos no queréis,
si no os place, tal vez, recibirlo,
dejad que en el éter,
convirtiéndose en hondo suspiro,
agonice, fenezca
con lúgubres ritmos...



RÁFAGA

Bailábamos festivos... Nuestros cuerpos
columpiábanse en la onda
eléctrica del ritmo
con placidez erótica...

Yo veía en el fondo de sus ojos
de clásica *madonna*,
irradiaciones tenues
de aleteos de gloria;
dulcedumbres de amor, de amor omnímodo
que, dormido en la alcoba
de su febril retina,
soñaba allí a la sombra
de sus negras pestañas, como sueñan
las aves y las rosas.

Por la ancha comisura
de la herida venusta de su boca
manaba dulcemente, dulcemente
la sangre fresca y roja

de las sonrisas, como
sentimientos de novia...

Y unidas nuestras almas por sublime
atracción, en el fuego de la estrofa
se incendiaban, besándose
con lenidad mimosa...



BALADA

¡Ay, no suspires,
que olvidar quiero
luctuosas horas,
tristes recuerdos!
Rían tus labios, rían tus ojos...
Pierrot, bailemos...

.....

Dí: ¿no divisas
el umbral célico?
¡Ya hemos llegado! ¡La Gloria es ésta!
No sé qué siento...
Antes que rueda mi alma, abatida,
en el infierno
de mis tristuras,
penas y tedios,
entre las ondas del postrer ritmo
te doy... ¡un beso!...

UNA PÁGINA

En el estuoso lecho
de su mórbido pecho,
soñando con los mimos seductores
del Céfiro, dormían unas flores.
Pedí me diese una, con antojo
de que antes la besara. Ella, sonrojo
presentando, neurótica, indecisa
y sus labios orlando en la sonrisa,
tomó una linda rosa;
besóla al fin, y luego
díómela, cariñosa...
¡yo también la besé con ánsia y fuego!
En tal instante, entre los delicados
pétalos perfumados
de aquella flor, nacidos al efluvio
de afectos ideales,
celebraron hierático connubio
dos besos pasionales.

Con la veneración dulce de un bardo,
hoy, solícito guardo
aquella casta flor, la rosa aquella
de plegada corola, ya marchita,
que una noche festiva pedí a Ella;
¡noche augustal, solemne!
¡Recordación bendita
que en mi mente será siempre perenne!
Cada vez que la beso, siento espasmo
de amoroso entusiasmo;
y cuando la interrogo, mentalmente,
si la joven ausente
que tanto me enamora,
de mí se acuerda, al parecer contesta
con lengua encantadora,
con eco misterioso de floresta:
—¡Hace tiempo te adora!
Esa flor es emblema de embeleso;
es custodia que encierra
para mí, lo más grato de la tierra:
¡la hostia sacra del beso!...



SIMULACION

*La mentira es un vicio
del alma y del corazón.*

CHESTERFIELD.

Cuando la ví llorar, mustia, quejosa
por celos de amor, todas las fibras
de mi sensible corazón, de pronto,
quedaron conmovidas;
y sentí honda tristeza, pesadumbre
asfixiante, infinita...

Procuré reprimirme inútilmente:
¡también se oscurecieron mis pupilas!

.....

Y al saber que su llanto
fué tan sólo mentira
propia de comedianta, halago hipócrita
de su pasión ficticia,

¡yo siento aquí en el alma
amargura de acíbar
mezclada con el asco y el desprecio
que el coraje me inspira!...



VIGILIA

La lectura me cansa, me fastidia;
todo es presagio lúgubre, funesto...
Nublada está la luna... Llueve a ratos.
Es media noche ya. Me falta el sueño.

Parece que las horas—risotadas
sarcásticas del Tiempo—
pasan con lentitud, con indolencia,
como de mi dolor la burla haciendo.

Infernales ideas, de repente,
acuden en tropel al pensamiento:
me aturden, me enloquecen, me trastornan,
¡parece martillean mi cerebro!...

Una lucha interior me martiriza;
pone en tensión mis nervios,
que quieren reventar como petardo.
Toco la realidad—triste esqueleto—.

La ilusión más sublime de mi vida,
al sonreír, ha muerto.

La lloro con pesar... ¡He descendido
de la Gloria a los antros del Averno!

La lámpara ilumina tenuemente;
parpadea la luz... Da al aposento,
dibujando fantásticos contornos,
de capilla mortuoria el triste aspecto.

* * *

En mi alma sonrío, con dulzura,
la imagen de una virgen que venero.
Yo la bendigo, ¡y ella me maldice
creyéndome protervo!

Cada día que pasa, en mi memoria
más se aviva y agranda su recuerdo;
cada día que pasa,
más cariño la tengo.
En caricioso éxtasis
creo abrazar su cuerpo,
y sentir en mis labios, de sus labios
las caricias de fuego...

Contemplo mi semblante
en el bendito espejo
de sus ojos de gloria
—vislumbres del ensueño—.

Y escucho su voz rítmica,
y los suspiros quedos
que de su pecho exhala
—de angustia mensajeros—.

* * *

La fiebre me devora... Ante mi vista
veo cruzar espectros,
haciendo horribles gesticulaciones,
¡conduciendo mi féretro!

Suena el alba. Percibo carcajadas
de espíritu malévolo...

Sensación de terror me deja atónito...
¡y todo desaparece en el misterio!



REMINISCENCIA

...De pronto penetré en la estancia aquella:
encima de un pequeño
y pobre catafalco, entre blandones,
estaba el ataúd do yacía Ella
en el último sueño
que esfumó sus más bellas ilusiones.

Ostentaba las galas
connubiales. El vaporoso velo
salía de la caja cual dos alas
que pretendiesen emprender el vuelo,
el vuelo reposado
a la eterna región de lo ignorado.

Ceñía su cabeza una diadema
de níveos azahares, que la Suerte
no quiso fuese emblema
nupcial, sino atributo de la Muerte!

El viento, que zumbaba en los cristales
con triste murmullo,
era los funerales
cantos que me fingía el devaneo.

Y por una entreabierta
ventana, penetraba
el fulgor de la Luna, que besaba
la faz venusta de la virgen muerta...

* * *

Avancé vacilante, lentamente,
automáticamente...
Cabe al féretro halléme. ¡Cruel martirio
la angustia me ofrecía!
Lúgubre enervamiento me vencía!
Quise gritar, llamarla en mi delirio,
y la voz extinguióse en mi garganta
sin surgir a la santa
vida de la cadencia.
Suspiraba, suspiraba luctuoso...
Con todo el frenesí de mi demencia
abracé, doloroso,
su yacente escultura,
su torso marmoleño,
sellando la divina comisura
de su boca con ósculos de ensueño...
Mis ojos se nublaron
en una intensa sombra de tristura,
por donde desfilaron
feos fantasmas, en extraños giros...
¡Y por fin disiparon
la mentira mis lloros, mis suspiros!

INTERMEDIO FESTIVO

PALADEOS (I)

Para E. Illanas.

Es el arte culinario
para mí el más preferido,
máxime, cuando el cocido
es puramente canario.

Me enloquecen las frituras
ya de carne o de pescado;
ropa vieja, el adobado,
y el puchero de verduras.

(I) Aunque no me haya esmerado,
sólo este *compuesto* en verso
me va a valer, de buen grado,
por lo menos... un almuerzo.

Siendo la dedicatoria
a un amigo tan cortés
y afable, de esperar es
una buena invitatoria.

Me *pirro* por los potajes
de jaramagos, de coles,
rábanos, berros, frijoles,
acelgas... y otros herbajes.

Me gusta mucho el *sancocho*;
el marisco, ¡con exceso!
y el caldo *verde*, con queso
que esté ya un poquito pocho.

En fin, ¡vayan a la porra
todos esos guisos! Nada
llama mi atención. Me agrada
mucho más... comer de *gorra*!



EL TABACO

Nada más antihigiénico,
insalubre y nocivo
que el uso del tabaco;
de buena fe lo digo...
No me retracto de ello,
al contrario, lo afirmo:
las hojas de esa planta
contienen—según químico
análisis—veneno,
que puede ser activo
si llega a concentrarse,
y está constituido
sólo en la nicotina,
que es álcali maligno.
A pesar de que es siempre
ponderado este *vicio*,
y ser de tan buen tono,
habitual y... exquisito;

va en silencio minando
nuestro pobre organismo.
Perturba nuestra mente,
causando soporífero
efecto en el cerebro,
y extingue el apetito...;
y agota los conductos
salivares, precisos
agentes encargados
del acto digestivo.

.....
En síntesis, lectores:
no hay nada más dañino
que el uso del tabaco;
¡es capcioso enemigo
que recatado avanza
y vence al individuo!
¡Mi encono hacia él es grande!
¡De veras le abomino!!!

Suspendo la escritura
en este instante mismo,
porque ya tengo ganas
de echarme un cigarrillo.



¡CÁSPITA!

Psoriasis, catalepsia, epigastralgia,
epiplerosis, grippe, meningitis,
reumatismo, disuria, asma, flebitis,
anemia, consunción, tisis, nefralgia,

sicosis, coqueluche, cefalalgia,
estreñimiento, prúrigo, carditis,
cólicos, hemorroides, enteritis,
cólera morbo, escrófulas, neuralgia,

adinamia, difteria, erisipela,
bubones, aerosis, crup, viruela,
paperas, sarampión, hidropesía...

¡Todo eso es cuasi nada, comparado
con la triste impresión, con el enfado
que produce una larga cesantía!

EN LA PLAYA

...La acariciante espuma rodeaba,
en suave abrazo, el busto de la hermosa;
y el traje delineaba
sus formas de escultura voluptuosa...

Al salir de las aguas, sonriente,
sugestiva, hechicera,
como ninfa de lago transparente,
fué a sentarse en la playa muy ligera
y recelosa, en tanto
ocultó con la sábana mi encanto...



UN GENIO INCÓGNITO

Para F. M. Ortega.

¡Esto es intolerable en sumo grado!
Me fastidia, me cansa,
envenena mis ocios...
y de la dulce calma
hace un revuelto mar, mar furibundo,
do mis nervios estallan
y pónense en tensión:
desde por la mañana
hasta cerca la noche, con muy pocos
intervalos de pausa,
un músico adyacente
en su instrumento ensaya,
casi a diario, la misma cantinela
de estólido pentágono.
Son monótonos *ruidos*
que estropean el tímpano, y enfadan;

unas veces son fuertes, suaves otras,
 y tienen semejanza
 al áspero glú-glú
 que producen las gárgaras.

Para ese feliz Verdi
 (¡maldita sea su estampa!)
 la Música es *sport*,
 grato solaz, gimnasia,
 sistema digestivo
 y... su única esperanza.

Permita Dios que, siempre
 cuando me halle en mi casa,
 a ese ruín filarmónico
 se le inflamen las glándulas,
 y no haga competencia al Dios Eolo
 (el cual debe tenerle mucha rabia);
 o que reviente al fin en un hartazgo
 de crueles disonancias,
 y pueda yo, de nuevo,
 restablecer la paz bendita y santa.
 Y así, no disipando mis ideas
 —mariposillas blancas
 que sueñan con la aroma de los versos—,
 poder *elaborar* dulces, románticas
 estrofas, que serán para mi Filis
 sonrisas de alborada!



DEL NATURAL

Para M. Placeres.

I

—¿Se da permiso?

—Adelante...

—¡Hola, querida Enriqueta!

¿Cómo estás?

—Muy bien, ¿y tú?

—Perfectamente...

—¿Qué vuelta?

—Ya ves; como estaba ociosa,
y vivo de aquí tan cerca,
se me ocurrió visitarte...
aunque no me lo agradezcas.

—¡No digas eso!

—Perdona

que hable con tanta franqueza.

—Toma asiento.

—Bien... ¿Leías?

—No; estaba hojeando esta obra.

—Cómo se titula?

—“Consuelo”.

—Y qué tal? ¿Es buena?

—El autor es Luis de Val.

—¿Luis de Val? ¡Qué me deleitan todas las obras de ese hombre!

¡Escribe de una manera tan magistral los amores... que da alegría y tristeza!

—A mí me gusta el amor, pero no el de las novelas, sino el amor de verdad.

—¡Bobita! Ese no se cuenta, porque ése para nosotras tendrá siempre preferencia, a pesar de que nos quite el sueño la placentera imagen del bien amado, y nos cause inapetencia.

¡Ay!, qué dicha es el tener trastornada la cabeza...

—¿Eh? ¿Que estás enamorada?

—Algo me pasa, Enriqueta, parecido.

—Cuéntame algo.

—¡Curiosilla! Pero sea

dicho en secreto...

—Descuida,
que yo...

—Bueno. ¿No te acuerdas
de aquel joven elegante
que vimos en la verbena
del Carmen?

—Aquel que estaba
de bromas con las de Herrera?

—Ese mismo...

—Ya, ya; sigue.
—Pues me remitió una esquila
amorosa, al día siguiente,
muy perfumada...

—¿De veras?
—Y con versos muy bonitos.
—Se conoce que es poeta.
—¡Ya lo creo! Sus palabras
son cariñosas y tiernas;
tiene unas cosas... tan dulces...
Me dice que soy su Ofelia,
que voy esparciendo flores
virginales en la senda
del Amor...

—¿Te has arreglado
con él?

—Sí, pero en reserva.
Todas las noches hablamos
un ratito por la reja...

¡Qué simpático y amable!

—Recibe mi enhorabuena.

—Oye, ¿y tú, cuándo te lanzas al combate? ¿Tú no piensas?...

—Es muy temprano; aún hay tiempo para entrar en la refriega.

(La señora de la casa hace su entrada en escena.)

II

—Muy buenas tardes.

—Felices, señora.

—¿Cómo se encuentra usted?

—Bien, gracias; ¿y usted?

—Así, así; pasadera solamente...

—Pero, ¿cómo?

¿Es que ha estado usted enferma?

—Ayer estuve perdida, casi loca de las muelas.

—¿Y no está aliviada?

—Un poco.

—Sí, niña: con la receta que anoche le hizo papá, al momento quedó buena.

—No del todo.

—Mamá, siempre,
por lo más leve que tenga
se pone insufrible.

—Lástima
de que tú no padecieras...
(Breve pausa.)

—Está la tarde
muy hermosa.

—Sí.

—Y espléndida;
pero el calor es muy fuerte.

—Eso es propio de la época.
El mes de Agosto es nombrado
por caluroso.

—Yo, apenas
me muevo, ya estoy sudando...
¡me sofoco!

—Cualesquiera.

—¿Y no se bañan ustedes?

—Nos ocasiona molestias.

—Sí, estuvimos el verano
anterior en las Canteras
una corta temporada:
nos dimos media docena
de baños.

—A mí me ponen
gorda y...

—Vamos, que te sientan.

—El bañarse en esas playas
es dar lugar a burlescas
conversaciones de niños
cursis, vejetes y horteras.

—¡Playas hermosas!

—¡Muy lindas!

—Para mí no; ¡me revientan!

(*Otra pausa.*)

—Me despido.

—¿Cómo? ¿Tan pronto nos deja?

—Ya he molestado bastante
por hoy.

—Usted no molesta
nunca en mi casa, al contrario...

—Al contrario, nos alegra
y honra tu visita.

—Gracias,
gracias. Adios, Enriqueta;
hasta otra vista, señora.

—Cuando usted guste.

(*Se besan.*)

—Adiós.

—Recuerdos.

—Adiós.

—(¡Qué cursilona, qué necia!)

III

—No me agrada tu amiguita;
tiene semblante de vieja.

—Jesús, mamá...

—Me parece
que no baja de los treinta,
¡si no pica!

—Por la cara,
o mejor, por la apariencia,
no debe la edad juzgarse.

—Pero, niña, ¿tú eres ciega?
No me cabe duda.

—Tiene
buen color...

—Que cae en sospecha.
—Vas a decir...

—Que se pinta;
y no te cause extrañeza.

—Tú siempre le pones faltas
a todo el mundo.

—¡Enriqueta!...
—Pero, mamá, no critiques
a nadie de esa manera!

—No me gusta criticar,
hija mía. La experiencia
es el libro de los años
que la verdad nos demuestra.

¿No apercibiste al besarla...?

—¿El qué? ¿Del modo que besa?

—No es eso; que tiene el cutis que parece de bayeta; la piel áspera, escamosa, de los afeites que emplea para dárselas de joven, de guapetona.

—Que sea como tú dices, me extraña porque está bastante gruesa, y bien formada...

—No tanto; algunos postizos lleva. Cuando otra vez venga a casa, me quedaré satisfecha: pues disimuladamente la he de palpar las caderas...

—Si lo nota...

—No seas niña.

—¡Ay, Dios mío, qué vergüenza!

—Yo sé hacer todas mis cosas mañosamente. No temas.

—Pero, mamá, ¿qué consigues con eso?

—Darte una prueba de que nunca me equivoco, y que por fin te convenzas.

*(El diálogo se interrumpe
aquí, porque la doméstica
viene, de pronto, a avisar
que está servida la mesa.
Pero luego continúa
con más entusiasmo, mientras
se come, y al fin termina
con agudas cuchufletas.)*



CHARLA

—¿Por qué así, mirándote,
me creo dichoso?

¿Por qué siempre sueño
contigo?

—¡Anda, tonto!

¿Te estás guaseando?

—¡Pensar de ese modo
no debes!...

—Chiquillo,
¡estás tragi-cómico!

—¿Es que mis tontunas
te causan enojo?

Perdóname...

—¡Calla!

—Yo soy un estólido!

—¡Uy, qué cosas dices
tan fuera de tono!

—¿Se te va pasando?

—Nunca me incomodo.

¿Me quieres?

—Te quiero...

—¿Mucho o poco?

—Poco.

—¡Gitana!

—¡Salado!

—¡Graciosa!

—¡Gracioso!

—Bésame...

—Te beso

siempre que te nombro!

—Eres de bondades
bellísimo acopio!

—Soy mala... Padeces
grande engaño.

—Como

sé que eres muy buena,

tu bondad encomio,

divina Muñeca

de mis sueños de oro.

Tú eres buena.

—Gracias,

gracias por lo pródigo.

—Cabeza de pájaro

saltarín y loco,

¡qué dulzura siento

viéndote!...

—¡Lo propio

me sucede a mí!

—¿Me quieres?

—¡Te adoro!

—Siempre, amada Santa,
seré tu devoto...

Dime, Muñequita:
¿conoces los ojos
que, en tanto se besan,
forman de ese modo,
o muy semejante,
placible coloquio?



LIBRO II
TARDECER

DEDICATORIA

*A los adorados ojos
color de suave esmeralda,
que siempre miran a lo alto
demandando venturanza,
y se posan en mis versos
como mariposas, ávidas
de libar todo el amor
que en ellos encerró mi alma...*

TARJETA POSTAL

A LA SRTA. TERESA OBRADÓ MONTSENY.

Quiero cantarte, pero ¡vano empeño!
porque falta a mis versos melodía.
Si asomarme pudiera, amiga mía,
por tus ojos—ventanas del ensueño—

y lograra un instante hacerme dueño
de toda la dulzura y alegría
que guardan en su fondo, rimaría
apasionado cántico halagüeño.

Son mis fútiles versos mariposas
de almas enfermas, de modestas galas,
que hacia tí se dirigen cariciosas...

Ellas te incensarán, soñando amores,
con el suave polvillo de sus alas
y tus piés besarán como a las flores.

ACUARELA

Como novia que sonríe
en un romántico ensueño,
decae la tarde, y desl e
en las nubes su halagüeño
resplandor de ópalo y grana.
El Aura, al pasar, musita
amores...

El eco imita
la cantur a lejana
de pastoril caramillo,
mezclada al rumor pausado
de esquilas.

Un pajarillo
hiende el espacio, alocado.
Una vieja mendicante
—espectro de una leyenda—
cruza la empolvada senda

lentamente, jadeante,
murmurando el Salterio...
La madre Naturaleza
queda envuelta en un misterio
de nostálgica tristeza.
Y en medio de esta sagrada
placidez de amor, me pierdo
dulcemente en tu recuerdo,
que es vida y muerte, mi Amada.
Y pasas sutil, silente,
sonriente,
dejándome en suaves huellas
tus besos y tus suspiros...
Van naciendo, en lentos giros,
las estrellas...

Junio, 1913.



TU SONRISA

Tu sonrisa es cuento azul
recitado por las Hadas
de la Selva, con misterio de murmurios,
con lenguaje sin palabras.

Es la alondra que en el nido de tus labios se despierta
en un largo desperezo de alborada,

y esponjando en la tibieza de tus besos adormidos
las plumillas de sus alas,
el poema del cariño
por primera vez ensaya.

Yo no he visto una sonrisa
más gloriosa ni más plácida
que la tuya, Teresina. Tú sonríes, y parece
como si una voz lejana
al recuerdo le dijera:

—“Encended vuestra lámpara.
Velad siempre; no os durmáis.

¡Una ráfaga
 de los aires del Olvido,
 pasar puede y apagarla!
 Nunca debe hallarse en sombra
 el santuario de vuestra alma;
 en la luz vive el afecto
 que se siente por los seres y las cosas muy amadas...”
 Tu sonrisa tiene suaves,
 dulces dejos de añoranza
 y vislumbres de tristeza,
 de tristeza que me encanta.
 Nada importa no sonrías:
 siempre tienen dibujada
 la sonrisa, los hoyuelos
 de tu cara;
 los hoyuelos pequeños,
 que son guardias
 de alto honor
 en el pórtico divino de tu boca de escarlata.

¡Ojalá que tu sonrisa
 —dulce faro, egida santa—
 a las naves - ilusiones
 de amorosas esperanzas
 siempre guíe y, que salvando
 los escollos de amarguras y de lágrimas,
 felizmente llegar puedan
 hasta el puerto de esa tu alma!

¡PURIFÍCATE, AMOR!

¡Oh, Cupido, no hagas
que acabe tu Imperio!
Depura tu espíritu
de los sentimientos
maleados, hipócritas,
en el santo fuego
de la Gloria. Templa,
imanta de nuevo
los ya ferrugíneos
arpones del viejo
carcaj. Cuando, alegre,
bullir en tu pecho
sientas los eróticos
fluídos eléctricos
del santo cariño,
dulcísimo, célico;
cuando tú renueves,
sin viles adeptos,

el poder monárquico,
absoluto, eterno,
podrá ser que entonces,
con plácido afecto
me quiera la virgen
de mis pensamientos,
a quien tanto adoro,
con quien siempre sueño,
por quien tanto sufro
y lloro en silencio
en mis crueles noches
de penas y tedios...

¡Oh, Cupido, no hagas
que acabe tu Imperio!



CAPRICHO

Si a mí, por una vez, fuérame dable
y Apolo se mostrara más afable,
un cántico de amor te escribiría
abundoso en dulzura y sentimiento,
y fuera mi contento
trocarne en la sonora parlería
—que es perfume de encanto—
de los versos que a tí te placen tanto.

A tus manos llegar, muy humilde;
que tú me recibieras
con ingénuo alborozo,
y luego me leyeras...
Y poder yo, sin inferirte agravios,
con plácidos excesos
fundir en la tibieza de tus labios
mis besos con tus besos,
y mirarme de cerca en tus pupilas
soñadoras, tranquilas.

Y al fin, ya satisfechos mis antojos,
—creyendo me he quedado
a vivir en el fondo de tus ojos—
morirme, en ledos giros,
de todos olvidado...

¡Alcanzar por exequias tus suspiros
y ser en tu memoria sepultado!



A UNA COPA

Ven aquí: quiero en tu borde
posar, cristalina copa,
mis labios, en igual sitio
donde Ella acercó su boca;
en donde puso Ella el raso
de su bipétala rosa,
para sorber aquel líquido
que a tu cuerpo daba sombra.
Ven, que deseo apurar
esas cuatro o cinco gotas,
y fingirme que es un beso
amantísimo de novia;
un beso que Ella, tal vez,
dejó en tí, para que ahora
yo lo guste como filtro
de dulce pasión erótica...

Ven aquí: quiero en tu borde
posar, cristalina copa,
mis labios, en igual sitio
donde Ella acercó su boca...



*
* *
*

Con la pasión intensa
de los versos que siento y a la rima
nunca logro adaptar;
con la santa alegría
de las noches de luna
que, trocada en caricia,
despierta los sentidos
y al alma en un arrullo dulcifica;
con todos mis pensares,
con toda la ternura que palpita
en la sutil urdimbre de los sueños
tan gratos como breves, formaría
luminosa diadema
de bondad y de dicha,
que circundara siempre
tus sienes, alma mía.



ROSAS DE PASION

Tus ojos serenísimos
—alborada de Abril—en mi alma hicieron
florecer una dulce primavera
de amor... Un florilegio
de esperanzas, su aroma
esparció en el ambiente del recuerdo...

Por carencia de abrigo
hoy se mustian las rosas que nacieron
pletóricas de savia; sólo quedan,
prestándose al tormento
de mis sienes, sus secas y punzantes
espinas... ¡Ya padezco
pesar, y en mi Calvario,
con los brazos en cruz, tu sombra espero...!

Mayo, 1914.



AL FIN

Del célico Vergel fué transportada
hasta la faz geóstica, en la alada,
placible brisa, atómica simiente.
Arraigóse en la tierra fuertemente,
y la planta creció, creció humildosa;
brotó su única flor—aún en capullo—
y Febo prodigóla, con ansiosa
pasión, ósculos suaves...
Con maternal arrullo
meciéronla los céfiros; las aves
todas la adormecieron con sus trinos
melodiosos, divinos...

En un lapso pretérito,
sintiéndome florómano, inquiría

en donde hallar podría
una flor, cuyo mérito
no sólo se estibara en la hermosura.

Aunque, en verdad, mi empeño era algo fútil,
indagué sin descanso, con premura,
¡y hasta el propio deseo me fué inútil!

* * *

¡Hoy, al fin, la-encontré! ¡La buena estrella
tuve de dar con ella!
Satisfecho, suspiro
de alegría y me miro
en la flor tan ansiada y adquirida;
su bondad relevante
—afinidad galante—
hace un ensueño grato de mi vida...

Esa modesta flor
eres tú, Pastorcita... ¡Feliz fuera
si por siempre pudiera
conservar el perfume de su amor!



AÑO 1914

...En el vetusto y tosco
reloj de la Basílica,
lentamente ha sonado
—como una voz dolida—
la postrer campanada de las doce
de la noche, y en temblor de agonía
se pierde el triste són. ¡Es el suspiro
del año que agoniza!

* * *

¡Muchos dulces recuerdos,
por mi mente desfilan!
Y digo, tristemente:
“¡Cómo se va la vida...!”
Me acerco al Calendario
—cuyo cromo dibuja una lindísima

pareja medioeval de enamorados,
en suaves giros de minuete unida
con gracia seductora—; y desprendiendo,
con cariño y dolor, la última hojilla,
imprimo en ella un beso
de gratitud sentida,
y en aire de suspiros
la dejo descender...

¡Cuánta alegría
debo al año que acaba de partir!
Es justo le bendiga
y le guarde memoria para siempre:
me franqueó las puertas de la dicha,
haciendo que surgieran
las rosas que yacían
en gestación de ensueños,
y el perfume de amor—como divina,
dulce serenidad—llegase al alma
de mi adorable y buena Pastorcita...



RESURRECCION

...Torno a la vida, a este valle
de amargura, tras un largo
desperezo. Con molestia,
mis adoloridos párpados
se descorren.

Amanece
agradablemente, cuando
el albor de tu recuerdo
viene a poner en mis labios
una sonrisa...

A distancia
se escucha el chirriar de un carro;
es un chirrido uniforme,
rudo, perezoso, tardo.
Mil rumores de mil cosas
indefinibles, el ámbito
llenan, y pasan con una
dulce suavidad.

Un gallo

—pregonero de las horas—
lanza su robusto canto,
que es repetido por otro,
y otro, y otro más lejano.
Ledo signo de quietud
se manifiesta en un lapso
brevísimo.

En el viejo campanario
de la Iglesia, la campana
convoca a Misa.

A intervalos,
los goznes de algunas puertas
rechinan; suenan los pasos
de los obreros que marchan
al trabajo.

Una devota vecina
sale apriesa, carraspeando
y tosiendo,
camino del templo santo.

Me incorporo.

Resucito de un fantástico
mundo, para entrar en éste
que es malévolo y falsario.
Vengo de nuevo a sufrir,
y sufriré resignado
y a gusto, porque tu amor
dulcifica con encanto
todas mis penas, y pone
una sonrisa en mis labios...

NOCTURNO

...El cansancio me enerva.
En mi espíritu triunfa,
irguiéndose imperiosa
y fátua, la TRISTURA.
Al DOLOR me prosterno, que me halaga
con toda ingenuidad.

En la absoluta
quietud que me domina,
me asemejo a una rústica
cariátide, que tiene el don grandioso
de sentir y pensar. ¡Son muchas, muchas
las cosas en que pienso,
las cosas que me ocupan!

Como en un natalicio
de estrellas, surges tú de la penumbra

del cariño, vistiendo
la dulcísima túnica
del recuerdo. Parece
que tus ojos me buscan.
Con paso medurado te aproximas,
y cabe a mí te sientas. La frescura
de tu respiración
en mi cara percibo, que simula
lenidades de besos...
Como lejana música
fíngome oír tu tierna parlería...
¡Ay, Santa, tú eres la única
sombra que me acompaña
en mi triste retiro; la que endulza
las horas de mi vida, y desvanece
todas mis amarguras!
Porque tú eres alegre
como la dulce bulla
que ríe en las sonajas
inquietadoras de una
pandereta, y festiva
como las Aleluyas
del Sábado de Gloria...

¡Te adoro, Santa augusta,
porque en mis largas y luctuosas noches
vienes a acompañarme, y en la cuna
de aladas ilusiones,
con un Salmo de amor—todo ternura—,
entre risas y besos
me cantas y me arrullas...!

YO SOY UN NEURASTÉNICO

Yo soy un neurasténico de amor, un visionario.
De penas y tristezas llevo en mi alma un rosario
de abrumadoras cuentas, que paso una por una...
Yo me siento romántico y sueño con la Luna.
Yo sueño con la Luna, porque es la confidente
de todos mis pensamientos... Tiene ella algo atrayente,
así como el dulcísimo mirar de una Quimera
en un lapso de fiebre. Mi mejor compañera
es ella, y me parece que alguien en quien yo pienso
en su fulgor me envía letable ósculo intenso...

La Luna es una novia que tiene analogía
con todas las Amadas; la Luna es Poesía...
La prosa de la Noche—que suena en mis sentidos
con lenidad de bálsamo en miembros malheridos—,
en mi espíritu teje la ilusión de un encanto
con la sutil hilaza de los recuerdos. Tanto
me seduce y deleita que, hecho carne, el Deseo
entre mis labios finge poner el saboreo

de un algo no gustado...

La Noche es una Maga que abre todas las puertas del Misterio, y embriaga con gratos maleficios, y con delectaciones, las almas que se adoran en santas comuniones; y en la quietud augusta de las murientes horas que ruedan como lágrimas ledas, consoladoras, las induce a besarse con hálitos de brisa.

¡Cada beso es el nuevo embrión de una sonrisa!

Yo venero estas noches de clarezas divinas, porque en ellas hay átomos de aromas femeninas, ecos de dulces voces, corrientes de ternura y halagüeños presagios de soñada ventura...

En estas apacibles, bellas noches paganas, remembrando las cosas dilectas y lejanas, vago como un noctámbulo, y creo no vivir en este ruin planeta, cautivo del sufrir.

En estas noches claras, en que de amor deliro, todo mi ser quisiera cambiar en un suspiro para acercarme a tí; y, cual las mariposas descansan en los pétalos de las fragantes rosas, dormirme en los sentires de tu alma, que es sagrario de pasión y bondad...

¡Yo soy un visionario!

Yo soy un neurasténico que con fervor te nombra.

¡Yo soy un visionario que persigue tu sombra!...



SALMO DE BENDICION

*Yo te bendigo, y quiero que conmigo
Dios y el cielo y la tierra te bendigan!*

EDUARDO MARQUINA.

Yo bendigo con toda ingenuidad,
desde mi triste ausencia soñadora,
tu amable voluntad.

Yo bendigo tu mano decidora
que da a la pluma suaves movimientos;
yo bendigo la pluma que traduce
todos tus pensamientos.

Tu pensamiento es santo,
porque en él se trasluce
la bondad—don de encanto—.

Bendigo la escritura,
y los signos que copian la ternura

de tu alma vehemente;
yo bendigo al papel que, dócilmente,
esos signos acepta.

Fervoroso bendigo
al soberano Tetis—nuestro amigo—
porque nunca tus cartas intercepta.

Yo bendigo tus cartas, porque son
regia llave sagrada

que permite la entrada
al camarín de tu alma en ilusión.

Yo te bendigo a ti, porque eres buena;
y siempre ruego a Dios que te bendiga,
porque aquietas la pena
que el alma me atosiga.

Alejarme de todos es mi empeño
para poder, a solas, recordarte;
la distancia acortar en un ensueño
y junto a mí sentirte...

sentirte en un abrazo, y adorarte,
y la venia pedirte
para poder, con bendición, besarte...



BAJO LA LUNA

No en vano te esperé, mi Bienamada;
mi pobre corazón te presentía
como un feliz augurio. ¡Con mis penas
hallábame tan solo,
hallábame tan triste...!
Pero por fin llegaste. ¡Bienvenida!
Pasemos el umbral de mi palacio
de ilusión, donde vivo
amándote, creyendo siempre en ti...
Descansa, pues, un poco.
¡Ay, Alma, qué dulzura
todo mi ser invade!
A pesar de ser breve,
la vida no es tan mala
cuando juntos estamos como ahora!
¿Has descansado ya? Pues ven conmigo.
Apóyate en mi brazo, Amada mía.

Un ensueño es la noche.
La brisa recitando
va un cuento azul.

Crucemos
aquella larga senda
que blanquea la Luna.
Apóyate mejor.
Dame un beso en la boca...
Y otro, y otro...

Sigamos!



¡SOMOS DOS SERES BUENOS!...

...Aligera tu paso! Ven, acércate...
La Noche está a su término,
y el Alba se pronuncia
en un divino sonreír de ensueño...
Dame tu mano y salta
a mi esquiife de amor.

El pensamiento
—que liga nuestras almas
con un vínculo eterno—
es nave que nos lleva
por azulinos piélagos
de encanto.

Salta, salta...
Dejemos la ribera. Ya dispuesto
se halla el timón. Anímate...
Siéntate. Toma un remo,
yo el otro. Con los brazos
que están libres, unamos nuestros cuerpos...

Echemos hacia atrás todas las ondas
de tantas inquietudes, y boguemos
a nuestro franco antojo.
No muestres, Bienamada, miedo al miedo.
Si acaso naufragamos,
asidos moriremos
en la suave caricia tremorosa
del agua, como un beso.
Vamos con rumbo a la Felicidad.
¡Somos dos seres buenos!...



HORA CREPUSCULAR

El bullicio del día
los párpados entorna
en la penumbra tenue,
dulce y evocadora.

Las aves, en bandadas,
acuden a la fronda
—grandioso templo—, donde
su ritual las convoca;
y allí con ritmos suaves,
una oración de despedida entonan
y elevan al Altísimo,
autor de la Natura sabia y pródiga.

Las flores, desplegando
unas el broche y replegándolo otras,
en callados suspiros
exhalan suave aroma.

Y suenan, a lo lejos, las esquilas
del ganado, que torna
al aprisco. Semejan
parlotear de niños que retozan

y ríen; rumor que Eco,
la enamorada de NARCISO, roba
y repite, creyéndose,
como en sus tiempos mozos, muy dichosa.

El Amor sueña... sueña
la romántica hora
del Crepúsculo triste
que, sumiso, se postra,
como humilde vasallo, hasta que llegue
Su Majestad la Aurora.

Yo adoro este intervalo
de dulzona tristeza
y de misterio, que es
convocación brujesca
de amor; plácida hora
de almas enamoradas, que se acercan
en un *beso sin labios*
y en el mañana sueñan...

Yo adoro este intervalo
de encantador arrullo,
porque nació una tarde
a la hora del Crepúsculo.



CUANDO MUERE LA TARDE

Todos los días, cuando dulcemente
desfallece la tarde
entre sonrisas de violeta y rosa,
en un suspiro se abre
mi Corazón, que es templo y camarín
donde guardo tu imagen.

Profusión hermosísima de luces
todo el altar invade,
quedando Tú divinamente envuelta
en un ensueño de penumbra suave...
Las más gratas aromas exquisitas
—por mi mandato— pasan a incensarte.
Y musito mis rezos
de adoración galante;
son rezos adaptados a los ritmos
de dulce sonatina deleitable,
que el vespéral Pastor,
en blando soplo y con sus dedos hábiles,

ejecuta en la flauta de la brisa .
y vibra en las moléculas del aire.
Al terminar el culto,
medito con dulzura de pensares...
Y cuando suena el *Angelus*,
mi Templo-Corazón vuelve a cerrarse!



RIMA TRISTE

Larga es la noche.

La pena
rima en mi alma una Dolora
que suspira, gime y llora...
En la lejanía suena
—como un mal presentimiento—
el ahullido quejumbroso
de un perro. Supersticioso
nunca he sido, pero siento
tristeza y escalofrío...
¿Me rondará, por ventura,
la DAMA PÁLIDA? ¿Augura
ese animal el fin mío?
¿Tendré presto que partir?
¡Nada entiendo... no sé nada!...
¡Oh, ven, Sombra de la Amada,
a ayudarme a bien morir!

Ven; olvida tus agravios
y tus lágrimas reporta,
porque el llanto no conforta.
Haz que musiten mis labios
tus decires, como rezo
final de nuestra pasión...
Dame, en dulce conjunción,
la Eucaristía de un beso...



REMEMBRANZA

Cual página de gloria,
conservo en la memoria,
dulcemente, la fecha
de aquel primer paseo: regresábamos
jubilosos... Bajábamos
una larga y estrecha
sendica, entre dos lomas,
con expansiva intimidad charlando;
contestabas mis bromas,
más que con la dicción, con la sonrisa.
Por tus gracias, la brisa
—*enamorada boca*—, desatando
tus cabellos, ponía una diadema
de besos en tu frente...

La suprema
belleza de la tarde era un sonoro
canto de dulcedumbre...

El Sol, tras de la cumbre,
—como pájaro de oro
que extendiese las alas—fenecía.

Abajo, casi frente
a nosotros, cortábase el paisaje
de la noble Ciudad, que aparecía
envuelta, mansamente,
en penumbra de encaje
pálido malva-rosa.

La senda polvorosa
seguimos descendiendo
alegres: tú, callada
a ratos, y yo urdiendo
divinos ideales...

Llegamos al final de la jornada
con un grato jadeo.

Diminutas pupilas siderales
asomaban, con dulce parpadeo,
por la azul celosía.

El corazón
despertóse por fin de su funesta
y larga soñación,
rimando el madrigal de los amores...
¡Y fuiste tú la Reina de la fiesta
en mi alma, todo paz y resplandores!



EL DOLOR

Maestro Dolor, filósofo Maestro,
bien sabéis que soy vuestro
discípulo, más pobre y más humilde;
—sin conceptuarme mal, sin ningún tilde—
por un largo período,
permitid que abandone
vuestra cátedra, y todo
estudio.

 Mi salud
decae visiblemente y se indispone.
Grande es mi gratitud
por el afán que siempre habéis tenido
en darme educación.

 ¡No cabe duda
que, aunque torpe, he aprendido!
Vuestra férula ruda
me hizo ser aplicado
y también muy sufrido...

¡Oh, cuántas ocasiones,
con el semblante en lágrimas bañado,
repasé las lecciones
del Libro-Sentimiento!

Y disipóse al fin la opacidad:
despertó la *Memoria*
y luz propia adquirió el *Entendimiento*,
formándose una buena *Voluntad*.
¡Las potencias del alma, que son gloria
del saber!

En el Libro-Corazón
hicísteis que en suspiros
cambiara una oración y otra oración,
y diera extraños giros
al lenguaje, en amena
y sutil fluidez de recia pena...

En Amor—complicada asignatura—,
parágrafos oscuros, raras claves
hicísteis tradujera con soltura;
y a pesar de los graves
obstáculos, hicísteisme el honor
de nombrarme POLÍGRAFO DE AMOR.

Sapiente Pedagogo,
¿lo poco que he aprendido no me basta
por ahora?

¡Perdón, si os interrogo
en forma para Vos algo atrevida!

Dejadme descansar, ¡oh Dolor!, hasta
que la salud recobre,
que se anime mi vida
y ahuyente esta tristeza que cae sobre
mi espíritu, como una
sombra de mal augurio—donde anida
el ave del hastío, fea y bruna—.

Yo os prometo, después de este vacar,
volver a comenzar
los estudios, de suerte
que logre ser graduado
en el último curso. Resignado,
con ánimo más fuerte,
acogeré, entre otros, el sublime
texto denominado
“La Vejez y La Muerte”;
postrer libro que oprime
al corazón—en ese tiempo inerme
para la lucha, y que tal vez ya duerme,
soñando con pasadas emociones,
¡que es el único goce que le queda!—;
libro santo de las recordaciones,
altamente psicólogo.
¡Permitidme, oh Dolor, que entonces pueda
gustar las amarguras de su Prólogo!



RIMAS

RIMAS

I

Era “Noche de Reyes”.
Entre las ondas lánguidas
del vals—placible céfiro
de floresta romántica—,
y en el columpio de una afinidad
galantemente franca
y dulce, nos mecíamos
sintiendo ledas ansias.

¡Era noche de amor,
espiritual, hierática!

Falange de ilusiones
hacía nidos en mi alma...
No había en el Sarao
más bonita muchacha:
por ojos tenía un cielo,
ensoñación por charla;

y sus risas alegres
parece que rimaban,
con encanto, una tierna
estrofa epitalámica...

Por fin cesó la fiesta,
¡pues todo muere y pasa!

* * *

Hoy, cuando me hallo triste,
cuando el halago del Dolor me cansa
e imagino estar muerto, desterrado
de este Valle de lágrimas,
aquel recuerdo suena
en el fondo de mi alma
y, como Cristo a Lázaro,
me dice: *¡Surge et tándula!...*

II

En el breviario
donde te rezo,
en el breviario de mis amores,
que está compuesto

de dulcedumbres y de alegrías,
penas y tedios,
como registros, entre las páginas
de más aprecio,
se hallan las flores
de tu recuerdo.

Están marcando las oraciones
—que son compendio
de fechas, y horas
de gratos tiempos—,
están marcando las oraciones
que yo no quiero
que se me olviden, porque con ellas
te rindo culto. Son el incienso,
dilecta Santa, de este cariño
que por tí siento...

III

Recordar es ley de amor,
vivir el tiempo pasado;
es alivio en el dolor
y goce de lo gozado.

El recuerdo, a veces, hiere
con saeta emponzoñada

nuestra alegría, que muere
suspirando resignada.

El recuerdo hace ver lejos
y acerca seres y cosas;
es soñación de reflejos
santos, en lecho de rosas...

IV

En tu libro de oraciones,
entre sus místicas páginas
de consejos saludables,
de dulces, sapientes máximas
—que confortan el espíritu—;
se encuentra una humilde estampa
donde, profano, estampé,
pensando en tí, lleno de ánsia
amorosa, suaves besos
con hálitos de mi alma...
¡Ojalá que, cuando reces
fervorosa, con fe santa,
resurjan a la tibieza
de tus lindas manos blancas
y, de ternura encendidos,
puedan besar tus palabras,

formar una sola súplica
y pedir a Dios la gracia
de que nos otorgue dicha
en este valle de lágrimas!

V

Antes de conocerte,
yo vivía la vida de la muerte;
después de conocida,
viviendo estoy la vida de la vida...
¡A pesar que el amor
es dulzura engarzada en el dolor!

VI

Al correr de una estrella
pediste a Dios, con fervoroso ruego,
ventura para mí. Fórmula bella
ha sido, y te hace honor;
a traducirla llego
por afable bondad, bondad muy alta
de tu sentir ingénuo. No hace falta:
¿Qué más ventura, Amada, que tu amor?

VII

Cita nos dimos en el viejo Parque.
La noche era un encanto
que hacía despertar al sentimiento
con suave voz de bálsamo...

A la hora concertada
asistí puntualmente, suspirando
ensueños de dulzura
altamente románticos.
Ansioso te busqué,
te busqué... ¡todo en vano!
Aguardándote estuve largamente,
y no acudiste... ¿Acaso
para tí, virgencita,
en el Reloj-amor habían parado
su marcha las agujas?
Si así no fué, ¿qué obstáculo
privó a mis ojos de comunicar
al alma placer tanto?
Tristes ideas rebeldes
a inquietarme llegaron
con protervia infinita.
Por fin, desalentado,
del Parque me ausenté
lentamente, llevando

en el alma una pena
y tu nombre en los labios...

Y marchaba, marchaba
—cual singular noctámbulo—
fijándome en la Luna
que fingía presagios
de desamor y olvido;
y sintiendo el amargo
desconsuelo, llegué a dudar si yo era
un pobre ser insano
que buscaba tu sombra,
o un muerto deambulando...

VIII

Hoy, una ilusión que nace
risueña, creer nos hace
en la ventura cercana;
DESENGAÑO se complace
en alejarla, mañana.

Pues todo en el mundo es
cuento o fábula; tal vez
sin la ilusiva creencia,
habría más insulsez
y tristura en la existencia.

¡Nunca a disfrutar se alcanza
lo que nuestra mente aspira!...
¡Es una gran mentira la esperanza,
y vivimos creyendo en la mentira!

IX

Con fulgencia de estrellas,
vi temblar unas lágrimas
al borde de los párpados
de la siempre bondosa Bienamada.
¡Y en vuelo presuroso, a hacer su nido,
una pena entró en mi alma!...

X

En algunos momentos,
olvidarme quisiera de mí mismo,
fingiéndome no estar sobre la tierra.
¡O morir, sin morirme, entre mis pocos
recuerdos más alegres!
Quisiera ser la sombra de mi sombra,
para encontrarme a salvo
de la protervia, engendro
de sentimientos ruines...

Por los más soledosos
y más tristes parajes,
errar quisiera siempre
como pobre mendigo;
y en la profunda herida de mis penas
percibir, gota a gota,
el bálsamo suave
del amor de la Amada...

Y cuando ya el bordón me sea inútil,
rodar entre las breñas,
envuelto en un desmayo vespertino;
y que en beso de fuego, mi alma vuele
a posarse en sus labios...

Y después, ¡que los buitres
celebren el festín!

XI

Es mi anhelo mayor
constituir un nido
de encantado primor;
confinar ruines odios al lejano
paraje del olvido,
y en paz vivir, partiendo nuestro amor
como el pan cotidiano.

Y, siempre juntos, bendecir las horas
—fugaces y sonoras—,

ya nos den alegrías
o nos dejen dolores...
Afable sonreiré cuando sonrías,
¡lloraré cuando llores!

Con la suerte sabremos
ser conformes, de modo
que, santamente, hallemos
felicidad en todo.

Mis rimas humildosas,
música y brisa para tí han de ser.
Y se abrirán las rosas
de tus besos, en dulce amanecer...
Amanecer que durará radiante
hasta que llegue a hacerse tardo el paso
y el cuerpo vacilante.
Y recordando venturanzas idas,
toque, al fin, el Ocaso
el Sol-amor de nuestras pobres vidas!

XII

Eres un cristalino remanso que refleja
los tardeceres suaves y las suaves auroras
—tristes o alegres horas
de la vida que pasa como fatal conseja—.

A tu borde soy débil junco que en tí se mira,
que por tí sólo vive, feliz y confinado,

y por la brisa-amor dulcemente inclinado,
a intervalos te besa... y en ensueños suspira...

XIII

Cuando pienso en mi vida y en el triste destino
que exaspera, que espanta,
siento accesos de llanto, de llanto repentino,
y una mano invisible que aprieta mi garganta...

Y sangran las heridas,
inferidas
por los seres más íntimos, por los extraños seres
de encanallado ambiente...

¡Cada gota de sangre, cual materia candente,
perfora el sentimiento con rudos padeceres!

¡Con gran solicitud y apósitos de olvido,
en vano he pretendido
la sangre restañar!

Este vivir tan quieto,
y siempre doloroso, mi existencia aminora.
¿Por qué no ha de poderse descubrir el secreto
de por qué así se vive, se padece y se llora?

XIV

La Vida va pasando
con gran festinación.

Tú vas contando
todos los días, mientras tu alma aguarda
divisar el reflejo
de una aurora que tarda,
y en tu faz—algo mustia
por penoso desánimo—la angustia
imprime suave dejo.

Yo, callado y sufrido, me consumo;
voy haciéndome viejo...

¡La juventud es humo!

Nuestro anhelar asídúo,
y la alegría escasa,
formando van inacabable tríduo:
tedio, pena y dolor...

La Vida pasa
monótona, tranquila,
sin querer renovar las emociones,
y una a una deshila
todas las ilusiones.

Por este buen amor que nos tenemos
y en nuestras pobres almas anidamos
solícitos, suframos,
suframos resignados, y esperemos...

Esperemos, Amada,
con fé creciente y ciega.
La dicha llegará, ¡si antes no llega
la cruel INESPERADA!

XV

¿Recuerdas la primera
noche de nuestro amor locuaz y loco,
del romántico amor que, después, fueron
envenenando todos?

Los años han pasado
dejándonos un hondo
sabor de pena unos,
gratos recuerdos otros...

Igual que aquella noche,
que alegremente evoco
entre emociones plácidas,
hoy, lo mismo, te adoro...

Y quisiera que nuestro
dulce alentar erótico
fuese siempre tan suave y delicado
como el perfume de las rosas... ¡Como
sé que es tu alma! gemela de la mía
y creada a mi modo.

Aunque la Vida es ruín, amo a la Vida,
pues me permite el gozo

indefinible de poder mirarte
y soñar en tus ojos.

¡Amemos a la Vida,
amémonos nosotros!

Esperemos lo que, quizá, no llegue
si el encanto se ha roto;
esperemos, por si nuestros pensares
se hacen flor en el logro
soñado tantas veces...
y pongamos al rojo
todas las ilusiones...
Así será más corto
el tiempo que nos queda
para pasar, ¡y ser polvo en el polvo!

XVI

¡Por piedad, por piedad... sed compasivas,
Hermanas hilanderas!
Suspended por un lapso no finito
la incesante tarea;
harto habéis laborado,
dad a las manos tregua,
o tejed muy despacio los sufrires
de mi pobre existencia...

No desoigáis mi ruego, linda Clotho,
por esas siete estrellas

que lucís en las sienas
y os dan gentil aspecto de Princesa.
Vos, Laquesis, dejad
ya de una vez la rueca
fatídica del Hado,
para que Átropos pueda
imitaros fielmente,
relegando al olvido sus tijeras.

Quiero hacer de mi vida
una dulce quimera
de sortilegio erótico...
¡La vida es grata y buena,
a pesar de los ruines
seres que la malean!

Quiero seguir viviendo
para poder curar el alma, enferma
de innúmeros agravios
y úlceras de tristeza,
gustando del amor
como preciado néctar.

No tejáis más dolores,
hermanitas obreras;
tejedme un largo ensueño
de quietud y dulzura...

Y cuando me encontréis
encaminado a la vejez, sin fuerzas;
cuando las ilusiones
a renacer no vuelvan,
ni el querer brote flores,
ni los recuerdos mezcen

al corazón—que siempre es niño—, entonces
cortad presto las hebras
que débiles sostienen
la mísera existencia!...

XVII

En el jardín solitario,
oculto y triste de mi alma,
donde los sueños florecén,
aún permanece una planta
—tu hierático recuerdo—
que vivificó la savia
de aquel sol de tu alegría,
y refrescó la alborada
de tus sonrisas, y el céfiro
placible de tus palabras
arrullóla, blandamente,
con dulzuras de sonata.

Siempre soñando contigo
y por tu influjo encantada,
bajo el claror de tus ojos
—noche azul, noche romántica
de luna—, todas sus flores
se entreabren... En su parla,
de erótico sentimiento,
te bendicen y te ensalzan;

y en medio de sus tristezas
añoran todas tus gracias,
nombrándote, fervorosas,
con suspiros de fragancia...
¡Por el querer que no existe,
cada flor es una lágrima!

XVIII

¡Oh, pobre Libro mío,
que guardas los recuerdos
de mi triste pasado,
mis sentires más hondos y los sueños
de amor y de esperanza
y fervientes anhelos!

¡Oh, pobre Libro mío!,
con cuánta pena siento
que vayas por el mundo
como humilde viajero,
y no encuentres albergue, ni agasajo,
porque no afectas mérito.
Te herirán, a menudo,
las zarzas del desprecio;
no faltando *sabihondos*
que, como al Nazareno,
con su tralla cruel crucen tu espalda,
y la estridente risa de los necios
caiga a modo de escarnio
sobre tu sentimiento...

Al fin tendrás reposo
en algún polvoriento
anaquel de un estante
—que es sepulcro en su aspecto—,
en donde la polilla
te irá, poco a poco, destruyendo.

¡Oh, pobre Libro mío!
No me inquieta la suerte que presiento
has de tener, acaso;
pues quédame el consuelo
de que la Bienamada
en tí pondrá todo su grande afecto,
dándote vida sonora y dulce
al recitar tus versos.

Para ella serás arpa
de eróticos arpegios,
y sonarás como una Epifanía
de pasados ensueños...

Esa tu alma—que es mi alma—
desplegará sus pétalos;
y la suya, cambiada en mariposa
por virtud de un placible sortilegio,
hará sus libaciones,
mecida por el aura de los besos...



ÍNDICE

Páginas

DEDICATORIA	7
-------------------	---

LIBRO PRIMERO

AMANECER

PRÓLOGO	11
Oyeme	15
Becqueriana	16
En la sombra	18
Melancolía	19
Musa	20
Vaporosa	21
Soliloquio	23
¡ Amor... ?	25
Profana	26
Dulces armonías	28
Aérea	29
Ráfaga	31
Balada	33
Una página.....	34
Simulación	36
Vigilia	38
Reminiscencia	41

INTERMEDIO FESTIVO

Paladeos	45
El tabaco.....	47
¡ Cásputa !	49

ÍNDICE

	Páginas
En la playa.....	50
Un genio incógnito	51
Del natural	53
Charla	62

LIBRO II

TARDECER

DEDICATORIA	67
Tarjeta postal	69
Acuarela	70
Tu sonrisa	72
¡ Purificate, amor!	74
Capricho	76
A una copa.....	78
* * *	80
Rosas de pasión	81
Al fin	82
Año 1914	84
Resurrección	86
Nocturno	88
Yo soy un neurasténico	90
Sálmo de bendición	92
Bajo la luna	94
hora crepuscular	98
Cuando muere la tarde	100
Rima triste	102
Remembranza	104
El dolor	106

RIMAS

Rimas	III
-------------	-----